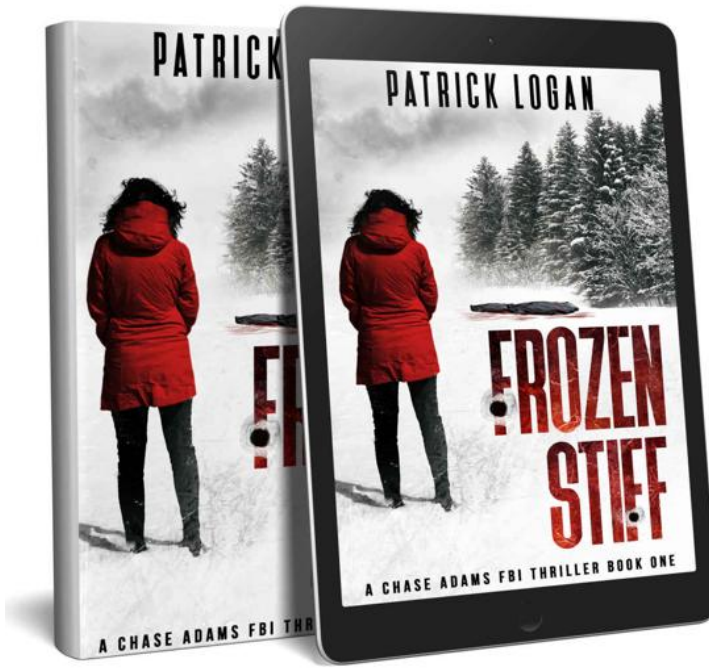
PATRICK LOGAN

RÍGIDO, DE FRÍO

UN THRILLER DEL FBI DE CHASE ADAMS LIBRO 1



Suscríbete a mi boletín sin spam para mantenerte al día con los nuevos lanzamientos, participar en concursos especiales y recibir descuentos exclusivos.
¡Solo dirige tu navegador a www.PTLBOOKS.com para comenzar!

También asegúrate de visitar mi grupo de Facebook para discutir mis libros y cualquier cosa relacionada con el horror o los thrillers:
www.facebook.com/groups/LogansInsatiableReaders/

Prólogo
PARTE I
Tratando de Caminar
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
PARTE II
Tratando de Nadar
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 30
Capítulo 32
Capítulo 33

Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Parte III
Intentando Disparar
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Epílogo
FIN
Nota del autor

Rígido de Frío

Un thriller del FBI de Chase Adams

Libro 1

Patrick Logan

Prólogo

"¡No puedes escaparte de esto, Chase! ¿Por qué no subes aquí y hablamos de esto cara a cara?"

Chase Adams se estremeció y se arrastró por el costado de la colina, presionando su espalda contra la superficie cubierta de nieve mientras se movía.

El hombre estaba de pie en la carretera de arriba, aproximadamente a quince pies de altura, y si la veía, sabía que la próxima bala no estaría en su costado, sino en su cráneo.

Hablar de eso… qué broma.

A través de los dientes apretados, trató de mantener a raya su dolor mientras se desplazaba, agradecida tanto por la cobertura de la oscuridad proporcionada por los árboles como por el sonido del viento silbando entre sus ramas.

Era una tarde fría, y el aire gélido le mordisqueaba incluso a través del grueso anorak rojo que la cubría desde las rodillas hasta la barbilla. El viento entraba por el agujero de bala en el costado derecho, haciendo que se hinchara y que sus movimientos fueran aún más incómodos.

"¡Chase! ¡Chaaaaaase!" La voz tenía ahora una cualidad cantarina.

El bastardo estaba disfrutando de esto.

Chase llegó a un tubo de drenaje expuesto que sobresalía del costado de la colina, y con un suave gruñido, se agachó debajo de él.

Por favor, no mires aquí abajo… por favor, simplemente vuelve a tu coche y vete.

En algún lugar a lo lejos, oyó el timbre de un coche, indicando que una puerta había quedado abierta. Una rápida mirada en esa dirección confirmó que provenía del desvencijado sedán de color verde azulado que había robado a punta de pistola. Basándose en cómo el capó estaba enroscado alrededor de un antiguo roble, se sorprendió de haber logrado salir de él relativamente ilesa.

Chase podía ver sangre en los asientos de cuero agrietados incluso desde su punto de vista a casi veinte pies de distancia, pero esa era de antes, esa era de la bala incrustada en su costado derecho, justo por encima de la cadera.

Por favor... simplemente vete.

"Te diré algo, Chase, sal ahora, y lo haré rápido, lo prometo. No será como los otros. Pero si tengo que bajar allí y encontrarte, que lo haré, ya sabes que lo haré, entonces será malo".

Hablar de esto... vaya una broma.

Chase apretó los ojos con fuerza y se permitió respirar hondo varias veces. El dolor en su costado se había aliviado considerablemente

desde el hotel, y después de reponerse, finalmente reunió el valor para mirar la mano que sujetaba su costado.

Bajo las pálidas lanzas de luz que se filtraban entre los árboles, sus pequeños dedos parecían manchados con una sustancia espesa y púrpura.

Chase apretó los dientes, se armó de valor, y luego retiró la mano del lugar justo por encima de su cadera derecha.

El aislamiento de plumón se adhería al agujero cubierto de sangre, y después de intentar primero, y luego fallar, en limpiarlas por completo para permitir una clara visión de la herida, Chase se rindió y lentamente desabrochó el abrigo para mirar dentro.

El agujero en su camisa estaba desgarrado, y la camisa, una blusa blanca, estaba sucia y casi completamente cubierta de sangre.

El agujero de bala en sí estaba bordeado de tela negra quemada.

Chase cubrió la herida con su mano frígida y aplicó presión. Un siseo salió de su boca, y se congeló.

"Chase… Chaaaaaaaaase! ¡Sal, sal dondequiera que estés!"

Con todo su pinchazo, el dolor se había intensificado, pero sabía que todavía había una cosa más por comprobar: tenía que inspeccionar su espalda.

Chase inhaló profundamente, y aguantó la respiración, antes de alejarse del costado de la colina. Era arriesgado, pero tenía que saber.

Solo un vistazo...

Un segundo después, Chase se derrumbó contra la ladera, respirando pesadamente, los ojos cerrados una vez más.

La bala había atravesado completamente.

Algo en el fondo de su mente, quizás su entrenamiento policial, su tiempo como agente de narcóticos del Departamento de Policía de Seattle, luego como detective del NYPD, le decía que esto era algo bueno. Que si la bala todavía estaba alojada en su interior, continuaría haciendo daño hasta que fuera extraída.

Pero esta realización no hizo nada para aliviar su dolor.

Atravesada o no, si no recibía ayuda pronto, Chase se desangraría. Entonces no importaría si la bala estaba alojada en su costado, su pecho, su corazón o su cerebro.

Ella apretó su agarre en la pistola que tenía en su mano libre.

"Agente Adams, estoy aburriéndome de esto", como para reforzar el punto, la inflexión en su voz desapareció. "Te diré qué... nuevo trato: sales ahora mismo, y no mataré a tu marido y a tu hijo."

Los ojos de Chase se abrieron de golpe, y su boca se quedó abierta.

No, no puede...

Como si estuviera leyendo sus pensamientos, el hombre continuó, "Oh, sí. Sé todo sobre el pequeño Félix y Brad. Verás, Chase, llevo mucho tiempo en esto. Mucho, mucho tiempo, y no te mantienes en

este juego sin saber todo... todo sobre mis víctimas. Sobre lo que ustedes le hicieron a ella."

Chase cerró los ojos de nuevo, pero esta vez no fue por el dolor, sino por una realización. Apretó los dientes con tanta fuerza que un polvo fino cayó sobre su lengua.

Un juego... eso es todo lo que es para él, un enfermo y retorcido juego de venganza. Pero ¿por qué? ¿Qué diablos hicimos?

"Última oportunidad, Chase. Sal ahora, manos arriba, o Félix y Brad morirán antes que tú. Última... oportunidad..."

PARTE I

Tratando de Caminar

HACE DOS SEMANAS

Capítulo 1

Chase observaba al hombre en el asiento del conductor con gafas de aviador que eran demasiado grandes incluso para sus rasgos prominentes. Su codo colgaba casualmente de la ventana, y un aire frío soplaba hacia ellas desde el interior de la furgoneta.

"¿Necesitan un aventón, chicas?" dijo con una leve sonrisa.

Chase miró a su hermana, al brillo que cubría su nariz de botón, la suave piel debajo de sus ojos. Hacía calor, demasiado calor, y todavía tenían al menos dos millas que cubrir antes de llegar a casa.

"Estamos bien", dijo Chase con fuerza. Agarró la mano de su hermana y la arrastró consigo.

Para su consternación, el hombre en la furgoneta mantenía el ritmo.

"¿Seguras? Hace mucho calor aquí fuera."

Chase miró al conductor y se sorprendió al ver que su sonrisa se había ensanchado.

Un repentino zumbido, un sonido espeso y monótono, bombardeó los oídos de Chase y se sintió momentáneamente mareada.

Tiene razón. Hace mucho calor aquí fuera. ¿Cuándo fue la última vez que bebimos algo? ¿Fue el agua? No, fue… oh, fue el helado de jarabe... eso fue. Y mamá dijo que esas bebidas solo te darán más sed.

"Ya dije, estamos bien", espetó.

El hombre abrió la boca para responder, pero el único sonido que hizo fue más de ese extraño zumbido. Parecía estar dentro de su cráneo ahora, como si su cerebro hubiera sido reemplazado por un nido de avispas.

A su derecha, su hermana decía algo y tiraba de su mano, probablemente diciéndole que deberían, por favor, simplemente aceptar el aventón, pero Chase no oía ninguna palabra. Todo lo que oía era ese maldito zumbido, ese incesante...

***

Los ojos de Chase se abrieron de golpe, su boca se abría en un jadeo. Su cuerpo estaba cubierto de sudor, una pegajosidad incómoda que cubría sus brazos, su pecho, sus piernas.

Finalmente logrando una respiración completa, vio formarse niebla frente a su rostro. A pesar del sudor, tembló, su mirada se dirigió a la ventana abierta.

Hacía frío en su pequeño apartamento y...

Bzzzzz

Los ojos de Chase pasaron de la ventana a su teléfono en la mesa de

noche. Mientras lo miraba, volvió a vibrar, las vibraciones lo movían hacia el borde.

Chase lo agarró antes de que cayera.

El número no estaba registrado, pero de todos modos contestó.

"¿Hola?" preguntó, luego aclaró su garganta cuando su voz salió ronca y quebrada.

¿Qué hora es?

"Alaska", dijo la voz masculina al otro lado de la línea. A diferencia de la suya, era clara, distinta, no adormecida por el sueño.

"¿Qué?"

"Alaska. Dirígete al aeropuerto, el vuelo sale en dos horas. Los boletos están en el mostrador bajo tu nombre. Lleva la placa y la pistola que el Agente Stitts te dio. No llegues tarde."

Chase se sentó muy derecha.

Esta era la llamada que esperaba. No esperaba que fuera tan obtusa, críptica e informal, pero eso no importaba. Era la llamada.

"Estoy despierta, señor", dijo, pero el otro lado de la línea ya había colgado.

Chase dejó el teléfono en la mesita de noche y se frotó los últimos vestigios de sueño de los ojos.

Luego, cuando su visión estuvo completamente clara, se volvió hacia el reloj.

Eran las cuatro y quince de la mañana.

Sus ojos se movieron naturalmente hacia la fotografía al lado del reloj, la de Brad arrodillado, una sonrisa en su rostro barbudo. Su brazo estaba envuelto alrededor de los hombros de Félix, descansando sobre su mochila de colores brillantes.

La foto fue tomada hace tres años en el primer día de escuela de pequeño Félix.

Chase extendió dos dedos y los presionó suavemente sobre el vidrio.

Luego se levantó, tomó la bolsa que había empacado hace meses al pie de su cama, confirmó que su pistola y placa del FBI descansaban encima, y comenzó a vestirse.

Capítulo 2

"No hay vuelos directos desde JFK a Anchorage," informó la mujer malhumorada en el mostrador de vuelos a Chase. "Tu conexión es en Seattle, y será mejor que te des prisa, el vuelo está a punto de embarcar."

Chase asintió y se apresuró hacia el mostrador de seguridad. Mostró su placa del FBI y luego le dijo al agente de la TSA que tenía una pistola para revisar.

"Sí, vamos a tener que llevarte a ti y a tu pistola a seguridad para revisarla," el hombre en uniforme le informó con una voz pausada. Tenía cerca de sesenta años y cabello fino, cobrizo. Chase consideró que su cabello podría haber sido teñido para coincidir con su bigote manchado de nicotina.

"Tengo un vuelo que tomar," dijo con el ceño fruncido. "¿Podemos apurarnos?"

El hombre la observó de arriba a abajo, evaluando la longitud completa de su traje negro, la blusa blanca debajo. Lo hizo de la manera más espeluznante posible, y Chase se mordió la lengua para no replicar.

La mirada lasciva del hombre de repente se transformó en una sonrisa.

"Oye, ¿no eres esa Sargento de Policía que le dijo a las mujeres de Nueva York que sean perras?"

El ceño fruncido de Chase se convirtió en una mueca de desprecio.

Justo mi suerte, me topo con el único imbécil que se acuerda de eso.

Su mente retrocedió al día en que había estado en el podio, entonces actuando como Sargento del Departamento de Policía de Nueva York en el 62º precinto. Su objetivo había sido evitar que más mujeres fueran asesinadas, que sus labios fueran pintados de rojo con sangre.

El Agente del FBI Jeremy Stitts había estado entre la multitud entonces, mirándola desde abajo. Y con todos los ojos puestos en ella, había dicho prácticamente exactamente lo que el cretino de la TSA frente a ella acababa de repetir.

Usa tu instinto, tu intuición, le había instruido el Agente Stitts, y su intuición le dijo que informara a Nueva York, especialmente a las mujeres, que cuidaran de sí mismas.

Eso había sido hace más de seis meses; más de medio año había pasado desde que era la Sargento activa del 62º precinto, y pensó que todo eso estaba detrás de ella.

Justo mi suerte encontrarme con el único hombre en Nueva York

que se acuerda...

Los ojos del agente de la TSA se dirigieron a la placa del FBI que Chase aún sostenía abierta en una mano.

"No te salió tan bien, ¿verdad?" Había un brillo en los ojos del hombre que hizo que Chase quisiera golpearlo. Pero eso es lo que él también quería, se dio cuenta.

En lugar de eso, puso su expresión más condescendiente.

"Seguro que hablaré bien de ti cuando Walmart busque un nuevo guardia de seguridad."

El hombre dejó de sonreír.

"A la derecha," ladró. "Policías, FBI, POTUS. No importa. Todas las armas deben ser inspeccionadas antes de embarcar."

Chase siguió los dedos manchados de nicotina del hombre hacia una puerta marcada CONTROL DE SEGURIDAD. Su única posibilidad de tomar el vuelo ahora era si era la única en allí.

***

Jadeando, con los pulmones y las piernas ardiendo, Chase llegó a la puerta justo cuando el agente anunciaba la última llamada por el altavoz.

"¡Espera!" gritó mientras se acercaba. "¡Estoy aquí! ¡Espera!"

La encargada de la puerta le dio la espalda como si no la oyera, y comenzó a dirigirse hacia la puerta, sacando una tarjeta de acceso de su cintura mientras lo hacía.

Debes estar bromeando.

El control de seguridad no había estado vacío; estaba lleno. Su única salvación fue que conocía a uno de los inspectores, un primo del Detective Simmons con quien había trabajado en el 62º precinto, y él la había ayudado a pasar más rápido.

Y aún así, después de toda esta mierda burocrática, la mujer todavía iba a cerrarle la puerta.

Iba a perder su vuelo.

Chase corrió y de alguna manera logró meter un pie en la puerta antes de que la encargada de la puerta pudiera cerrarla completamente.

La mujer, quien a estas alturas, Chase estaba convencida de que era algún tipo de androide, continuó cerrando la puerta a pesar de la presencia de su pie.

Era pesada, y frunció el ceño cuando le apretó los Jimmy Choos.

"Estoy aquí," jadeó, mostrándole el boleto a la mujer. Los ojos de la mujer se movieron del boleto al pie de Chase, y luego volvieron a su cara.

"Solo esta vez," dijo severamente, como si le estuviera ofreciendo

la libertad condicional a un delincuente reincidente en un estado de tres strikes. Arrebató el boleto de la mano de Chase, y luego escaneó el código de barras con el lector de mano.

Chase quería responder con algo ingenioso, sarcástico, pero estaba demasiado sin aliento para decir algo.

Que probablemente fue lo mejor.

La mujer abrió la puerta lo suficientemente ancha como para que Chase se deslizara por ella, y se apresuró por el camino, cojeando ligeramente hasta que el dolor en su pie se calmó.

Justo cuando pensaba que su día no podía empeorar, Chase descubrió que su boleto la tenía atrapada entre dos hombres que parecían parientes perdidos de Jabba the Hut.

Incluso siendo poco más de cien libras, y con una estatura generosa de cinco pies y cuatro pulgadas, los hombros de Chase estaban tan apretados entre ellos que su respiración se veía restringida.

Afortunadamente, eran las seis de la mañana y estaba exhausta por su sueño interrumpido y la carrera hacia y por JFK, y Chase logró quedarse dormida incluso antes de que el avión despegara.

***

"Como quieras, pero hace mucho calor allí fuera. Y aquí adentro—" el hombre hizo un gesto hacia el interior de la minivan. Cuando lo hizo, una ráfaga de aire frío golpeó a Chase en la cara, aunque estaba a más de un metro de distancia. "—es agradable."

Y ahí estaba de nuevo, esa sonrisa encantadora, esa pose cómoda y despreocupada con el brazo colgando por la ventana.

Chase quería subirse al coche, de verdad quería, y podía notar por la forma en que su hermana seguía tirando de su mano, que ella también quería subirse.

Chase dirigió la mirada al sol, entrecerrando los ojos ante el brillo casi imposible.

"Como quieras," repitió el hombre.

Chase volvió la mirada justo a tiempo para ver cómo la ventana tintada del hombre se cerraba antes de que se fuera a toda velocidad, chirriando los neumáticos.

"Vamos, Chase, hace mucho calor," se quejó su hermana. "¿Por qué no podemos tomar el paseo? Parece amable."

Chase se detuvo y luego se agachó para estar a la altura de los ojos de su hermana. Chase era solo dos años mayor, pero Georgina era un buen pie más baja que ella.

Agarró los hombros de su hermana con fuerza.

"No todos los que te ofrecen un paseo son buenas personas, Georgie. Hay algunas personas allá afuera…"

Su frase se desvaneció mientras su mente empezaba a divagar.

“Me estás lastimando,” se quejó Georgina, mientras se retorcía bajo el agarre de Chase.

Chase la soltó y se levantó.

“Lo siento,” murmuró. “Vamos. Hace calor, y tengo sed.”

Capítulo 3

"¿Señora?" una mano agitó su hombro. "¿Señora? ¿Está bien?"

Chase abrió los ojos, y luego se sobresaltó, confundida por su entorno.

La azafata se alejó de ella.

"Lo siento, pero aterrizamos hace cinco minutos. No sé si tiene un vuelo de conexión o…"

Chase parpadeó, luego se dio cuenta de que estaba en un avión y que debía haber aterrizado en Seattle. Parte de su mente intentó decirle que esto era un sueño, pero ella sabía mejor.

Lo otro, lo de su hermana, eso había sido un sueño.

Más o menos.

"Lo siento," murmuró. "Debí haberme quedado dormida."

La mujer se puso de pie y sonrió.

"No hay problema. Fue un vuelo temprano, yo también me habría dormido si no hubiera tenido que trabajar."

Chase asintió, y luego desabrochó su cinturón de seguridad. Ahora, sin un ogro colgando de cada uno de sus hombros, finalmente pudo tomar una respiración completa, y lo hizo con ahínco.

"Gracias," murmuró. Se levantó, estiró sus pantorrillas, luego miró su reloj. Estaba cerca de la hora del almuerzo, y tenía una hora más o menos para matar antes de embarcar el último tramo de su viaje a Anchorage.

Chase recogió su bolsa del compartimento superior.

"¿Se transferirá automáticamente mi equipaje facturado, o necesito recogerlo?"

La azafata, que estaba ocupada revisando todos los compartimentos superiores en busca de equipajes de mano olvidados, dijo, "Debería ir directamente a su destino final. Pero yo consultaría con el agente de embarque en el próximo vuelo solo para estar segura."

Chase agradeció a la mujer de nuevo y desembarcó.

Diez minutos después, se encontró sentada en la concurrida zona de comida, metiéndose papas fritas demasiado saladas en la boca, y observando cómo lo que se hacía pasar por queso estos días se derretía por el calor de la hamburguesa calentada en el microondas y goteaba

sobre el plástico grasoso.

Siguió las papas fritas con un sorbo de su Coca-Cola.

No es como me lo imaginaba...

Por un segundo, debatió la idea de llamar a algunos de sus viejos colegas de su tiempo como Oficial de Narcóticos aquí en Seattle, pero rápidamente descartó esta idea.

No valía la pena los recuerdos, desenterrar un pasado que solo serviría para reabrir viejas heridas.

Había pasado un buen tramo de tres años como Narc; el cuarto, y lo que debía ser su último año, estaba borroso por una adicción que aún marcaba el interior de sus brazos hasta el día de hoy.

Definitivamente era mejor simplemente sentarse y comer esta hamburguesa sola, seguirla con la bebida gaseosa empalagosa, y prepararse para Anchorage.

El problema con esto, sin embargo, era que no tenía idea de para qué o para quién se estaba preparando. Por tanto tiempo como podía recordar, Chase quería ser parte del FBI, pero nunca veía una forma de transición de la aplicación de la ley al Buró. Eso es hasta su breve período como sargento de la Policía de Nueva York en el precinto 62. En su primer y único caso, la supuesta asesina de Descarga, una ama de casa descontenta que asesinaba a jóvenes mujeres, pintaba sus labios con su sangre y luego publicaba historias sobre sus muertes en línea, había traído al FBI inmediatamente para echar una mano.

El agente especial del FBI, Jeremy Stitts, la había ayudado a resolver ese caso, y en el proceso, Chase había ganado una idea de por qué su aplicación seguía siendo pasada por alto. Stitts había pasado bastante tiempo observándola en la época que llevó a la muerte prematura de Ryanne Elliot, y Chase no podía evitar la sensación de que todo el caso había sido una especie de entrevista de trabajo.

Y había pasado... o eso había pensado. El Agente Stitts le había dado una placa y una pistola de servicio, pero en lugar de llevarla a Quantico para la capacitación, le dijo que se quedara quieta, que esperara la llamada.

A Chase no se le daba bien sentarse y esperar.

Mucho tiempo en su propia cabeza nunca era algo bueno.

Demasiado tiempo para recordar.

No ayudaba que después de la asesina de Descarga, había vuelto a una casa vacía. Su esposo Brad había llevado a su hijo de siete años, Felix, y se había ido de vacaciones prolongadas con el niño.

No era su culpa, lo sabía Chase. Brad le había dicho repetidamente que los ponía en segundo lugar detrás de su trabajo, y aún así lo había ignorado.

Y luego, puff, se habían ido.

Incluso cuando suplicaba a Brad, incluso después de haber renunciado a la NYPD—concedido, no la habían empujado tanto hacia la puerta como la habían empujado a través de Asuntos Internos—él dijo que necesitaba tiempo.

Que ambos lo necesitaban.

En el interín, podía ver a Felix cuando quisiera, pero no era lo mismo. Chase extrañaba ver su rostro todas las noches, incluso si la mayoría de las veces cuando lo miraba ya estaba profundamente dormido en su cama.

No era lo mismo; ya no eran una familia, y esto la entristecía profundamente.

Y también le recordaba un pasado mucho antes de Seattle que había trabajado duro para olvidar.

Lo hago por ti, Georgina... Hago todo esto por ti.

Pasó un mes sin una llamada de la Oficina, y Chase comenzó a preguntarse.

Sé paciente, se regañó a sí misma. Llamarán.

Pero cuando un mes se desangró en dos, no pudo resistir la urgencia: Chase levantó el teléfono y marcó al Agente Stitts.

El hombre le dijo lo mismo que se había dicho a sí misma: solo siéntate y espera.

En el tercer mes, justo cuando estaba considerando apelar a su excompañero y buen amigo Damien Drake para unirse a su firma de detectives privados, si no fuera por otra cosa que para pasar el tiempo, finalmenterecibió la llamada.

Y, como el vuelo que acababa de experimentar, no fue lo que esperaba.

No había un jet privado como había visto innumerables veces en Mentes Criminales, ni salas de conferencias de cristal llenas de equipo de alta tecnología y un equipo de especialistas brillantes pero ligeramente autistas.

Hasta ahora, solo era ella, un agente de la TSA bastante grosero, una empleada de la puerta de embarque descontenta, y dos compañeros de asiento obesos.

Oh, y la hamburguesa.

Esta hamburguesa.

Chase tomó un bocado y luego limpió la grasa que goteaba sobre su barbilla.

Estaba casi terminando su comida cuando un anuncio le informó que el vuelo 0199 de Delta a Anchorage comenzaba a embarcar. Después de un breve debate sobre si debería terminarse su hamburguesa de cuarto de libra, y decidiendo no hacerlo, Chase sacó su teléfono y revisó sus llamadas recientes.

Todos menos una de las diez llamadas salientes eran al mismo número. Marcó ahora y esperó hasta que el contestador automático respondió al tercer timbre.

"Hola, amigo, espero que estés teniendo un gran día en la escuela. Solo llamo para decirte que probablemente no te veré este fin de semana." Chase cerró los ojos e inclinó la barbilla hacia el techo. Luchó contra el nudo que intentaba abrirse camino en su garganta. "Sé que prometí llevarte al parque acuático cubierto, pero no puedo este fin de semana. Mamá se va a trabajar... ¡a Alaska! Se supone que hace mucho frío allí, pero me aseguraré de mantenerme abrigada. Me aseguraré de comprarte algo bonito, y prometo llevarte al parque acuático cuando regrese. Te quiero, Felix. Y también te quiero a ti, Brad. Hablamos pronto. Chase."

A pesar de sus mejores esfuerzos, Chase lloraba suavemente mientras abordaba el último vuelo de esta etapa de su viaje.

Capítulo 4

"¿Cómo que mi equipaje no está aquí?" Chase exigió, sintiendo los efectos del largo día de viaje. Eso, combinado con el temprano despertar y la mala calidad del poco sueño que tuvo, estaba pasándole factura, y luchaba fuerte para mantener la compostura.

El hombre detrás del mostrador, una criatura con ojos de pez y labios delgados que se extendían casi por toda su cara, parecía captar estas señales y se alejaba del mostrador. Tuvo la impresión de que la partición de cristal que los separaba no era solo para mostrar.

"Señora, por alguna razón, su equipaje se quedó atrás."

Chase sintió cómo aumentaba su presión arterial.

"Pero mi..." se acercó mucho, "...¡mi pistola de servicio estaba allí!"

Los ojos del hombre se estrecharon, y Chase sacó su placa del FBI que el Agente Stitts le había enviado.

Los ojos de pez parpadearon, parecieron extenderse hacia el sello del FBI, luego se replegaron.

"Agente Adams, no sé qué decirle, pero sus cosas no están aquí. Incluida la pistola. Haré una nota en su archivo indicando que usted es una empleada del gobierno y esperemos..."

Chase ignoró este parloteo. Sabía cómo terminaba.

Y aún así, lo poco que escuchó tocó un nervio.

¿Empleada del gobierno? ¿Qué soy? ¿Algún tipo de asistente para un congresista local?

Cerró los ojos y respiró profundamente.

"¿Está allí?" dijo, interrumpiendo al hombre a mitad de la frase.

"¿Perdón?"

Chase abrió los ojos.

"Mis cosas. ¿Puedes confirmar que están en Seattle? Hasta ahora, solo me has dicho que no están aquí, en Anchorage. ¿Salieron de Nueva York?"

El hombre se giró hacia su computadora y tecleó en el teclado con dos dedos índices.

Lo que pareció horas después, levantó la vista.

"No," dijo simplemente.

Chase frunció el ceño.

"No, ¿qué? ¿No, no están allí o...?"

Los delgados párpados del hombre se deslizaron sobre los ojos saltones.

"No, no puedo decirte. Todo lo que sé es que tu equipaje no se subió al vuelo a Anchorage. Ahora, estoy seguro de que tus cosas llegarán aquí mañana, o al día siguiente." Giró un pedazo de papel y lo deslizó por debajo de la partición. "Ahora, si fueras tan amable de anotar la dirección del lugar donde te alojarás, me aseguraré de que te lo entreguen lo más pronto posible."

El ceño de Chase se profundizó al mirar la hoja de papel, que pedía más información personal que un perfil de eHarmony.

El problema era que no tenía idea de dónde se iba a quedar. De hecho, realmente no tenía idea de qué demonios estaba haciendo aquí en absoluto.

Alaska, había dicho la voz en el teléfono. Y eso era prácticamente todo.

Aparte de traer su placa y arma, esta última que había desaparecido rápidamente.

Junto con toda su ropay una chaqueta adecuada para el clima.

Chase negó con la cabeza y rellenó tanto del formulario como pudo, asegurándose de escribir su número de celular dos veces, antes de devolverlo.

El hombre lo miró, luego a ella. Todo lo que hacía parecía ser gobernado por cuántas veces sus gigantescos ojos estaban cubiertos con esas membranas translúcidas. Era como si necesitara pedir permiso a sus ojos para respirar.

"¿Su dirección?" dijo al final.

"No sé dónde me quedaré aún. Pero mi número está ahí. Solo llámame cuando lo tengas."

Más miradas fijas.

Chase chupó los dientes, luchando contra el impulso de maldecir.

"Solo llámame; necesito mi pistola."

El hombre frunció el ceño, y cuando se volvió para archivar su papel en una pila de dos docenas de otros, Chase huyó del mostrador antes de decir o hacer algo que finalmente terminaría en que el hombre "perdiera" su formulario de equipaje.

Su rostro estaba caliente, su estómago lleno de la comida hasta el punto de explotar, y se sentía mareada.

Vaya manera de hacer una primera impresión.

Pasó junto a una pareja de mediana edad que buscaban su maleta en la cinta transportadora, vestidos de manera extraña con camisas hawaianas, y luego se dirigió hacia el vestíbulo principal.

Un vistazo a la pared de ventanas al otro lado de la terminal provocó un estremecimiento instintivo: estaba nevando afuera, y Chase, siempre incómoda en los aviones, ni siquiera llevaba una chaqueta. Lo único que había llevado en su equipaje de mano era un pequeño estuche de maquillaje, su cepillo de dientes, desodorante, una camiseta, varios pares de ropa interior y su plancha para el pelo.

El resto había sido empacado ordenadamente en la maleta que posteriormente había quedado atrás.

Chase negó con la cabeza y se alejó rápidamente de la multitud. Dicho sea de paso, no tenía idea de a dónde iba, pero impulsada por la frustración que este día le había ofrecido, se movía con determinación.

Y con ganas de una bebida.

En lugar de alcohol, sin embargo, optó por un pequeño carrito de café del que agarró un vaso de poliestireno lleno de un líquido de aspecto cáustico. Estaba en proceso de poner la tapa, que, obviamente, se sentía solo una fracción de pulgada demasiado pequeña, cuando una mano rozó suavemente su hombro.

Saltó, y luego deslizó sus caderas hacia atrás para evitar el líquido ardiente que se derramaba al suelo.

Chase perdió los estribos.

"¡Jesús! ¡Mierda!" dijo, girándose. "¿Por qué diablos—"

Un hombre en un traje azul marino oscuro con una cara angosta y el comienzo de una perilla rubia se encontraba delante de ella, con miedo y asombro en su rostro joven.

Chase miró hacia arriba hacia el sombrero que llevaba, también azul marino, solo un poco más claro que el color de su traje, luego a sus manos.

Sostenido en dedos blancos había una pizarra del tamaño aproximado de una hoja de papel. Escrito en ella estaba una sola palabra: ADAMS.

"Lo siento mucho, señora. Yo solo—"

Los ojos de Chase se estrecharon.

"¿Por qué tienes mi nombre en tu tablero?" espetó.

El hombre miró sus manos, luego lo giró para que la palabra estuviera al derecho. Lo hizo de una manera que hizo pensar a Chase que había olvidado lo que había escrito en él.

"A-A-A-Adams..." balbuceó para sí mismo. "Pensé que t-t-tal vez—"

"¿Quién eres?"

El hombre se iluminó con una sonrisa y le tendió la mano.

Chase no la estrechó.

"Pregunté quién eres."

La sonrisa del hombre se desvaneció.

"F-F-F-Floyd. F-Floyd M-M-Montgomery. ¿Eres Chase A-A-Adams? V-v-vi una foto en las n-n-noticias hace un tiempo, a-a-algo—"

Chase lo interrumpió antes de que pudiera terminar de contar una historia que ella conocía demasiado bien.

"Sí, soy Chase Adams. ¿Qué quieres?"

El hombre volvió a bajar la mirada.

"Debí haberme p-p-perdido cuando bajaste del a-a-avión. Los portones cambiaron en el último m-m-minuto, y me apuré, realmente lo h-h-hice, pero es difícil—"

"¿Qué quieres?" Repitió Chase, tratando de ahorrarle el dolor de sacar las palabras con su tartamudez.

Vio cómo se movía la manzana de Adán y bajó los ojos antes de responder.

"Estoy aquí para r-r-recogerte. El agente M-M-Martínez me envió a b-b-buscarte."

Capítulo 5

Girdwood, Municipio de Anchorage, Alaska.

Chase nunca había oído hablar del lugar antes de hoy, pero rápidamente se enteró de que era un pequeño pueblo a unos sesenta y cuatro kilómetros de Anchorage con una población aproximada de la misma que un complejo de viviendas promedio en Nueva York: dos mil personas.

De hecho, durante el trayecto de poco más de media hora sentada en el asiento trasero del Lincoln Town Car negro medianoche —Floyd insistió en que Chase se sentara atrás, aunque a ella le incomodaba que la condujeran— Chase aprendió más de lo que aprendería viendo una hora de Cosmos.

La primera cosa que aprendió fue que a Floyd le gustaba hablar.

Mucho.

Parte de esto, explicó Floyd, era que su terapeuta del habla le había dicho que superar el bloqueo psicológico de hablar ayudaría a mejorar su tartamudez.

Chase no estaba tan segura.

Floyd Montgomery tenía veinticuatro años y era el sobrino del Jefe de Policía de Girdwood. Había trabajado para su tío y la policía local haciendo trabajos extraños desde que era solo un niño, tenía una hermana que se había mudado a Montreal cuando tenía siete años con su padre, a ninguno de los cuales Floyd veía nunca, y tenía un gran interés en los trenes.

Un interés real.

Chase escuchó mientras el hombre hablaba, más por cortesía que por interés, y cuando Floyd finalmente se detuvo para tomar aliento, ella intervino.

"Entonces, Floyd, ¿tienes idea de a dónde, exactamente, vamos?" preguntó, observando cómo la metrópoli contenida de Anchorage, que se centraba en el aeropuerto, comenzaba a adelgazarse en una extensión blanca.

Los ojos de Floyd se desviaron al retrovisor, antes de regresar rápidamente a la carretera.

"Sí; Girdwood, pequeña localidad a unos cuarenta minutos de Anchorage. Bueno, técnicamente vamos a Crow Creek Road. Oye, esta

es la primera vez que conduzco a un agente del FBI. Estaba bastante emocionado cuando el Tío—" así es como llamaba al Jefe de Policía, Tío, como si tuviera ocho y no tres veces esa edad, "—dijo que iba a ser el guía no de uno, sino de dos agentes del FBI. Quiero decir, eso es bastante emocionante, ¿no crees?"

De nuevo, sus pálidos ojos se desviaron hacia arriba.

La pregunta parecía retórica para Chase pero preocupada de que sus ojos permanecieran fijos en los suyos y no en la carretera durante tanto tiempo, finalmente ofreció una respuesta.

"Bueno, apuesto a que estás bastante decepcionado, ¿eh?" dijo con una sonrisa irónica. A pesar de su palabrerío, después de todos los que había encontrado hoy, Floyd era un soplo de aire fresco.

Volvió sus ojos a la carretera.

"B-b-bueno, no sé acerca de eso. Eres muy bonita."

Por alguna razón, la inocencia de Floyd tocó una fibra en ella y Chase comenzó a sonrojarse. Dirigiendo su mirada hacia las oscuras ventanas tintadas, se quedó mirando su propio reflejo.

Viendo las ojeras debajo de sus ojos, su cabello que se había visto obligada a recoger en una cola de caballo corta después de quedarse dormida entre los dos gigantes en el avión, pensó brevemente que Floyd se estaba burlando de ella.

Pero algo le decía que este hombre sencillo no era capaz de ser deshonesto.

"Gracias," dijo, observando cómo el paisaje se desintegraba aún más en un mar de blanco.

Los siguientes cinco minutos transcurrieron en silencio, pero luego condujeron sobre un conjunto de vías de tren, y esto puso a Floyd en una disgresión sobre su tema favorito.

"En 1909, Alaska Central Railroad —ese es el nombre de la empresa — construyó el primer ferrocarril en Alaska. Era de ochenta y dos kilómetros de largo, y llevaba alimentos y personas a Turnagain Arm."

Chase asintió. Esto pareció alimentar la emoción de Floyd, y cuando habló de nuevo, su tartamudeo se hizo más pronunciado.

"Desde allí, los perros llevaban a las personas y los alimentos donde necesitaban ir."

Las orejas de Chase se alzaron.

"¿Perros?"

Floyd asintió.

"Trineos de perros. Tuve un perro una vez," continuó Floyd, "Se llamaba Steven. Era un cocker spaniel. Pero murió."

Otra pausa, esta se extendió durante un minuto completo.

"Ya casi llegamos," anunció Floyd, sacando a Chase de sus pensamientos.

Habían pasado de una arteria principal de la autopista a una arteriola de alimentación, y la metrópoli que era Anchorage se había convertido en un recuerdo lejano. Pasaron un letrero anunciando que estaban entrando en Girdwood, luego continuaron a través del relajado pueblo turístico, antes de salir por el otro lado. A lo lejos, podía distinguir pinos cubiertos de nieve, así como un estrechamiento de la carretera. Floyd giró hacia una carretera aún más pequeña, que Chase supuso, pero no pudo decir con certeza dada la nieve, que era sin pavimentar.

En el fondo de su mente, esperaba ver docenas de coches de policía, una ambulancia, quizás, y una Unidad de la Escena del Crimen en el lugar, o al menos, algún pompón y circunstancia que justificara la participación del FBI. Pero cuando Floyd llevó el coche a un lento avance, no vio nada más que más nieve y árboles.

Eventualmente, las sombras familiares de dos vehículos se destacaron en el horizonte. Uno, un patrullero de la policía de Girdwood, luces apagadas, y un vehículo de color oscuro, sin marcar.

Instintivamente sabía que este último pertenecía al agente del FBI Martínez, a quien Floyd había mencionado en el aeropuerto, y aunque estaba emocionada de conocer al hombre que la había llamado en las primeras horas de la mañana, estaba decepcionada de que su primera asignación no la emparejara con el Agente Stitts. Aún así, mientras se acercaban a la escena, la mayor parte de su mente estaba ocupada con la elaboración de escenarios de lo que estaba a punto de ver.

La nieve, la lejanía de la ubicación.

El número de carreteras de entrada, carreteras de salida. El único coche de policía en la escena.

¿Por qué llamar al FBI? ¿Por qué no llamar a la policía de Anchorage aquí?

No tendría que esperar mucho para que al menos algunas de sus preguntas fueran respondidas, al parecer, ya que Floyd estacionó detrás del coche sin marcar y saltó rápidamente.

Ella alcanzó el mango, pero Floyd ya había abierto la puerta para

ella.

"Yo me encargo," dijo.

El frío era mordaz, y borró las últimas huellas de somnolencia de su sistema. Había sido un día largo y agotador, pero ahora que estaba en la escena, Chase sintió que la adrenalina empezaba a fluir.

Tirando del frente de su chaqueta de traje, se sintió ridícula y supo que debía verse aún más absurda de lo que se sentía al salir a la nieve en Jimmy Choos sin una chaqueta adecuada. Su única salvación era el hecho de que el sol brillaba intensamente en lo alto, ofreciendo algo de consuelo contra el viento cortante.

Qué primera impresión, pensó con desaliento.

No bien había dado tres pasos en la nieve, se acercaron dos hombres. A la cabeza iba un hombre con una parka negra, grandes gafas de sol estilo aviador que no eran muy diferentes a las suyas propias —que convenientemente había empacado en su maleta— y una postura perfecta. Era de estatura y constitución media, y parecía tener unos cuarenta y tantos años, con piel bronceada, y cabello oscuro partido de un lado. Un ceño fruncido estaba grabado en su rostro, que por lo demás era guapo.

Detrás de él estaba el tío de Floyd, el Jefe de Policía de Girdwood. A diferencia del Agente Martínez, era alto y tenía una panza gruesa que colgaba sobre el cinturón de sus pantalones beige. El viento jugaba con su cabello ralo, pero a pesar de estas diferencias, tenía un parecido sorprendente con su conductor.

El Agente Martínez la examinó de arriba abajo mientras se acercaba.

"¿Perdiste tu equipaje?" dijo con una sonrisa al acercarse. "No es la mejor primera impresión, ¿verdad?"

Chase levantó una ceja, sin estar segura de si el hombre se refería a su apariencia o a su impresión de Anchorage.

Decidió que no importaba y extendió la mano.

"Chase Adams."

"Agente Especial Chris Martínez," fue la respuesta. Martinez le estrechó la mano con fuerza, luego se hizo a un lado. "Y este es Frank Downs, Jefe de Policía de Girdwood."

El corpulento hombre avanzó, una sonrisa en su rostro.

Se dieron la mano.

"No hace tanto frío en Nueva York,¿verdad?"

"Dieciocho y nublado," respondió Chase.

"Tengo una chaqueta extra en el coche," ofreció Martínez. "La vas a necesitar."

Capítulo 6

A pesar de sus diferencias en estatura -el agente Martínez era al menos seis pulgadas más alto y sesenta libras más pesado que ella- su chaqueta de repuesto, una parka roja y llena de plumón, le quedaba bastante bien a Chase. Se la puso, y de inmediato sintió cómo su cuerpo comenzaba a calentarse. Sus ojos cayeron sobre la caja negra en el maletero, y estaba a punto de decir algo, cuando Martínez le quitó las palabras de la boca.

"Dejame adivinar: ¿también te perdieron tu pistola de servicio?"

Chase asintió.

"Me obligaron a facturarla."

Martínez alcanzó la caja y se la entregó a Chase.

"Puedes pedir prestada mi de repuesto," dijo. Chase abrió el broche y miró dentro. Una Glock 22 de color negro medianoche estaba incrustada en espuma. La sacó, revisó rápidamente el cargador, luego alcanzó debajo de la chaqueta y la deslizó en la funda de su cadera. Eso, al menos, no había sido revisado.

Martínez la miró por un momento.

"Directa. Me gusta eso."

Chase asintió, luego miró a su alrededor.

Floyd había aparcado al costado de la carretera, a quizás treinta yardas del borde de una zona densamente boscosa. Hasta donde podía ver en cualquier dirección, no había casas ni cabañas y, afortunadamente, no había perros ni trineos de perros.

"Ven conmigo," ordenó Martínez, alejándose de los vehículos estacionados. Chase lo siguió por una pequeña cuesta hasta un lugar que había sido perturbado por la nieve.

"Aquí es donde se encontraron los cuerpos: dos chicas, ambas estudiantes de segundo año en la Universidad de Alaska, Anchorage," dijo Martínez con una voz que recordaba a alguien leyendo un guion. "Yolanda Strand y Francine Butler. Ambas chicas fueron encontradas aquí ayer por un camionero que transportaba mercancías al norte hacia la región de Val-dez-Cordova. Llamó inmediatamente."

Chase miró las dos hendiduras en la nieve. El área era mucho más grande de lo que debería haber sido hecha solo por dos cuerpos, y asumió que el resto de la perturbación debía haber sido hecha ya sea

por el camionero o por la Unidad de Ciencias Forenses.

"¿Dónde están los cuerpos ahora?"

"En la morgue," respondió el jefe de policía. "Han estado allí desde ayer."

"¿Y el camionero?"

"Bien conocido en el vecindario. Su nombre es Henry Buckley, pero todos por aquí lo llaman Big Rig."

"¿Y las chicas? ¿Cómo llegaron aquí?"

Martínez negó con la cabeza.

"No lo sabemos, desaparecieron hace dos días. Sus cuerpos fueron descubiertos antes de que alguien realmente las reportara desaparecidas, estaban viviendo en la universidad y cuando no se presentaron a clase, se supuso que habían festejado demasiado la noche anterior. Ambas acababan de hacer su examen final para..." Martínez se detuvo mientras pensaba en esto por un momento, "... Filosofía Oriental, creo."

Chase continuó mirando a su alrededor mientras Martínez hablaba. Aparte de las hendiduras en la nieve, no había nada más fuera de lo común, hasta donde ella podía decir, en este paisaje extranjero.

"Te traje aquí para que veas el escenario, la disposición del terreno. Quería que vieras lo aislado que es el área."

Chase asintió y sus ojos volvieron al bosque. Recordó a las dos chicas que había encontrado en el granero del condado de Larchmont, las que tenían los labios pintados de sangre, y el bosque que se extendía desde la parte trasera del granero.

"Frank y sus hombres ya han registrado la mayor parte del bosque," dijo Martínez, siguiendo su mirada. "No encontraron nada útil."

"Dos chicas universitarias..." murmuró Chase, en parte para sí misma, "¿Cómo fueron asesinadas? ¿Hay alguna evidencia de asalto sexual?"

Martínez negó con la cabeza.

"No que podamos decir. Las cosas se mueven un poco más despacio aquí de lo que podrías estar acostumbrada en Nueva York. Estos dos asesinatos fueron los primeros en Girdwood en más de quince años."

Chase levantó una ceja, pero fue el jefe Downs quien continuó.

"Hubo dos homicidios en una reserva, y antes de eso, solo había tres más en los registros. Se cree que esos estaban relacionados con

drogas." Downs tenía una expresión dura en su rostro al hablar, y Chase tuvo la impresión de que no le agradaba que estos aún no estuvieran resueltos, a pesar del hecho de que, dado su edad, era poco probable que estuviera a cargo cuando ocurrieron.

"¿Cómo fueron asesinadas las chicas?" preguntó Chase de nuevo.

El jefe Downs se movió incómodo, sus botas gruesas crujiendo la nieve bajo sus talones.

"Exposición y pérdida de sangre," dijo Martínez.

Chase pensó en su propia ropa, antes de aceptar la oferta de Martínez de usar su parka extra. Hacía frío afuera, pero no tanto como para que no pudiera hacer el viaje de regreso a Girdwood. Seguramente tendría congelación, pero no creía que muriera de exposición.

"¿Por qué no—"

"Les cortaron los pies," dijo el jefe Downs, con una mirada perdida en sus ojos.

Chase parpadeó.

"¿Qué?"

Downs se volvió para enfrentarla entonces, y vio que no solo le molestaba el hecho de que los asesinatos estuvieran sin resolver, sino que se lo tomaba personalmente. Tuvo la repentina impresión de que al gran hombre le afectaba personalmente todo lo que sucedía en Girdwood y las áreas circundantes.

"Las dos chicas estaban desnudas, y les habían cortado los pies. Lo mejor que podemos suponer es que este es un lugar secundario. Les quitaron los pies en otro lugar, y las dejaron aquí," Downs extendió su dedo más allá de la nieve perturbada. "Creemos que aquí es donde las dejaron pero lograron llegar hasta aquí."

La mente de Chase comenzó a girar.

¿Llegaron hasta aquí? ¿Sin pies?

"¿Cómo lo sabes?"

La expresión del Jefe se volvió severa.

"Ahí es donde encontramos su ropa."

Chase tragó duro.

Y por eso se trajo al FBI, pensó, no con orgullo, sino con algo parecido al asco.

Y sin embargo, a pesar de estos hechos perturbadores, no eran lo

único que le parecía extraño.

"¿Dónde está la sangre?" preguntó. "Si les quitaron los pies... ¿dónde está toda la sangre?"

El ceño fruncido del Jefe Downs se convirtió en un gesto de disgusto.

"Eso es lo que pasa, agente Adams... no hay ninguna."

Capítulo 7

"Se llama desvestimiento paradójico," les informó el médico forense. Girdwood no tenía su propia morgue, así que después de observar la escena, Chase, el agente Martínez y el jefe Downs habían regresado a Anchorage.

El médico forense era una criatura delgada y nervuda que prácticamente llenaba todos los clichés de un médico recluido en un sótano de hospital: ojos pequeños y brillantes, nariz temblorosa, cabeza calva cubierta de pecas. Cuando hablaba, las palabras salían en un aluvión, como si tan rara vez entrara en contacto con otros humanos que temía haber olvidado cómo formular una oración completa.

"¿Perdón?" preguntó Chase mientras observaba los cuerpos. Tendidas una al lado de la otra en camillas de metal se encontraban las dos víctimas. Yolanda Strand era afroamericana, con el cabello recogido en trenzas. Francine Butler, por otro lado, era pálida, pero a juzgar por las manchas blancas formando el contorno familiar de un traje de baño en su región púbica y cubriendo sus pequeños pechos, claramente había hecho esfuerzos para intentar cambiar eso.

El médico forense suspiró como si esta conversación le aburriera, que probablemente era el caso.

"Desvestimiento paradójico: cuando una persona está a punto de congelarse, de repente siente calor y se quita toda la ropa."

Chase asimiló esto con calma, sus ojos recorriendo los cuerpos.

Ambas chicas estaban en bastante buena forma, y aparte del palidez de su piel, se veían relativamente saludables.

"Sucede en—" continuó el doctor, pero Chase levantó un dedo, deteniéndolo a mitad de la frase. Podía sentir que el jefe Downs y el agente Martínez la estaban mirando, probablemente con las cejas levantadas, pero ella no apartó la vista de los cadáveres.

Su respiración de repente se ralentizó, y dejó que sus ojos se desenfocaran, los cuerpos de las dos chicas fusionándose como una amalgama de color cacao.

Usa tu instinto, Chase. Millones de años de evolución han hecho que tu cuerpo sea sensible a las señales que tu mente consciente está demasiado ocupada para notar. Deja que tu mente vague. Reingeniería inversa del crimen.

Las palabras del agente Jeremy Stitts fluían por su mente, no como un eco, sino como una hoja arrastrada en un arroyo de lento movimiento.

Su mano de repente se deslizó de su lado y rozó la espinilla aún congelada de Yolanda.

Deja que las señales te inunden, ponte en el lugar de la víctima.

"Dejénnos ir... por favor. No les hemos hecho nada," escupió Yolan-da. Sus labios estaban temblando, sus manos temblaban. Miró a Francine, pero su amiga había metido la cabeza entre las rodillas y no había hablado durante un tiempo.

"Yo... haré cualquier cosa que quieras," dijo Yolanda, su voz cambiando, volviéndose más suave. Extendió las manos, que estaban atadas en las muñecas, y rozó un dedo contra la pantorrilla del hombre. Tenía la espalda hacia ella, y estaba agachado, hurgando en algo en una bolsa que estaba fuera de su vista. La furgoneta seguía en marcha, y la calefacción estaba encendida, pero Yolanda podía ver que la nieve empezaba a acumularse afuera.

Vestida solo con un vestido delgado, sabía que no duraría mucho tiempo allí afuera si su captor decidía liberarlas.

El extraño olor en la furgoneta, como el aroma de una estufa después de que alguien acabara de freír alitas de pollo, le hizo pensar, sin embargo, que esto podría ser lo menor de sus preocupaciones.

"Por favor."

Sus dedos jugueteaban con la tela de sus pantalones, y él se giró.

Y entonces empezó a reír.

"Cualquier cosa," suplicó. "Haré cualquier cosa siempre y cuando nos dejes ir."

El hombre movió algo a la vista entonces, algo que brillaba intensamente bajo la luz de la cúpula de la furgoneta.

"Suplicas igual que ella lo hizo, como ella suplicó a alguien que la ayudara, que la liberara."

Los ojos de Yolanda se agrandaron mientras la confusión la inundaba.

"Oh, te dejaré ir, eso seguro. Pero no creo que llegues muy lejos."

Fue solo entonces cuando Yolanda se dio cuenta de que el brillo provenía de una sierra de mano, y comenzó a gritar.

Chase tropezó, el mareo la golpeó tan fuerte que se sintió a punto de vomitar. Sus manos se extendieron frente a ella, y afortunadamente la camilla en la que yacía el cadáver de Yolanda amortiguó su caída.

"¿Chase? ¿Estás bien?" preguntó una voz, pero parecía tan lejos que no la reconoció.

Chase respiró profundamente por la nariz y cerró los ojos, tratando de combatir el mareo. No estaba segura de lo que había sucedido, pero por un momento se sintió como si fuera Yolanda, como si Chase de alguna manera se hubiera transportado dentro de la cabeza de la mujer justo antes de que el asesino—

Una mano cayó sobre su espalda.

"¡Consíganle agua! ¡Doc, consíganle agua!" oyó decir a Martínez. "¡Vamos!"

Chase se enderezó y abrió los ojos. Con una última respiración, sintió que la última náusea pasaba.

"Estoy bien," dijo secamente.

El agarre de Martínez en ella se apretó.

"¿Estás segura? ¿Qué ocurrió?"

Los ojos de Chase comenzaron a enfocarse de nuevo, y se encontró mirando las muñecas de Yolanda. Aunque la piel estaba congelada, creyó poder distinguir el más leve patrón de una cuerda trenzada.

¿Lo vi antes cuando estaba mirando los cuerpos, pero no lo registré?

Chase todavía estaba confundida sobre lo que había ocurrido—un minuto estaba recordando las palabras del agente Stitts sobre instinto y sentimientos viscerales, al siguiente estaba atada y asustada—pero trató de recordar lo que había visto antes de que se olvidara.

Estaban en una furgoneta... una furgoneta de carga.

Se volvió hacia Martínez.

"¿Había... huellas de neumáticos en la escena?" preguntó. Martínez finalmente soltó su agarre en sus hombros y dio un paso atrás. Una de sus cejas se contrajo ligeramente.

"Sí... el conductor del camión que se detuvo al costado de la carretera."

Chase sacudió la cabeza.

"No, no tan grandes. Algo más pequeño, pero más grande que un coche..." Trató de pensar en las hendiduras en la escena. ¿Había visto

huellas de neumáticos allí? ¿De una furgoneta de carga? ¿O lo había inventado?

La visión entera había sido tan vívida, tan prístina, que solo pensar en ella amenazaba con hacerla sentir enferma de nuevo.

"No estoy segura," dijo Martínez al fin. "Tomamos moldes de lo que pudimos encontrar en la escena, pero con la nieve... no creo que haya nada utilizable. Sin embargo, haré una llamada. ¿Estás segura de que estás bien, Chase?"

Chase ignoró la última parte y volvió su atención a Yolanda.

Sus ojos se movieron de sus muñecas, a sus uñas pintadas, luego por el exterior hasta los muslos.

Las piernas terminaban demasiado pronto: los pies habían desaparecido, reemplazados por un desorden cicatrizado y ennegrecido donde deberían haber estado.

El asesino había cauterizado las heridas, se dio cuenta.

Chase de repente sacudió la cabeza, recordando la pre-gunta que había hecho en la escena.

"El asesino no las agredió sexualmente," dijo en voz baja. "Pero sí las miraba... las miraba sufrir."

Capítulo 8

"¿Vas a decirme qué demonios fue todo eso?" preguntó Martínez, rompiendo finalmente el hielo.

Chase tenía dificultades para leer al hombre. Pensó que tenía una buena idea de quién era el Agente Jeremy Stitts, qué lo motivaba, qué lo movía, pero ¿Martínez? Él era esquivo, guardando sus cartas cerca de su pecho. De hecho, si no hubiera sido por sus interacciones bastante sinceras con Stitts, habría esperado que Martínez fuera el agente del FBI prototípico.

Pero Stitts había roto ese molde, y ahora nada parecía encajar.

Guiado por su visión, o lo que sea que fue el episodio que tuvo Chase, Martínez envió a otro equipo de CSU a Girdwood para ver si podían recoger alguna evidencia de la presencia de una furgoneta grande. Aunque Chase era escéptica de que pudieran haber peinado toda la escena durante el día, día y medio, entre cuando se descubrieron los cuerpos y cuando ella llegó, Martínez la advirtió que no mencionara su aprehensión al Jefe Downs. El hombre era sensible a cualquier cosa que pudiera considerarse una ofensa hacia él o su departamento. En este momento, su relación era amigable, y la limitada experiencia del Jefe Downs con este tipo de asesinatos dejaba claro que necesitaban la ayuda del FBI. El Agente Martínez, que claramente tenía una relación de larga data con el hombre, fue quien sugirió la idea de que CSU regresara a la escena para buscar pruebas de una furgoneta.

El Jefe Downs había aceptado a regañadientes, pero no sin murmurar algo despectivo sobre la 'clarividencia'. Aún así, a pesar de sus gruñidos, había ordenado a un equipo que volviera a la escena.

"No lo sé," dijo finalmente Chase. "Nunca... nunca me ha pasado antes. Era como..."

Dejó que su frase se desvaneciera mientras buscaba las palabras adecuadas.

¿Qué había sido?

Honestamente, se había sentido como si ella, Chase Edith Adams, de 32 años, se hubiera convertido en Yolanda Strand, de 22 años.

Como si hubiera sido ella.

También se había sentido como la primera vez que se inyectó heroína. Había sido una experiencia fuera del cuerpo, había sido

desorientador, y la había hecho sentir enferma cuando finalmente bajó.

Pero, por supuesto, esta última parte no era algo que pudiera compartir con Martínez.

Miró al hombre que se sentaba al otro lado de la mesa, con una cerveza en la mano pero sin llegar a tocar sus labios.

Él quería una respuesta, así que Chase le dio una.

"Era como leer un libro," fue lo mejor que pudo decir—la analogía más benigna que su cerebro cansado pudo generar. "Leer un libro realmente bueno."

Fue obtuso, pero Martínez pareció aceptar su respuesta, y finalmente dio un sorbo a su cerveza.

"¿No tienes hambre?" preguntó después de tragar. Sus ojos oscuros se dirigieron al plato de comida que yacía frente a ella.

Chase había pedido un sándwich de club en pan integral, tratando de ser saludable después del grasiento desastre de una hamburguesa que había devorado en el almuerzo, y una ensalada verde, pero las hojas de lechuga marchitas, que parecían haber sido raspadas de la hamburguesa de un cliente quisquilloso, le revolvían el estómago.

Todavía no se había recuperado completamente de su... visión.

"Solo cansada," dijo. "Ha sido un largo día."

Martínez asintió, metió algunas papas fritas en su boca y las siguió con otro sorbo de cerveza.

"Te entiendo."

Excepto que Martínez no parecía cansado en absoluto.

"¿Y tú?"

Él se encogió de hombros.

"Estoy bien. Llegué hace cuatro días. Más que suficiente tiempo para aclimatarme."

Chase levantó una ceja. Hace cuatro días fue antes de que se cometieran los asesinatos. Martínez debió haber reconocido algo en su cara, ya que dijo, "Estaba aquí por otro negocio. El Jefe y yo tenemos... historia."

La forma en que dijo la palabra historia dejó claro que no estaba dispuesto a discutirlo más.

Lo cual estaba bien para Chase. Todos tenían sus secretos, incluyéndola, y salvo sentarse en un círculo con incienso ardiendo y

cantando Kumbaya, tenía la intención de mantenerlo así.

"Escucha, te conseguí un lugar en un motel a no más de diez minutos de aquí. No es nada especial—" Martínez rió, "—pero debería servir. Tengo una habitación a solo unas puertas de distancia."

Sacó una llave con un dongle ridículamente grande que tenía el número 17 grabado en un lado.

Chase la tomó de su mano.

"Gracias," dijo, a lo que Martínez asintió.

"Solo déjame terminar aquí, y luego nos vamos. Cansada o no, necesito dormir. Va a ser un día largo mañana."

Capítulo 9

‘Nada especial’ resultó ser una de las subestimaciones más ridículas que Chase había escuchado en su vida.

El Motel Girdwood parecía a punto de ser condenado. Su experiencia en el vuelo había disipado cualquier ilusión de jets privados y champán, pero ¿esto? Esto era demasiado.

O muy poco, en este caso.

“Cumple su función,” dijo Martínez mientras estacionaba el auto de alquiler en el lote vacío. Había un toque de defensividad en la voz del hombre, algo que sugería que él había se hospedado aquí antes.

Por qué habría sido así, Chase no tenía absolutamente ninguna idea.

“Oye, ¿qué pasa con el chico, Floyd?” preguntó antes de que salieran del vehículo.

Martínez apagó el auto y se volvió para mirarla.

“¿A qué te refieres?”

Chase se encogió de hombros. No estaba exactamente segura de lo que quería decir, al igual que no sabía qué le había pasado en la morgue. Sin embargo, se sintió obligada a abrir un diálogo sobre el hombre.

“¿Realmente es el sobrino del Jefe?”

Aunque su experiencia en la morgue había hecho que su mente entrara en frenesí, había empujado activamente estos pensamientos hacia facultades más profundas, sin querer sesgarse creando un perfil antes de tener todos los hechos. Y, sin embargo, algo sobre Floyd le había parecido… extraño. Y no era solo el hecho de que fuera un poco lento.

Después de todo, un hombre con tartamudez, de una edad similar a las víctimas… no sería la primera vez que alguien se volviera loco y se vengara por un acoso constante.

“Hmm. No estoy seguro. Él llama al Jefe Downs su tío, y se parecen mucho, pero el Jefe no me ha dicho directamente que estén relacionados. Siempre está rondando… desde que conozco al Jefe, Floyd ha estado en la imagen.” Martínez hizo una pausa. “¿Por qué? ¿Estás notando algo?”

Chase dudó antes de responder.

“No, no realmente. Solo curiosidad. ¿Va a conducirme otra vez mañana?”

“Si quieres. Soy famoso por madrugar, y veo que necesitas descansar. Si me voy antes de que despiertes, le pediré que pase por ti.”

“¿Y él estará bien con eso?”

Martínez se rió.

“¿Bien? El chico cree que es algún tipo de conductor para el presidente. El chico está en el cielo.”

Chase asintió, pensando en lo nervioso que el hombre había estado cuando se acercó a ella por primera vez en el aeropuerto.

“¿Cuál es el plan para mañana, de todos modos?”

La mano de Martínez flotaba sobre la manija de la puerta, y Chase de repente se sintió tonta, no, no tonta, pero inexperta por hacer esa pregunta.

“Pensé que querrías hablar con el camionero que encontró los cuerpos.”

"Sí, claro," respondió rápidamente Chase, tratando de recuperarse. “Y luego tal vez podamos hablar con algunas de las amigas de Yolanda y Francine en la universidad.”

"Suena como un plan," respondió Martínez al salir al frío.

Caminaron en silencio hacia las filas de habitaciones, la mitad de las cuales faltaban parte o todos los números que indicaban cuál habitación eran en realidad.

Martínez se detuvo frente a una puerta con un uno, el segundo número había desaparecido hace tiempo, ya sea por desgaste o por haber sido robado, con su llave en la cerradura.

"Esta soy yo," dijo sin girarse. "La tuya está tres puertas más allá. Descansa, Adams, nos vemos en la mañana."

Chase dijo buenas noches y continuó por la fila de habitaciones. Identificó el número 17 no por los dígitos en la puerta, de hecho, faltaban ambos números, sino porque estaba entre 1— y 18. Probó su llave y la puerta se abrió.

Para su sorpresa, el interior de la pequeña habitación del motel estaba en mucho mejor estado que el exterior. A pesar de no ser un Four Seasons, se dio cuenta de que lo que había dicho Martínez tenía algo de verdad.

Nada especial.

Y aún así cumpliría su función.

Miró los números brillantes en el reloj junto a la cama.

Eran cinco minutos para las nueve, lo que significaba que en horario de Nueva York, ya era casi la una de la mañana.

Su primer impulso fue ducharse, para eliminar los residuos del día de su piel, pero cuando se sentó en el colchón acolchado para quitarse los Choos, quedó claro que no llegaría tan lejos.

Solo descansaré un minuto o dos, pensó, sabiendo que estas eran palabras famosas incluso cuando se formaban en su mente.

El sueño la envolvió como la luna toma la noche.

"Chase? Chase? Por favor, necesitas ayudarme."

Las palabras de Georgina eran inquietantes, desesperadas.

"Dime dónde estás," Chase susurró en la oscuridad. "Por favor, Georgie, solo dime dónde estás."

Chase estaba en algún lugar frío y húmedo, las paredes resbaladizas con condensación. Intentó mirar a su alrededor, pero todo parecía desdibujarse como si estuviera moviéndose extremadamente rápido en lugar de estar enraizada en su lugar.

"Chase? ¿Estás ahí?"

Sintió que su ritmo cardíaco se aceleraba.

"Estoy aquí, Georgie. Estoy aquí, solo dime dónde estás, y vendré a buscarte."

La voz de Chase sonaba como la suya, como la de su yo de 32 años, pero cuando Georgina respondió, lo hizo con la misma voz que el día que la habían secuestrado: la de una niña de cinco años, caliente, nerviosa y asustada.

Dios mío, parecía aterrada.

"¿Por qué corriste, Chase? ¿Por qué no te quedaste? Podríamos haber escapado juntas."

Chase sintió que su pecho se encogía.

"Quería… quería quedarme, pero él nos habría agarrado a las dos. Yo tenía..." no tenía opción, trató de decir, pero su garganta estaba demasiado apretada para responder.

Era una mentira. Había tenido una opción, y su decisión fue correr.

Pero ella solo tenía siete años, y aunque tenía dos años más que Georgina, ella también era solo una niña.

“Yo…Yo…”

Las sombras frente a ella, anteriormente impenetrables, de repente comenzaron a pixelarse.

Y entonces Chase vio a su hermana como había sido ese día. Su cabello rubio empapado de sudor, sus ojos abiertos, su rostro brillando en la luz de los sueños que existían en este lugar.

Extrañamente, estaba arrastrándose.

Chase intentó levantarse, pero su cuerpo estaba congelado en su lugar. Cuando Georgina continuó gateando hacia ella, el miedo de repente golpeó a Chase, y en lugar de querer ir hacia su hermana, de repente sintió un fuerte impulso de correr en la dirección opuesta.

Justo como había hecho aquel día de verano.

"Por favor," gimió. "Por favor, Georgina. Lo siento..."

Georgina siguió avanzando hacia ella, los ojos abiertos, la boca retorcida en una mueca de esfuerzo.

Cuando estuvo casi encima de Chase, de repente se volvió.

"Mis piernas... hay algo mal con mis piernas..." susurró la niña.

Chase siguió la mirada de su hermana, y luego comenzó a gritar.

Capítulo 10

El sueño abandonó a Chase Adams casi tan rápido como había llegado.

Estaba despierta cuando la puerta de Martínez se abrió y observó cómo él se dirigía hacia su auto, respirando grandes bocanadas de aire caliente en sus manos para calentarlas.

Él no se volvió para mirarla, ni siquiera echó un vistazo en la dirección de la Habitación 17.

Me está dejando dormir, pensó.

Pero Chase no podía dormir, no después de la pesadilla de ver a su hermana sin pies.

Y aún así, Chase no abrió la puerta. De hecho, después de que Martínez arrancó su auto, ella cerró completamente las persianas de plástico barato.

Había algo en Floyd, algo que no le parecía bien. Y ella ansiaba la oportunidad de hablar con él nuevamente.

Una mirada al reloj indicó que aún no eran las seis, hora local. Chase había estado despierta desde la una, sólo durmiendo a ratos desde entonces hasta ahora, y aún sentía los efectos del jet lag y la fatiga.

Aún así, después de una ducha caliente, Chase descubrió que la mayoría del agotamiento se le quitó. Después de aplicarse corrector debajo de los ojos, y en el interior de los codos para ocultar las cicatrices, se dirigió a la cama... y se dio cuenta de que la única ropa que tenía era la que había usado todo el día anterior.

"Mierda", murmuró. Envuelta en la toalla, que tenía un conteo de hilos de unos siete, Chase buscó su teléfono móvil.

Lo encendió, y su ceño se hizo inalterable. No había llamadas perdidas, no había mensajes de texto esperando. La aerolínea era una cosa, ¿pero Brad? ¿Brad y Felix?

Habían pasado unos días desde que había hablado con cualquiera de ellos, y no era como ellos no hacer un seguimiento, especialmente dada los mensajes que ella había dejado. Pero en lugar de llamar a su familia, marcó el número garabateado en la parte posterior del ticket de equipaje en su lugar.

Ya cerca de las siete, se sorprendió cuando fue respondida en el

primer timbrazo. Lo que no la impresionó, sin embargo, fue que estaba bastante segura de que era el mismo hombre con el que había hablado el día anterior. El de temperamento de cabra sedada.

"Hola", dijo Chase, tratando de no dejar que la exasperación se filtrara en su voz. "Llamo por mi equipaje... nunca llegó a Anchorage desde Seattle".

"¿Puede darme su nombre y número de boleto, por favor?"

Los ojos de Chase se desviaron hacia la etiqueta del equipaje.

"Chase Adams, número 101A434."

"Por favor, espere."

Antes de que pudiera decir algo, la línea hizo clic, y se familiarizó con el sonido de una tuba tocando al final de un largo pasillo.

Un movimiento en su periferia atrajo su atención, y Chase miró hacia la ventana. A pesar de que había cerrado las persianas después de que Martínez se había ido, estaban dobladas en varios lugares y todavía podía ver el estacionamiento. Un Lincoln Town Car negro apareció, redujo la velocidad, y luego se detuvo fuera de su puerta.

La línea hizo clic.

"¿Señora Adams?"

"¿Sí? ¿Ha llegado mi equipaje?"

"No lo creo".

"¿Qué? ¿Qué quieres decir con que no lo crees? Está allí o no está."

"Bueno, hay varias maletas sin etiquetas. ¿Puede describirme su maleta, por favor?"

Chase suspiró y cerró los ojos, recordando la imagen de su maleta.

"Es una maleta negra sencilla, tiene ADAMS escrito en la etiqueta."

"¿Es eso todo?"

Chase abrió los ojos y negó con la cabeza.

¿Qué más necesitas?

"Sí, eso es todo."

"Un momento, por favor."

La tuba regresó, y Chase tuvo que respirar por la boca y la nariz para mantener el control.

Finalmente, justo cuando la puerta del lado del conductor del Lincoln Town Car comenzaba a abrirse, el hombre regresó.

"No, lo siento, pero no hay equipaje que cumpla con su descripción."

"Está bien", espetó Chase. "Ahora tengo una dirección, ¿podrías ser tan amable de anotarla?"

"Mm-hmm, adelante."

Chase le dio al hombre la dirección del Motel Girdwood de un libro de cerillas sobre la mesilla de noche y le dijo que estaba en la Habitación 17.

"De acuerdo, nos pondremos en contacto tan pronto como—"

Chase colgó el teléfono, y, casi como si hubiera estado esperando este momento, Floyd llamó a la puerta.

"A-A-Agente Adams? Soy Floyd. El A-A-Agente M-M-Martínez dijo que pasara a recogerla."

Chase comenzó a vestirse renuentemente con la misma ropa de ayer.

"Saldré enseguida", dijo.

"O-Ok, te espero en el coche", respondió Floyd.

Ella lo vio caminar, encorvado, hacia su auto y volver al asiento del conductor.

Después de vestirse y hacer lo posible por alisar las arrugas de su blusa blanca, Chase tomó la pistola todavía en la funda y la sujetó alrededor de su cintura. Luego, se puso la parka roja y la abrochó bien.

Por costumbre, se volvió hacia la habitación antes de salir al frío, para ver si había dejado algo atrás, antes de darse cuenta de que no tenía nada que dejar atrás.

Con una mueca, abrió la puerta y salió.

Chase inmediatamente dirigió su mirada hacia arriba. El sol brillaba intensamente en el cielo, y debía hacer unos buenos veinte grados más caliente que ayer. Las nubes oscuras que se habían formado en su viaje desde la escena del crimen hasta el Hospital Regional de Alaska habían desaparecido, y parecía más octubre en Nueva York que marzo en Alaska.

Floyd bajó la ventana.

"P-P-Por aquí, Chase", dijo con una sonrisa.

Chase no pudo evitar devolver la expresión. El inconfundible Town Car de Floyd era el único en el estacionamiento del motel.

"Puedo verlo, Floyd. Puedo verlo."

Capítulo 11

"Bienvenida, Agente Adams", dijo el Jefe Downs cuando Chase abrió de par en par la puerta de la sala de conferencias.

Se sorprendió al ver que tres de los hombres del Jefe, probablemente el total de los oficiales de Girdwood, ya estaban sentados en pequeños escritorios frente al hombre, con Martínez a su lado.

Chase sintió que su cara se enrojecía mientras se dirigía hacia un escritorio libre.

"Me alegra que finalmente pudieras unirte a nosotros".

Chase mantuvo la cabeza baja.

¿Qué demonios? ¿Por qué Martínez no me dijo que había una reunión programada?

La noche anterior, en el restaurante, él le había dicho que el plan era simplemente volver a entrevistar al conductor.

Sacudiendo la cabeza, Chase sacó una silla y estaba a punto de sentarse, cuando Martínez se dirigió a ella directamente.

"Aquí arriba, Agente Adams", dijo.

Chase levantó la cabeza y se dio cuenta de que todas las miradas estaban puestas en ella. Si su cara había estado roja antes, ahora había adquirido un tono de morado que Oprah habría envidiado.

"Lo siento", murmuró, empujando la silla de nuevo a su lugar. Caminó hacia el frente de la sala, haciendo su mejor esfuerzo para mantener la cabeza alta esta vez.

No sabía si esto era algún tipo de iniciación de novatos por parte del Agente Martínez, o si simplemente estaba siendo un imbécil, pero tampoco le importaba demasiado.

Este acto mezquino le recordaba cómo el viejo sargento de la comisaría 62 de la NYPD la había tratado antes de que ella ocupara su posición.

¿Es que esta gente no se toma nada en serio? Hay dos chicas muertas sin pies, en una morgue a no más de veinte minutos en coche de aquí, ¿y su prioridad es avergonzarme?

Chase tragó saliva y apretó los dientes.

Quizás era su estatura, el hecho de que era una mujer, o el hecho

de que era atractiva, o quizás eran todas estas cosas juntas las que hacían que los demás no la tomaran en serio.

No la trataban con respeto.

"Gracias", dijo el Jefe Downs con una sonrisa astuta cuando finalmente se había situado a su lado.

Aparentemente el teatro había terminado, Martínez avanzó y dijo: "Esta es la Agente Especial Chase Adams, ella me asistirá en esta investigación. Les pido que le den su total cooperación."

Chase lo fulminó con la mirada.

¿Quieres que me muestren respeto? ¿Después de lo que acabas de hacer?

Chase desesperadamente quería decir algo, replicar con una réplica, pero se mordió la lengua.

Había sido su sueño, su objetivo convertirse en una Agente del FBI, y no iba a poner en peligro esto en su primer caso, no importa cuán poco convencionales hubieran sido las cosas hasta este punto.

En cambio, miró fijamente a cualquiera de los PD de Girdwood que se atrevieran a mirar en su dirección.

Había pasado por esto antes, por supuesto, y sabía que lo único que estos abusadores anhelaban más que nada era una respuesta.

Y Chase se negó a dárselas.

"Ahora que las presentaciones están hechas", dijo Downs, "les daré un resumen de lo que sabemos hasta la fecha. Como probablemente saben, hace dos días un camionero", utilizó un puntero para señalar una fotografía pegada en la pizarra detrás de él, "Henry Buckly, encontró los cuerpos mientras enviaba mercancías al norte. Los cadáveres congelados..." Chase se estremeció ante el término mientras él movía el puntero a las fotos de las dos chicas, "...eran Yolanda Strand y Francine Butler, ambas de 22 años, ambas en segundo año en la Universidad de Alaska, Anchorage. Sus pies habían sido cortados con lo que la CSU piensa que es una sierra de mano pesada, y luego las heridas fueron cauterizadas rudimentariamente con algo muy caliente." El puntero se movió a imágenes de los muñones, y Chase vio a varios de los hombres en el público estremecerse. "La patología forense ha confirmado que aunque habría sido difícil eliminar los pies, la cauterización fue extremadamente rudimentaria, nuestro desconocido probablemente tiene algún, pero no extenso, conocimiento médico. O una buena conexión a internet, supongo. ¿Agente Martínez?"

Martínez avanzó.

"Basado en la edad y el sexo de las víctimas, las estadísticas históricas indican que estamos buscando a un hombre entre las edades de veinticinco y cuarenta. El Oficial Mills ya habló con los amigos de las víctimas en la universidad, ninguno de los cuales reportó a Yolanda ni a Francine como desaparecidas, dos días no estaban fuera de lo común para las chicas, especialmente dado que habían salido a festejar el día que creemos que desaparecieron. Varios de ellos vieron a las víctimas intoxicadas en un pub universitario local, y el médico forense ha confirmado que ambas tenían altos, pero tolerables niveles de alcohol en sus sistemas. Francine tenía bajos niveles de cocaína en su sistema, pero el médico forense ha descartado que fueran drogadas", hizo una pausa. A Chase le pareció demasiado pronto para formular un perfil; había demasiado que no sabían, pero a Martínez no parecía importarle. "Miren, sé lo que están pensando: estas chicas podrían haber ido con cualquiera, dado lo rara que es la violencia de esta naturaleza en Anchorage. Pero esto no es mil novecientos ochenta y cinco, la ignorancia es cosa del pasado. Estas chicas, no importa cuán borrachas estuvieran, tendrían su radar activado si fueran abordadas por alguien sospechoso, ¿no es así, Chase?"

Chase no escuchó de inmediato su nombre y continuó mirando fijamente.

"¿Chase?" preguntó Martínez, levantando una ceja. "¿No crees que estas chicas estarían alerta si un hombre... que pareciera raro, se les acercara?"

Chase parpadeó y sacudió levemente la cabeza.

Su rostro amenazó con enrojecerse de nuevo, pero lo alejó. Una rápida mirada confirmó que ella era la única mujer en la sala, y las palabras del agente de la TSA sonaban en su cabeza.

Zorras... les dijiste a las mujeres de Nueva York que actuaran como zorras para evitar ser objetivos.

"Quizás", dijo por fin. "Dado que eran dos, probablemente estaban utilizando el sistema de compañeras en el bar, algo que es común entre las jóvenes que planean una noche de bebida."

Martínez la miró durante un momento antes de volver a los PD de Girdwood. Varios de los hombres estaban sonriendo, Chase lo notó.

Una gran parte de ella quería preguntar qué demonios era tan gracioso para exigirlo, y lo habría hecho, los habría insultado a todos, excepto que todo esto era nuevo para ella y, al haber querido ser Agente del FBI durante tanto tiempo, se mordió la lengua.

Todo parecía un poco surrealista y no muy diferente a lo que había sucedido en la morgue el día anterior.

"Lo tomaré como un sí, lo que significa que la persona que se acercó a ellas probablemente era de aspecto promedio o superior al promedio, alguien que encajaría en el ambiente de un bar universitario. Creo que deberíamos enfocarnos en—"

"—o nuestro asesino podría haber sido una persona de autoridad, un médico, quizás, pero probablemente no basado en el informe forense, o un oficial de policía, profesor, ese tipo de cosas", sugirió Chase.

Ella estaba pensando en su último caso, en cómo el agente del FBI Stitts había desarrollado un perfil de un hombre similar al que Martínez estaba describiendo ahora, y eso los había cegado.

La verdadera asesina había sido una mujer.

Chase estaba pensando en esto, y no en las palabras que salían de su boca.

Los labios de Martínez se torcieron en un gesto de desagrado, y Chase inmediatamente lamentó haber hablado. Después de todo, ella estaba asistiéndolo en la investigación, no liderándola. Sin embargo, la parte egoísta de ella se alegró de que ahora él fuera el que se sintiera incómodo.

Un silencio tenso cayó sobre el grupo mientras Martínez la fulminaba con la mirada, pero ella se negó a apartar la vista.

Sus pensamientos se volvieron hacia Yolanda y Francine, hacia ellas en la furgoneta, desesperadas, llorando, sabiendo que estos momentos probablemente serían los últimos en la Tierra.

"¿Alguna pregunta? ¿Comentarios?" preguntó finalmente el Jefe Downs.

Un hombre con un bigote delgado levantó la mano.

"¿Qué pasa con el camionero? ¿Es sospechoso?"

El Jefe Downs negó con la cabeza.

"No en este momento. Los agentes Martínez y Adams lo investigarán más a fondo más tarde hoy, pero por ahora parece que solo encontró los cuerpos."

"El asesino probablemente condujo una furgoneta", interrumpió Chase, "una furgoneta de carga, tal vez, algo lo suficientemente grande para albergar a las chicas, y las ató con cuerda. Sus motivos son desconocidos, pero el hecho de que les cortó los pies y las vio sufrir,

las vio intentar arrastrarse fuera del frío, indica que el asesino podría tener una obsesión con la idea de una mujer huyendo de él. Una madre que lo abandonó al nacer, o algo incluso menos sustancial; una esposa que lo dejó, una novia que lo despreció. Sin embargo, quiero enfatizar que nada de lo que tanto yo como el Agente Martínez estamos diciendo es un hecho. Estamos intentando guiarlos, darles algo a lo que prestar atención, pero no algo en lo que deberían centrarse específicamente."

El Jefe Downs asintió y luego se dirigió a sus hombres.

"Quiero que ustedes se hagan presentes en la universidad. Instálense allí, hagan preguntas. Podría haber algo allí que conecte a estas chicas con el asesino. Como siempre, ojos y oídos abiertos, gente."

Se detuvo, y cuando nadie se movió, hizo un gesto dramático con sus manos.

"¡Despedidos! ¡Vayan!"

Los hombres se levantaron de un salto, sus sillas raspando ruidosamente contra el suelo. El sonido fue inesperadamente desagradable para Chase y ella se estremeció. Cuando sufría de falta de sueño, que era a menudo estos días y aún más desde que Brad y Felix se fueron, los ruidos fuertes parecían un pico en su cerebro.

Estaba tan concentrada en bloquear el sonido, que ni siquiera escuchó al Agente Martínez acercarse.

"No vuelvas a hacer eso", siseó.

Chase se volvió y estaba a punto de decir algo, pero Martínez ya se dirigía hacia la puerta.

"¿Qué pasa con el camionero? ¿No vamos a—"

"Lleva a Floyd contigo", escupió Martínez por encima del hombro. "Stitts dijo que eras un jugador de equipo, ahora es hora de seguir el programa, Adams."

Capítulo 12

El nombre del camionero era Henry T. Buckly; tenía cuarenta y seis años, sobrepeso y una barba oscura que era más espesa en su garganta que en su mentón. Y sin embargo, a pesar de su rudo aspecto, todo indicaba que era un hombre de voz suave que estaba genuinamente afectado por haber encontrado a las dos chicas en el campo vacío al costado de la carretera.

"Señor Buckly, ¿puede por favor repasar lo que estaba haciendo en el tiempo previo a su descubrimiento de los cuerpos?" preguntó el Agente Martínez.

Los oscuros ojos del hombre se movieron rápidamente de un lado a otro de la mesa hacia el Agente Martínez, luego hacia Chase que se sentaba al lado de su compañero. Sus ojos se suavizaron cuando sus miradas se encontraron, y ella supo que él se avergonzaba de lo que había visto.

Por sus cuerpos desnudos.

"¿Por qué?" dijo en voz baja. "Ya les conté todo lo que vi."

El Agente Martínez carraspeó.

"Señor Buckly—"

"¿Por qué siguen llamándome así? Mi nombre es Henry—llámenme Henry, por el amor de Dios."

Los ojos del hombre se movieron de nuevo hacia Chase, y ella abrió la boca para decir algo—sabía que todo lo que tenía que hacer es ser cortés con Henry, preguntarle gentilmente que cuente la historia una vez más, solo una vez más para su beneficio, y él se soltaría—pero vio un músculo en la sien oscura del Agente Martínez tensarse y supo que estaba rechinando los dientes.

Después del regaño que el hombre le había dado en la estación por hablar sobre el perfil preliminar, Chase dudaba en cruzarse con él de nuevo.

Su mente se volvió al Asesino de la Descarga, el hecho de que todo el tiempo había sido una mujer, y el perfil había indicado que era un hombre.

Pero si eso significa…

"Bien, Henry—cuéntame una vez más qué ocurrió", interrumpió Martínez.

Henry tomó una profunda respiración, y su gran vientre, escondido detrás de una camiseta de Def Leppard, subió y bajó.

Bajó la mirada y empezó a hablar.

"Estaba haciendo mi ruta regular—de Anchorage a Valdez-Cordova —y sabía de un atajo que podía—"

"¿Has tomado este atajo antes?" demandó Martínez.

Chase lo miró. Mientras Martínez pudo haber escuchado la historia antes, varias veces parecía, Chase no lo había hecho, y quería escucharla sin interrupciones.

"Sí, como ya te dije, siempre tomo las carreteras más pequeñas al salir de la ciudad, luego vuelvo a conectarme con la arteria principal a unas cincuenta millas. Me quita una hora del viaje y ahorra gasolina."

"¿Lo sabe tu supervisor? ¿La central? ¿Es común?"

Henry se removió en su asiento.

"No, quiero decir, supongo que sí lo saben ahora. No es algo que recomienden, porque si algo sale mal con el camión, el seguro podría tener problemas con eso. Pero todo el mundo lo hace. Lo he hecho en mis últimos siete viajes sin problemas. Quiero decir, tengo dos hijas pequeñas, y si eso significa que puedo tener dos horas extra con ellas después de un viaje de ida y vuelta? Entonces, sí, doblo un poco las reglas. Pero, ¿y qué? Solo estoy—"

Martínez se recostó en su silla.

"Sigue. Cuéntame qué pasó después de tomar tu atajo."

A mí... no a nosotros, cuéntame.

Chase se estaba frustrando con el machismo del Agente Martínez, o su ego, o lo que fuera. Claro, este era su primer caso, pero ¿cómo se suponía que iba a ayudar si la trataba como si no estuviera allí?

"Bueno, estaba tomando la ruta que ya te conté, y luego vi los cuerpos al lado de la carretera—"

"Bueno, aquí está la cosa, Henry, esta es la parte de la historia que tengo dificultades para entender. Entiendo el atajo, bien, ya hemos hablado con varios de tus colegas, y después de insistir, ellos también admitieron tomar esa ruta." Martínez se inclinó hacia adelante. "¿Sabes cuántos otros conductores tomaron ese mismo camino el día que encontraste a las chicas?"

Henry negó con la cabeza. Sus ojos estaban ahora inquietos, solo que no se detenían en nada en particular. Chase conocía esa cara. Esta era la cara de un conejo atrapado en la trampa, de un hombre que

estaba a punto de pedir un abogado.

"No tengo idea", dijo al fin. Antes silencioso, Henry estaba ahora casi inaudible.

"Tres. Tres conductores pasaron justo por las mujeres y no se detuvieron. Quiero decir, debe haber sido difícil verlas, ¿no? Medio cubiertas de nieve, a al menos cincuenta pies de la carretera. Y no solo eso, sino que había nevadas en ese momento, ¿no es cierto?"

Henry miró a Chase en busca de apoyo, pero antes de que ella pudiera decir o hacer algo, Martínez chasqueó los dedos, atrayendo de nuevo la mirada del camionero.

"No es una pregunta retórica, Henry. Estaba nevando, ¿no es así?"

"No sé, quiero decir, creo que sí."

"Sí, lo estaba. Estaba nevando como el diablo. Y sin embargo, tú, conduciendo un maldito camión de dieciocho ruedas cargado con... ¿qué exactamente estabas transportando, Henry?"

Los ojos de Henry de repente se oscurecieron.

"Creo que quiero un abogado", dijo suavemente, y Chase sintió un nudo en el pecho. Desde que entraron en la habitación, sabía que no iban a obtener nada de este tipo, no con el enfoque de Armstrong, de todos modos.

Martínez se llevó la mano a la oreja.

"¿Qué? No te escucho... ¿has dicho algo, Henry?"

Henry se levantó y golpeó la mesa con las manos. El movimiento fue tan repentino, el ruido tan fuerte, que Chase se sobresaltó.

"¡He dicho que quiero a mi abogado!" rugió.

Martínez, quien no se había movido con el estallido, se rió.

"Eso es lo que pensé que dijiste. Pero no necesitas uno, Henry."

"¿Qué?"

"Dije que no necesitas uno. Eres libre de irte."

Henry parpadeó pero no se movió.

Martínez agitó una mano, despidiendo al gran hombre.

"Vamos, vuelve a tu vida. Sal de mi vista."

Cuando Henry todavía no se inclinó hacia la puerta, Martínez agregó, "Vete ahora, Henry. Vete, antes de que cambie de opinión y haga un inventario de exactamente qué estabas transportando ese día."

Los ojos de Henry se agrandaron, pero abandonó la habitación sin decir otra palabra.

Chase, con el corazón todavía latiendo con fuerza en su pecho, respiró profundamente cuando finalmente se fue.

¿Qué diablos fue todo eso?

Capítulo 13

La puerta se cerró de golpe y Chase se volvió hacia el Agente Martínez. Había estado en interrogatorios con hombres fuertes antes, incluido el inimitable Damien Drake, pero esto era… ¿qué?

Chase no estaba segura de lo que era, así que decidió preguntar.

"¿Qué demonios fue eso?"

Martínez se encogió de hombros.

"Necesitaba saberlo."

Chase se quedó boquiabierta.

"¿Saber qué?"

"Que él no era el indicado."

Chase se sintió en terreno pantanoso aquí, pero no pudo evitarlo. La franqueza de Martínez era alarmante.

"No tengo ni idea de qué—"

Martínez se volvió para enfrentarla.

"El Agente Stitts me advirtió sobre ti", dijo de repente. El comentario hizo que Chase se sobresaltara.

"¿Qué?"

"Stitts dijo que te gusta ver lo bueno en todos, que eres ingenua, todavía un poco verde, incluso después de todo lo que has pasado."

Chase se mordió la lengua. No estaba segura de si Martínez estaba tratando de provocarla, pero estas no parecían palabras de Jeremy Stitts. Es cierto, no había conocido al hombre durante mucho tiempo, pero Chase siempre se consideró una buena lectora del carácter.

Y no parecía algo que el Agente Stitts diría.

Cuando no respondió, en parte por el shock y en parte porque se negó a ser provocada, Martínez entrelazó sus dedos y se inclinó hacia ella.

"Mira, lo entiendo. Mis métodos pueden parecerte poco ortodoxos, pero confía en mí, hay una razón detrás de esto."

Esta vez Chase no pudo contenerse.

"¿Qué? ¿Qué razón tenías para abusar de ese hombre de la manera en que lo hiciste?"

Martínez se rió.

"¿Abusado? Tienes que estar bromeando, Adams. Mira, he estado alrededor de muchos asesinos despiadados en mi tiempo, y ¿Henry Buckly? Tenía que presionarlo. Tenía que verlo romperse. Y lo hizo."

"Sí, pero ¿por qué de esa manera? ¿Por qué—"

"Aquí está la cosa, Chase; sé qué carga estaba transportando. Claro, estaba llevando productos a Valdez, pero también estaba transportando heroína al norte. Por eso fue tan malditamente cauteloso allí afuera, por eso vio los cuerpos cuando ninguno de los otros camioneros lo hizo."

Este detalle de información tomó a Chase por sorpresa. No necesariamente la información en sí, sino el hecho de que el Agente Martínez estaba al tanto de esto. Claramente, no había sido ofrecido por el propio Henry.

"¿Sabías esto, y lo dejaste ir?"

Martínez se encogió de hombros.

"Estoy aquí para resolver estos asesinatos, Chase, no para cerrar a un pequeño traficante de drogas. Además, él obtendrá lo que le viene, los desgraciados como él siempre lo hacen", Martínez hizo una pausa, y, por un breve momento, una mirada lejana cayó sobre su rostro. Luego sacudió la cabeza y se reenfocó. "¿Hemos terminado aquí, Chase? ¿Has terminado con el interrogatorio? Porque si lo has hecho, probablemente deberíamos seguir adelante. Henry T. Buckly claramente no es nuestro asesino, pero una cosa es segura: nuestro tipo, quienquiera que sea, aún no ha terminado. Esto es solo el comienzo."

Chase quería decir más, quería cuestionar a Martínez aún más, e incluso quizás sondear en busca de algunas respuestas, pero se mordió la lengua.

Asintió.

"Bien", dijo Martínez mientras se levantaba. "CSU llamó antes, deberíamos hacerles una visita."

***

Chase se sentó en el asiento trasero del Town Car de Floyd, rascándose distraídamente los brazos a través de la chaqueta gruesa.

"¿Estás b-b-bien, Agente Adams?" Preguntó Floyd desde el asiento

delantero.

Chase levantó la mirada.

"¿Mmm?"

"Pregunté si estás b-b-bien", repitió.

"Sí, estoy bien."

Pero no sonaba bien. Incluso para ella misma, su voz sonaba forzada, cansada.

Las palabras de su marido resonaban en su cabeza.

Te estás esforzando demasiado de nuevo… recuerda lo que pasó en Seattle, Chase. Por favor, tómate un descanso. Felix te extraña… te extraño.

Chase vio a Floyd asentir en el espejo retrovisor.

"Bueno, si necesitas algo, solo d-d-debes decírmelo."

"Gracias, Floyd."

El trayecto desde la comisaría hasta el CSU duró unos quince minutos, y la mayor parte de ese tiempo se pasó en silencio. Pero a medida que se acercaban al edificio, una estructura pequeña y cuadrada, con una placa que lo describía como Municipality of Anchorage Crime Scene Investigations, le vino un pensamiento.

"Oye, Floyd?"

"¿Sí, señora?"

"¿Tu tío conoce al Agente Martínez?"

"¿Qué q-q-quieres decir?"

"Antes de esto... ¿has conocido al Agente Martínez y al Jefe Downs?" Chase pensó que ya sabía la respuesta, pero solo quería estar segura.

Floyd asintió en el espejo.

"Lo conocí una vez antes, cuando era más joven. Pero fue hace mucho tiempo. Su hermana solía vivir en Anchorage."

"Hmm."

Antes de que pudiera insistir más, Floyd detuvo el coche frente a las puertas principales, y Chase vio al Agente Martínez de pie bajo un toldo de color óxido.

"¿Quieres que espere?"

Chase miró a Martínez, que le estaba haciendo señas para que lo

siguiera al CSU.

"No estoy segura", respondió sinceramente.

"Entonces esperaré."

Chase asintió.

"Gracias, Floyd", dijo al bajar del coche. Metiendo la barbilla en el cuello de la chaqueta roja de Martínez, se apresuró hacia el hombre, preocupada por lo que podría suceder a continuación.

Capítulo 14

Chase siguió al Jefe Downs y al Agente Martínez por un largo pasillo. Los hombres caminaban con un paso rápido y decidido, y sus miembros fatigados luchaban por mantenerse al día.

"Tomaron algunas impresiones adicionales de la zona", escuchó a la jefa decirle a Martínez. "Y hay algo que vas a querer oír por ti mismo".

Chase aceleró el paso.

Entraron en una pequeña habitación bien iluminada, con un banco de computadoras en una pared y lo que a Chase le pareció mesas de metal en la parte trasera de la habitación. Recordó los cuerpos de Yolanda y Francine, cómo habían sido dispuestas en la morgue, cómo se había sentido transportada a los momentos antes de que fueran brutalizadas, despojadas y abandonadas en el frío.

Todavía no se había enfrentado a lo que había sucedido cuando su mano rozó el muñón de Yolanda.

"Dr. Trenton, estos son los Agentes Especiales del FBI Martínez y Adams", dijo el Jefe Downs, dando un paso al costado.

El Dr. Trenton era un hombre de constitución promedio, con el cabello negro corto y ojos oscuros. Estaba de pie con las manos metidas en los bolsillos de su bata de laboratorio.

El hombre apretó firmemente los labios antes de hablar.

"Como estoy seguro de que el Jefe Downs ya les ha dicho, volvimos a la escena del crimen anoche y tomamos algunas impresiones más de neumáticos".

Guió hacia una de las mesas al final de la sala. Por alguna razón, Chase vio a Yolanda acostada allí, sus pies terminando en muñones cicatrizados y ennegrecidos.

Sacudió la cabeza y la imagen se disolvió en un segmento de un molde, de un pie y medio de largo, y la mitad de ancho. El yeso blanco se hundió en un patrón que recordaba a una huella de neumático.

Lo que era exactamente, por supuesto.

"Encontramos esto... neumáticos estándar en una furgoneta Chevy Cargo 1998. Creo que se ajusta a lo que estaban buscando", los ojos del hombre se desviaron hacia Chase cuando dijo esta última parte.

El Agente Martínez asintió.

"Jefe, vea si puede buscar los registros de todas las furgonetas Chevy", encogió los hombros, "entre el 95 y el 99, digamos. Enfóquese en cualquier cosa local".

El Jefe Downs estuvo de acuerdo, pero no llegó inmediatamente a su walkie como claramente esperaba el Agente Martínez. En cambio, dijo, "¿Dr. Trenton? Eso otro de lo que me habló...?"

El Dr. Trenton apretó los labios nuevamente. Chase no sabía si los detalles del caso le afectaban, o si simplemente estaba aburrido y quería volver a un volcán de papel maché de bicarbonato de sodio y vinagre. Pequeños pliegues verticales se formaron encima de sus labios, haciendo que su boca temporalmente pareciera un ano fruncido.

"Sí, por favor, vengan conmigo."

Los tres siguieron al científico hasta una gran computadora. El Dr. Trenton se sentó y luego ingresó su nombre de usuario y contraseña cuando se le pidió. En la pantalla había una imagen grande y de cerca de una de las piernas sin pies de la chica.

Por favor... por favor, déjanos ir. Haremos cualquier cosa...

El Dr. Trenton extendió un dedo hacia un pedazo de carne especialmente retorcido y ennegrecido.

"¿Ven aquí?" dijo.

Chase miró de cerca, entrecerró los ojos, pero no vio nada más que carne quemada salvajemente.

Por favor... cualquier cosa...

Miró al Jefe Downs, quien estaba asintiendo, pero asumió que esto era solo porque el Dr. Trenton ya había señalado lo que estaba indicando.

"No veo nada", dijo Martínez al fin.

"Yo tampoco", estuvo de acuerdo Chase.

El Dr. Trenton suspiró, luego agarró el ratón. Unos cuantos clics y la imagen se acercó aún más. A esta escala, las áreas externas comenzaron a desdibujarse, pero allí, en el centro...

"¿Qué es eso?" preguntó Chase, señalando lo que para ella parecía la mitad de un objetivo.

El Dr. Trenton no se giró al responder.

"Esa es la huella de lo que el asesino utilizó para cauterizar las heridas."

Chase pensó en esto por un momento antes de que le viniera a la mente una imagen fugaz de un hombre con pantalones caqui y una voz retumbante.

En las noches en que no jugaba al póker en línea y tampoco podía dormir, atormentada por lo que había pasado hace tantos años y por lo que había pasado en Seattle, Chase se tumbaba en el sofá, hojeando lo que estuviera en la tele, sin mirar realmente nada. Y, ocasionalmente, se quedaba dormida, solo para despertarse con un infomercial en las primeras horas de la mañana.

Y fue aquí donde la forma, un objetivo en la parte inferior de una sartén, le pareció familiar.

"Es de una sartén... el desgraciado cauterizó las heridas con una sartén."

Aunque las palabras salían de su boca, le sonaban ajenas.

Dios mío, ¿una sartén?

Miró a Martínez, quien todavía estaba mirando el punto en la herida, la media diana, con la cabeza inclinada hacia un lado.

"Creo que tienes razón", admitió finalmente.

El Dr. Trenton asintió, y ya iba dos pasos por delante de ellos. Cerró la imagen y abrió un navegador. Unos cuantos clics más, y apareció en pantalla una fotografía de una sartén.

"Sartén Paderno", dijo, su voz recordando extrañamente a Chase al hombre del infomercial. "Lo hemos reducido a este modelo aquí. Es bastante caro, un poco más de cien dólares en la mayoría de los minoristas en línea."

Ahora era el turno del Jefe Downs de acercarse.

"¿Es raro?"

El Dr. Trenton negó con la cabeza.

"No. No en lo más mínimo". Sacó un mapa de Anchorage, uno que estaba salpicado de pequeños puntos rojos. "Estas son las tiendas que venden este modelo. Más de cien solo en Anchorage."

Downs suspiró.

"Aún así, le diré a uno de los novatos que se encargue. Que vea si pueden sacar los registros de todas las ventas recientes de este modelo".

"También está en línea, también", continuó el Dr. Trenton, "que generalmente son un quince a veinte por ciento más baratas."

"Haré que hablen con las tiendas de todos modos", dijo Downs, un poco a la defensiva.

Entonces se le ocurrió una idea a Chase.

"Oye, Doc, ¿qué tan caliente tiene que estar para cauterizar una herida?"

El Dr. Trenton se volvió para mirarla.

"Depende, generalmente 500 grados Fahrenheit en adelante, pero en un entorno médico se haría usando una corriente eléctrica y no calor, per se."

"¿Y nuestras víctimas?" preguntó ella. "¿Qué pasa con las heridas en sus piernas? ¿Puede la sartén de hierro fundido Paderno alcanzar esa temperatura?"

El Dr. Trenton volvió a apretar los labios.

"Es de hierro fundido... puede calentarse muchísimo. Para hacer eso en sus muñones, sin embargo... sí, supongo que tendría que estar en el rango de 5 a 600 grados."

"Correcto, fue la sartén la que causó las quemaduras", dijo rápidamente el Jefe Downs, su tono pasando de defensivo a ofensivo. "Pero qué—"

"Espera un segundo", dijo Chase, levantando un dedo. "Dr. Trenton, ¿cómo puedes calentar tanto una sartén de hierro fundido? Quiero decir, ¿sería suficiente una pequeña estufa eléctrica de camping?"

El Jefe Downs frunció el ceño y parecía a punto de decir algo, cuando Martínez lo calmó con una mirada.

Chase recordó su conversación con Floyd, sobre cómo él había dicho que Downs y Martínez tenían una larga relación. Floyd quizás solo había conocido a Martínez una vez antes, cuando era mucho más joven, pero Chase comenzaba a pensar que los dos hombres frente a ella se conocían mucho mejor de lo que pretendían.

"Yo—yo—yo no lo creo", dijo finalmente el Dr. Trenton. Por primera vez desde que habían llegado a su territorio, lo habían sacado de su zona de confort y ahora no estaba tan seguro de sí mismo. "Quiero decir, probablemente no... podría, pero tomaría mucho tiempo."

Chase reflexionó sobre esto. No era muy buena cocinera, ese era el territorio de Brad, pero algo de lo que dijo el Dr. Trenton le sonó verdadero. Brad había insistido en una estufa de gas por esta misma razón: las estufas eléctricas tardaban demasiado en calentarse y nunca alcanzaban la temperatura suficiente.

"¿Pero el gas?"

"El gas sería mejor, más eficiente", estuvo de acuerdo el Dr. Trenton.

El Jefe Downs cruzó los brazos sobre su gran estómago. Claramente, no seguía su línea de pensamiento.

"Pero—pero", continuó el Dr. Trenton. Sus ojos se ensancharon al captar lo que quería decir. "Incluso con una pequeña estufa de camping de gas, el propano se agotaría antes de que se calentara lo suficiente. Vas a necesitar mucha energía para calentar la sartén hasta seiscientos grados, y luego vas a tener que hacerlo cuatro veces."

"¿Cuatro veces?" preguntó el Jefe Downs.

El Dr. Trenton lo miró como si tuviera cuatro cabezas.

"Para cada una de sus piernas. El asesino tendría que recalentarla antes de cauterizar cada una de sus heridas."

La nuez de Adán del Jefe Downs se movió al tragar con dificultad.

Capítulo 15

"¿Qué hay de las heridas? ¿Algún detalle sobre cómo se hicieron?" preguntó Martínez.

El rostro del Dr. Trenton volvió a convertirse en la quintaesencia de la autosuficiencia.

"Sierra de mano genérica. Los cortes son toscos, desiguales. Puedo decirles que la pierna izquierda de Yolanda fue la primera, seguida de la derecha. El mismo orden para Francine, que fue la segunda en ser mutilada. Puedo deducir por las marcas de corte que la sierra había empezado a embotarse considerablemente cuando el asesino llegó a ella."

El Jefe Downs tragó saliva con dificultad.

"Solía talar árboles en mis días de juventud antes de ser policía. De vez en cuando, la motosierra se atascaba, o me quedaba sin gasolina y teníamos que recurrir a usar una sierra de mano. Les puedo decir que, incluso cortar un árbol tan grueso como... como... una pierna, te agotaría mucho."

Chase asintió; ella estaba pensando lo mismo. Con esta nueva información, tenía un fuerte deseo de ver los cuerpos nuevamente. Esperaba que su subconsciente — eso es lo que era, la intuición de la que el agente Jeremy Stitts hablaba tanto, tenía que ser — encajara más piezas de este rompecabezas.

"Así que, estamos buscando a alguien en buena forma, con al menos un conocimiento rudimentario de la cocina y los utensilios de cocina. Conduce una furgoneta de carga Chevrolet, que puede o no tener algún tipo de aparato de cocina instalado. Quizás una furgoneta de camping convertida", resumió Martínez, recopilando su nueva información. Chase tuvo la impresión, por la mirada distante en sus ojos, de que estaba añadiendo todo esto a un perfil refinado de su asesino.

Solo no estés demasiado seguro... ese fue nuestro error con el caso del Asesino de la Descarga, con Colin y Ryanne Elliot.

"Puedo preguntar en algunos talleres locales a ver si alguien ha trabajado en una furgoneta Chevrolet, la ha equipado para acampar. Es una posibilidad lejana, pero..." La voz del Jefe Downs se apagó.

"Suena bien. Mientras tanto, el agente Adams y..."

La radio del Jefe emitió un sonido repentino, interrumpiendo a

Martínez. Downs la tomó y la llevó a su boca.

"Jefe Downs", dijo, entrecerrando los ojos.

"¿Jefe? Soy el diputado Hascom. Estoy en The Barking Frog."

"¿Hascom, dijiste Barking Frog?"

"Sí, hablé con las compañeras de cuarto de Francine y dijeron que ella estaba allí, con Yolanda, un par de noches antes de que desapareciera. Y adivina qué? Tienen cámaras."

Aunque el Jefe se había dado la vuelta, las palabras del diputado se escucharon claramente.

"Genial, buen trabajo. Voy para allá. Envía la dirección a mi teléfono."

"Uh, ¿Jefe? El dueño... bueno, está siendo un poco grosero con todo esto. Dice que no entregará las cintas a menos que consigamos una citación."

Chase miró a Martínez, quien estaba mirando fijamente la espalda del Jefe Downs.

"Que el muy imbécil diga lo que quiera, que se desahogue. Puede que cambie de actitud una vez que llegue allí con los federales. Solo mantenlo hablando, no lo dejes acercarse a las cintas."

"Entendido. Nos vemos pronto, Jefe. Hascom fuera."

El Jefe Downs guardó la radio en su cinturón, luego se volvió para enfrentarlos.

"¿Eso es todo, Dr. Trenton?"

El Dr. Trenton asintió.

"Eso es todo lo que tengo por ahora. ¿Debo enviar esta información a...?"

"Envíamela a mí", dijo Martínez. "Tendré a uno de mis chicos en la oficina para ver si pueden encontrar una conexión entre la furgoneta, la sartén y la estufa."

Sonaba como el comienzo de un chiste malo para Chase, y ella habría reído.

La furgoneta, la sartén y la estufa...

Excepto que en esta sartén, cocinaban carne humana. La quemaban. La convertían en carne chamuscada solo para mantener a las víctimas vivas el tiempo suficiente para que murieran de frío.

El Dr. Trenton asintió.

"Y yo tendré a mis chicos buscando en los talleres de autos, para ver si alguno de ellos ha equipado una furgoneta con una estufa de propano", añadió el Jefe Downs. "¿Vienen conmigo a The Barking Toad?"

Rana... él dijo The Barking Frog.

"Sí", respondió Martínez, poniéndose de pie.

El ceño de Chase se frunció.

"Adelántate", dijo. "Voy a echar otro vistazo a los cuerpos."

Las comisuras de la boca de Martínez se movieron.

"¿Por qué?"

"Solo quiero ver algo, eso es todo. Probablemente nada. Pediré a Floyd que me lleve al bar tan pronto como termine."

"Te esperaré."

Chase no dijo nada hasta que el Jefe Downs chasqueó sus dedos carnosos frente a su rostro.

Ella se sobresaltó.

"No, está bien. Me pondré al día. Tú ve a ver si puedes ayudar a que el dueño entregue las cintas."

Martínez parecía a punto de decir algo, de protestar, pero el Jefe Downs se interpuso entre ellos.

"Está bien. Vamos, Chris."

Cuando los dos se habían ido, Chase se volvió hacia el Dr. Trenton, que había vuelto a centrar su atención en su computadora.

"Dr. Trenton, ¿puede llevarme a la morgue para ver los cuerpos? ¿O están aquí ahora?"

El hombre no se giró.

"¿Mmm?"

Ahora era el turno de Chase para estar frustrada. Al Dr. Trenton sólo parecía interesarle moderadamente encontrar al asesino, un monstruo que había cortado los pies a dos chicas universitarias, había cauterizado sus heridas con una sartén, y luego las había dejado morir congeladas en la nieve.

Su propia vida era mucho más importante.

Si no te sucede a ti, no importa.

¿No había escuchado eso una vez? ¿No era un dicho?

Chase no estaba segura, pero pensó que si no lo era, debería serlo.

¿Por qué no puedes pensar en nosotros? Brad le había preguntado hace mucho tiempo, ¿En Felix, en cómo extraña a su mamá? ¿En mí? ¿En cómo te extraño?

Chase frunció el ceño, y extendió la mano y la apoyó en el hombro del Dr. Trenton. El hombre saltó.

"Llévame a los cuerpos", dijo con firmeza.

Capítulo 16

"Están aquí", informó el Dr. Trenton. "El Jefe Downs pidió que se trasladaran desde la morgue para buscar más evidencia de rastros una vez que llegaron las huellas de los neumáticos."

El hombre la había llevado por el pasillo hacia una habitación no muy diferente a la que había estado el día anterior. De regreso en su territorio, seguro entre sus computadoras y hechos, el Dr. Trenton había sido directo al punto de ser grosero, confiado rozando la arrogancia, pero sus pasos se ralentizaron mientras caminaban. Cuando se detuvieron fuera de la puerta, sus pies apenas se levantaron del suelo. El sonido de arrastre que producían las zapatillas desgastadas del hombre le recordó a Felix cuando era más joven, cuando se despertaba demasiado temprano, antes de que saliera el sol, y se quedaba alrededor de la puerta de su habitación con Brad. Felix sabía que se metería en problemas si entraba directamente, o si hablaba, así que simplemente se movía hasta que el sonido molestaba a Chase lo suficiente como para que le gritara que entrara.

Debería llamarlos de nuevo más tarde, pensó, hacerles saber lo que está pasando, que no estaré en casa al menos por unos días. Y Jeremy... Debería llamar al Agente Stitts. Preguntarle cómo está, ver si puede arrojar algo de luz sobre el enigma que es el Agente Especial Chris Martínez.

El Dr. Trenton puso su mano en el pomo de la puerta y lo giró. Solo que, no abrió la puerta; en cambio, el hombre simplemente se quedó allí, esperando que Chase hiciera el siguiente movimiento.

Ella frunció el ceño.

"¿No vas a entrar?"

El Dr. Trenton negó con la cabeza.

"No. No puedo. Tengo trabajo que hacer. Francine y Yolanda están al fondo, en el congelador. Sus compartimentos están claramente marcados."

Chase asintió y empujó la puerta.

"Sin embargo, una vez que te vayas, no puedes volver a entrar sin una tarjeta", dijo el Dr. Trenton, mostrándole su pase de CSU.

De nuevo, Chase asintió. No necesitaba volver a entrar.

Una vez más sería suficiente.

Una vez más era suficiente para averiguar si lo que había sucedido ayer había sido un error, una pesadilla inducida por la fatiga.

"Está bien. Gracias."

El Dr. Trenton murmuró algo, pero la puerta ya estaba medio cerrada y no pudo entenderlo.

Con un encogimiento de hombros, Chase se volvió hacia la habitación.

Ayer, los cadáveres de Yolanda y Francine habían estado en las camillas a la vista, y Chase agradeció que ya no estuvieran en exhibición como cortes de carne de primera.

La habitación en sí apestaba a limpiadores antisépticos y algo más, algo que le hacía cosquillas en las fosas nasales y le picaba la parte posterior de la garganta.

¿Cómo llamó el Dr. Beckett Campbell al conservante que usaban en los cuerpos hoy en día? No formol, no más, pero...

Los ojos de Chase se posaron en una botella de plástico blanco sobre una mesa al lado de la habitación, junto a varias herramientas médicas, bolsas de plástico marcadas con símbolos de bio-peligro naranja, y contenedores de muestras del tipo que el Dr. Campbell había usado la primera vez que se conocieron, cuando estaba ocupado recogiendo orugas Monarca de las bocas de las víctimas del Asesino de las Mariposas.

Formalina, decía la botella.

Sí, eso era; no formol, sino formalina.

Y era lo suficientemente fuerte como para hacerle girar la cabeza.

Chase llegó rápidamente al fondo de la habitación, deteniéndose frente a una fila de lo que parecían ser puertas de casilleros. Pero estos no eran de la variedad genérica de la escuela secundaria, estos no contenían una manzana, un libro de texto, carteles de boy bands sin camisa.

Con un trago, se colocó frente al casillero marcado, "Strand, Yolanda", agarró el mango y tiró.

Había esperado el olor a hedor, a podredumbre y descomposición, pero se sorprendió gratamente cuando esto nunca se materializó. De hecho, el interior del casillero, o cubículo como lo había llamado el Dr. Trenton, olía más fresco que la propia habitación. Solo después de que agarró el mango a la altura del pecho y tiró, y la camilla con el cuerpo de Yolanda se deslizó hacia afuera, se dio cuenta de que un ventilador estaba funcionando dentro del casillero.

Y cuando el cuerpo se deslizó completamente hacia afuera, escuchó que el ventilador se apagaba.

Yolanda se veía idéntica a ayer. Su piel negra todavía estaba blanqueada, como si hubiera sido cubierta con una fina capa de polvo de tiza. Sus ojos estaban cerrados, su cabello trenzado, yacía en la camilla de acero como los dedos de los muertos, extendidos, alcanzando.

Sus pies, al menos donde deberían haber estado sus pies, estaban más cerca de Chase, y ella pensó que podía oler el leve olor de la carne quemada.

A pesar de sus expectativas, su estómago hizo un pequeño voltereta. Se dijo a sí misma que esto era en preparación para lo que podría suceder de nuevo, pero sabía en el fondo de su mente que esto no era completamente cierto.

También era el hecho de que estaba en presencia de dos chicas muertas, dos hermosas chicas que asistían a la universidad, con toda su vida por delante.

El interior del codo izquierdo de Chase de repente empezó a picar, a picar furiosamente, y si no fuera por el hecho de que se había vuelto a poner la chaqueta roja abultada que Martinez le había dado después de dejar la guarida del Dr. Trenton, podría haber sucumbido a la urgencia entonces.

Para distraer su mente del tema, extendió la mano y dijo: "Yolanda."

Cuando su mano bajó sobre la pantorrilla de Yolanda, su piel estaba fría, increíblemente fría, como hielo cubierto con una fina capa de plástico, Chase fue repentinamente transportada a otro mundo.

Capítulo 17

“Haré cualquier cosa… cualquier cosa. Y… y todavía no he visto tu cara. Ni Francy. Déjanos ir, ni siquiera sabemos quién eres.”

El hombre no respondió. Estaba de espaldas a ellas y estaba manipulando algo. Hubo un pequeño silbido, y Yolanda olió algo que le recordaba a la vieja estufa de camping que su tío le había mostrado cuando era niña.

Solían cocinar salchichas de pollo en la pequeña barbacoa.

Algo le decía que no iba a comer pollo extruido mecánicamente envuelto en fundas artificiales ese día.

Tal vez nunca más.

“Por favor,” rogó. Sus ojos se desviaron hacia Francine, pero su amiga había enterrado su cabeza en sus rodillas, sus muñecas atadas envolviéndolas.

Se balanceaba ligeramente, y aunque hacía frío en la parte trasera de la camioneta, ambas llevaban faldas cortas cuando fueron secuestradas fuera del bar, Yolanda sabía mejor que pensar que solo era el frío lo que la afectaba.

Hubo un clic, seguido por una pequeña ráfaga de llama roja.

¿Qué está haciendo? ¿Qué demonios quiere de nosotras?

Pero en el fondo de su mente ella sabía, o al menos creía saber.

¿Qué quiere cualquier hombre de dos jóvenes mujeres?

La parte trasera de la camioneta de repente comenzó a calentarse con el calor del fuego.

El hombre extendió la mano y tomó algo del pequeño estante, algo que brillaba a la luz del fuego anaranjado.

“Por favor, señor. Quiero decir, haremos cualquier cosa que desees. Cualquier cosa. Solo promete dejarnos ir.”

El hombre no dijo nada mientras movía el objeto reflectante sobre la llama.

“Soy… tengo una hermana y un hermano. Una madre que me ama,” continuó Yolanda. Dirigía miradas hacia Francine, tratando de convencerla con sus ojos para hablar, para humanizarse en presencia de este monstruo.

Esa era su única esperanza de salir con vida. Hacerle ver a él que son

personas, seres humanos vivos y respirando, personas que merecen permanecer en este plano astral.

"Señor, solo tengo..." veintitrés años, quiso decir Yolanda, pero las palabras se quedaron atrapadas en su garganta.

El hombre giró bruscamente, y ella finalmente se dio cuenta de qué era el objeto que había tomado del estante.

Una sierra.

Una cuña metálica y triangular de horror que brillaba roja por flotar sobre la llama.

Yolanda gritó cuando la mano del hombre agarró uno de sus tobillos y estiró su pierna.

Chilló fuertemente cuando sus manos, manos tan fuertes que ella hubiera apostado que eran capaces de aplastar el hormigón, apretaron justo por encima de su hueso del tobillo.

Cuando primero escuchó, y luego una fracción de segundo después sintió, el chisporroteo de su piel formar burbujas y hervir debajo de los dientes calientes de la sierra, su grito se volvió algo inhumano, y todos los pensamientos de humanizarse frente a este monstruo se esparcieron en la nieve.

***

Chase jadeó y retiró su mano de la pierna de Yolanda.

Ocurrió de nuevo; las mismas sensaciones viscerales e imágenes de ayer.

Era como si ella hubiera sido Yolanda.

"¿Qué diablos está pasando?" susurró.

Mirando al cuerpo, buscó el teléfono en su bolsillo. Se desplazó hasta el número del Agente Stitts y pulsó enviar.

Esto era obra suya; de alguna manera, había implantado una idea en su mente, algo sobre el subconsciente, sobre la evolución y el instinto y cómo estos eran herramientas que podían ser afinadas para captar pistas sutiles que la mente activa se perdía.

Chase recordaba claramente la conversación que tuvo lugar en su BMW.

También recordaba cómo había pensado que era una tontería.

Ahora, sin embargo, eso…

"¿Hola?"

"Jeremy? Gracias a Dios que estás…"

"…Has llamado al celular de Jeremy. Por favor deja un mensaje y te devolveré la llamada lo más pronto posible."

"Mierda," maldijo Chase, justo cuando el teléfono pitó. "Jeremy, soy Chase. Tengo que preguntarte algo, es sobre este caso y lo que dijiste en el coche hace unos meses. Algo extraño está sucediendo…"

Por favor, haremos cualquier cosa si prometes dejarnos ir.

"…Llámame de vuelta cuando tengas un segundo libre. Y gracias; no tuve la oportunidad de agradecerte debidamente por meterme en esto, y este primer caso es…"

Chase se dio cuenta de que estaba divagando, algo que no había hecho en mucho tiempo, y se detuvo antes de que las cosas se salieran de control.

"En fin, llámame. Por favor."

Chase colgó, y volvió los ojos al cadáver de Yolanda.

Con un trago, y un extraño y silencioso adiós, empujó la bandeja de vuelta, oyendo el ventilador hacer clic. Cerró la puerta del armario y luego pasó los dedos sobre la placa con el nombre, Strand, Yolanda - 23 años, antes de salir apresuradamente de la habitación sin mirar atrás.

Afuera, encontró a Floyd apoyado en el frente de su Town Car, mirando hacia la distancia. Un cigarrillo colgaba de sus labios.

Estaba preocupado por algo y no oyó ni vio a Chase acercarse.

"¿Tienes uno de esos para mí?" preguntó.

Floyd se sobresaltó tanto que dejó caer el cigarrillo. En lugar de recogerlo, cubrió la nieve encima de él con su bota casualmente, como un adolescente escondiendo un cigarrillo de su madre.

"T-T-Tú m-m-me has asustado."

"Lo siento," dijo Chase, con un toque de sonrisa.

"¿D-d-dijiste algo?"

Chase resistió la tentación de mirar al punto de nieve alterada donde Floyd había cubierto el cigarrillo encendido.

"Solo que deberíamos ponernos en marcha".

Floyd asintió y ajustó su sombrero.

"¿A dónde?"

"Al Barking Frog", dijo ella. "¿Lo conoces?"

Fue el turno de Floyd para sonreír con picardía.

"H-h-h-he oído hablar de él", dijo mientras se dirigía a la puerta trasera y la mantenía abierta para ella.

Capítulo 18

"Este es el lugar, Agente Adams", dijo Floyd.

Chase dejó su teléfono y lo guardó en el bolsillo de su abrigo. Había intentado llamar a Brad tres veces y había llamado al Agente Stitts dos veces, pero ninguno había respondido.

Sus ojos se desviaron del teléfono a la ventana. La nieve había dejado de caer y la media mañana brillaba con sol. Chase comenzaba a pensar que el clima en Anchorage tenía problemas de compromiso: parecía que la ciudad quería estar fría, congelada de hecho, pero no podía comprometerse del todo con ello.

Los tubos retorcidos de vidrio llenos del gas que daba a las palabras The Barking Frog su brillante brillo verde, tampoco ayudaban a la ilusión. Se sentía como un bar que debería estar ubicado en Hawái o en la Virgen Gorda o en alguna otra ubicación tropical que Chase nunca había visitado, y no en el corazón de Anchorage. Pero, Chase supuso mientras agradecía a Floyd por el viaje, que probablemente esta era la intención del dueño.

La intención, resultó ser, atraer a las chicas universitarias al bar.

Hacer que entraran y luego emborracharlas.

Eso lo dedujo Chase con solo cruzar las grandes puertas de cromo y entrar a un interior que sospechaba podría haber hecho las veces de almacén si no hubiera sido su principal forma de negocio.

Tarea número uno: hacer que las chicas entren.

Tarea número dos: emborracharlas.

Justo dentro de las puertas delanteras había una gran bañera llena de hielo, y a un lado, iluminada con bombillas igualmente fosforescentes que el letrero exterior, había un bar. No eran ni siquiera las diez de la mañana y aún así el lugar parecía concurrido. Sospechaba que no abriría hasta más tarde, pero había mucho que hacer, parecía. El bar estaba siendo surtido actualmente por un hombre en una camiseta blanca, joven, con una espesa barba que estaba cuidadosamente peinada, mientras que otro hombre, mucho más grande y mayor, estaba lidiando con las líneas que llevaban a los grifos de cerveza. Chase inspeccionó a los dos hombres durante un momento, escuchando atentamente el sonido de las botellas chocando entre sí, el siseo del CO2 proveniente de un tubo oculto.

Se imaginó el lugar lleno, Yolanda y Francine bailando, tal vez

sudando, su piel cubierta de una capa de sudor y alcohol.

"No abrimos hasta las tres", le informó el hombre detrás de la barra, el joven y atractivo.

Chase levantó la vista y sonrió.

El hombre le devolvió la sonrisa.

"Vuelve entonces y te daré un par de bebidas gratis. Trae a tus amigas y les invitaré a todas unas rondas", dijo sin perder su sonrisa. Tenía unos impresionantes ojos verdes que parecían suaves y cariñosos.

Chase ya no quería sonreír, pero parecía no poder evitarlo. Había estado en presencia de hombres encantadores antes y sabía que el encanto no era más que una habilidad que las personas usaban para influir en la forma en que los demás se comportaban a su alrededor, el Agente Stitts lo había dicho tal cual, pero este conocimiento no hizo nada para limitar su susceptibilidad a ello. Y este hombre, este camarero, desprendía encanto como una tortuga desprendía tranquilidad.

"No estoy segura de que quieras que mis amigas vengan aquí esta noche", dijo Chase.

El hombre encogió los hombros.

"Si son algo como tú, tan hermosa como eres, entonces lo siento, pero son exactamente el tipo de clientela que queremos".

El hombre giró la etiqueta de una botella de vodka Tito's para que apuntara hacia la barra, y luego saltó hacia abajo. Se limpió las manos en una toalla blanca que colgaba de su cadera y se acercó a ella.

"Demasiadas veces este lugar se llena de chicas universitarias que...", levantó una ceja, "¿cómo puedo decir esto educadamente? Digamos que por la noche las chicas y el alcohol fluyen libremente".

Chase no dijo nada mientras él se acercaba. Se movía despacio, sin prisa, pero con propósito de manera no agresiva.

Vaya, es bueno.

A partir de esta pequeña muestra, Chase podía decir que era inteligente, demasiado inteligente tal vez, para ser un camarero. Pero también tuvo la impresión de que las mujeres sueltas, su palabra, que acababa de reprobar eran una de las principales razones por las que trabajaba aquí.

"Te diré algo", dijo, bajando la voz y mirando a su alrededor furtivamente, "no debería hacer esto, pero si quieres una bebida ahora,

probablemente pueda conseguirla para ti".

Chase abrió la boca, pero él levantó un dedo manicurado y detuvo su discurso antes de que comenzara.

"Pero tienes que prometer volver más tarde, ¿de acuerdo?"

El hombre comenzó a retroceder hacia la barra.

"Eso es muy amable de tu parte, pero me temo que no puedo".

El camarero se detuvo.

"¿No puedes qué? ¿No puedes volver o no puedes hacer que tus amigas vuelvan? Esta noche va a—"

"No puedo tomar una bebida. Estoy de servicio".

Otra ceja levantada, solo que esta vez fue de genuina sorpresa y no parte de su actuación.

Chase sacó su placa de su bolsillo y la mostró. Los ojos verdes del hombre pasaron del emblema del FBI, a la cara de Chase, y volvieron a la placa.

Su boca se abrió.

"Lo siento mucho, yo..." se aclaró la garganta y de repente se volvió serio. "Tus amigas están en la parte de atrás con Tony".

Chase sonrió.

"Está bien, estoy segura de que tienen todo bajo control. ¿Cómo te llamas, por cierto?"

De repente a la defensiva, el hombre pareció encogerse en sí mismo.

"Brent".

Chase extendió una mano y el hombre dio un paso adelante y la estrechó. Su agarre era débil, su mano húmeda. Claramente, no estaba acostumbrado a no ser el que mandaba.

"Chase Adams, FBI. ¿Podrías indicarme dónde está el baño, por favor?"

El hombre parecía confundido, pero luego señaló un largo y oscuro pasillo al lado de la barra.

"Está por allí. Pero hay un baño del personal que podría ser—"

Chase levantó una mano.

"Estoy segura de que este estará bien", dijo Chase. "Gracias, Brent".

Con eso, se dio la vuelta y se dirigió por el pasillo.

Mientras caminaba, Chase intentaba imaginar la música a todo volumen, Yolanda y Francine, tal vez tomadas de la mano, abriéndose paso entre una multitud de sudorosos que se apoyaban en las paredes mientras se dirigían al baño. No se le ocurrió ninguna visión, al menos nada parecido a lo que había ocurrido antes con los cuerpos, pero pensó que hizo un buen trabajo recreando la escena desde sus días de universidad.

Había un cartel en la pared más adelante, la típica silueta de una mujer con un vestido indicando que el baño de mujeres estaba en esa dirección, y lo siguió por el pasillo.

Sin embargo, fuera de la puerta, Chase se detuvo.

Había un collage de fotografías en la pared, enmarcadas dentro de un estuche de vidrio que parecía lo suficientemente grueso como para detener una bala. Se detuvo frente a él, escaneando las imágenes.

Las tres o cuatro docenas de fotos eran de mujeres, la mayoría con los ojos rojos, lenguas fuera, bebidas de colores en manos con uñas manicuradas. Algunas de ellas estaban besándose, mujeres exagerando la escena tal como sin duda Brent el Camarero las animaba a hacer.

Chase puso una mano en la puerta del baño y estaba a punto de abrirla, cuando una foto en la esquina inferior derecha del estuche le llamó la atención.

"¿Qué diablos?"

Se acercó, y luego se echó para atrás.

La mujer de la foto estaba sonriendo, sus perfectos dientes blancos destacaban contra su piel oscura.

La mandíbula de Chase se abrió.

Era Yolanda Strand.

Capítulo 19

Chase se apresuró a volver a la barra y llamó a Brent, que desde entonces había vuelto a organizar botellas de licor.

"Oye", dijo, su garganta de repente seca. Señaló con el pulgar sobre su hombro cuando él se volvió para enfrentarla. "Esas fotos..."

"¿Las que están junto al baño? Sí, son bastante tontas, lo sé. He pedido que las quiten, pero el dueño rechazó esa idea. A los clientes, a las chicas, les gustan. Es como Instagram en el mundo real, ¿sabes?"

Chase negó con la cabeza, intentando concentrarse.

"Pero, ¿quién las pone ahí? ¿Tomáis las fotos aquí, o...?"

Brent saltó de la barra de nuevo.

"Las pongo yo, ¿por qué?" preguntó, con preocupación grabada en su rostro.

Chase tragó con dificultad de nuevo, sintiéndose mareada. Lamentaba haber rechazado la oferta de la bebida, estando en el trabajo o no.

"La chica, la que está en la esquina, la que tiene..." hizo un gesto hacia su cabello, intentando hacer una trenza, pero se dio cuenta de que probablemente esto no tenía ningún sentido para el hombre. "Ven conmigo", decidió, dirigiéndose de nuevo hacia el baño.

Chase se detuvo fuera de la vitrina de fotos y señaló a Yolanda con un dedo.

"Esta chica... ¿tomaste esta foto?"

Brent se encogió de hombros.

"Te dije, tomé todas las fotos. Quizás una o dos de ellas las tomó el otro..."

"¿La conoces?"

Brent intentó coger su mano, pero ella se apartó bruscamente antes de que sus dedos tocaran su piel.

"Lo siento", dijo suavemente, "solo no podía ver, tu dedo estaba en ella. Sí, la conozco. Esa es Yolanda."

Chase se volvió para enfrentarlo. Sus atractivas facciones estaban un poco tensas, las esquinas interiores de sus cejas se movían una fracción de pulgada hacia arriba en su frente.

"¿La conoces?"

Brent asintió con dudas.

"Sí, Yolanda. Ella viene aquí todos los jueves. Normalmente con su amiga... eh, eh, Francy, o algo así. ¿Por qué? ¿De qué se trata esto? ¿Tiene que ver con por qué el FBI está..."

Chase alcanzó su brazo y agarró su bíceps. Sus músculos eran gruesos y fuertes, y aunque ella pretendía tirar de él con brusquedad, el hombre apenas lo notó.

"Creo que necesitamos hablar", dijo Chase mientras se dirigía hacia la barra.

"Sí, claro", respondió Brent, encogiéndose de hombros. "¿De qué se trata esto? ¿Está bien Yolanda?"

Chase no dijo nada hasta que estuvo de nuevo destacada por las luces fluorescentes detrás de la barra.

"¿Dónde están los otros Agentes?" preguntó, ignorando la pregunta.

"En la parte de atrás con Tony."

"¿Dónde?" preguntó Chase con brusquedad.

"En la parte de atrás", repitió Brent. Levantó una mano y señaló al otro lado de la barra. Al final del pasillo había lo que parecía una puerta reforzada. "Están en la sala de seguridad."

"Llévame allí", exigió Chase.

Brent hizo lo que se le instruyó.

Cuando llegaron a la puerta, ella golpeó dos veces.

"Agente Adams", dijo en voz alta.

La puerta se abrió, y Martinez asomó. La miró, luego a Brent.

"¿Quién es este?"

"El barman, él conocía a Yolanda."

Los ojos de Martinez se estrecharon, y abrió la boca para decir algo, cuando Brent de repente reaccionó violentamente, alejándose de la puerta.

"¿Conocía? ¿Qué quieres decir con conocía?" Sus ojos estaban abiertos de par en par, y cualquier resto del carisma que había mostrado cuando Chase había entrado por primera vez en The Barking Frog se había ido.

Martinez, notando esta reacción visceral, salió de la sala.

"Creo que necesitamos hablar", dijo.

Brent ahora respiraba con dificultad.

"¿Qué le pasó a Yolanda?"

Chase observó atentamente a Brent mientras Martinez se acercaba a él.

"Solo queremos hablar", dijo Martinez, con las manos a los lados.

Brent parecía asustado, asustado y alarmado.

Chase recordó el perfil preliminar que el Agente Martinez había proporcionado al Jefe Downs y a su equipo.

Un hombre encantador, alguien en quien las chicas habrían confiado.

¿Era este su hombre?

Tenía encanto, eso era seguro. ¿Y quién no confía en un camarero? La gente rutinariamente se abría a ellos, contándole a completos desconocidos el impulso detrás de ellos acercándose a la barra un miércoles antes del mediodía.

"Por favor, solo dime qué le pasó. ¿Está herida? ¿Está..."

El agente Martinez de repente echó a correr. Chocó con Chase al pasar, empujándola contra la pared. El aliento se le escapó de los pulmones, y un dolor le subió por la cadera.

Brent, con los ojos todavía abiertos de par en par, instintivamente se dio la vuelta y comenzó a correr, pero Martinez estaba sobre él antes de que hubiera dado más que un puñado de pasos.

Su hombro se estrelló contra la espalda de Brent, y ambos hombres cayeron al suelo. El alboroto sacó al Jefe Downs de la sala de seguridad, y él movió su considerable peso más allá de Chase, que todavía luchaba por recuperar el aliento, y hacia los dos hombres derribados.

Martinez agarró el brazo izquierdo de Brent y lo torció detrás de su espalda. Brent era fuerte, y luchó con todas sus fuerzas, pero Martinez bajó su peso entre los omóplatos del hombre, presionándolo contra el suelo.

"¡Deja de moverte!" gritó. "¡Deja de moverte!"

Chase observó esto con seriedad, su corazón latiendo con fuerza en su pecho. Detrás de ella, oyó a alguien acercándose, alguien que también respiraba con dificultad.

El instinto se apoderó de ella, y deslizó la pistola de su funda y se

dio la vuelta.

El hombre que se movía hacia ella parecía un contable con sobrepeso, con bigote gris y pelo ralo. Era un hombre grande, no tan grande como el Jefe Downs, pero estaba claro que no se perdía muchas comidas.

"No te muevas", dijo Chase, vagamente consciente de que su mano estaba temblando. Los brazos del contable se dispararon hacia arriba.

"¡Tranquila! ¡Tranquila! ¡No estoy haciendo nada malo aquí!"

Y sin embargo, continuó avanzando.

"¡Para!" gritó Chase.

El hombre no escuchó. Su lenguaje corporal era de complacencia, pero continuó acercándose de todos modos.

El dedo de Chase se movió hacia el gatillo.

"Si das un paso más..."

Una mano descendió suavemente sobre la parte superior de la pistola.

"Está bien, agente Adams", dijo el Jefe Downs.

Al oír su voz, Chase bajó la pistola y se volvió para enfrentarlo.

Su respiración venía en ráfagas cortas, y todo el incidente desde que vio la fotografía de Yolanda de repente le pareció extraño.

¿Qué demonios estoy haciendo?

Su mano temblaba tan mal ahora que era un borrón, y le llevó cuatro intentos volver a poner la pistola de manera segura en su funda.

"Jesús, tómalo con calma, señora", dijo el hombre grande, que Chase ahora identificaba como el gerente o dueño.

El Jefe Downs se interpuso entre ellos, y Martinez habló a continuación.

"Voy a llevar a Brent para interrogarlo", dijo.

Chase vio que a Brent le habían puesto esposas y bajó la cabeza.

"Esto es una locura", dijo el dueño o gerente. "Él no hizo nada."

Martinez negó con la cabeza.

"Lo llevo para interrogarlo, eso es todo. Y luego volveré... volveré con una orden de registro para esas cintas. Más te vale que no encuentre nada en ellas o te llevaré también." Levantó los brazos de

Brent por detrás, y el hombre hizo una mueca de dolor. "¿Y crees que esto es malo? Solo espera a ver lo que te sucede a continuación."

Capítulo 20

Chase todavía estaba temblando cuando finalmente llegó al coche de Floyd.

"¿E-E-Estás bien?"

Ya estaba molesta con esa pregunta y respiró profundamente.

Él lo hace con buena intención, se dijo a sí misma. Pero ¿los otros dos? ¿El Jefe Downs y el Agente Martinez? Con esos dos, no estaba tan segura. Ambos parecían tener sus propias agendas, que claramente no incluían mantenerla involucrada.

¿Cuál es el punto de que esté aquí si ni siquiera puedo hacer mi trabajo? ¿Si no me van a dejar entrar?

"Estoy bien", respondió bruscamente.

Los ojos de Floyd se desviaron hacia el espejo, pero captó su actitud y se resistió a decir algo más que, "¿A dónde vamos?"

Chase se mordió la lengua.

A casa, estuvo a punto de decir. Llévame a casa, a mi marido y a mi hijo.

"A la comisaría. Llévame a la comisaría."

Las imágenes de Yolanda parpadeaban en su mente, y ella sacudió la cabeza, tratando de despejar sus pensamientos mientras Floyd se alejaba de The Barking Frog.

¿Por qué me está afectando tanto esto? se preguntó.

Ni siquiera había sentido así cuando el Dr. Mark Kruk, el infame Asesino de la Mariposa, la tomó como rehén, con la intención de hacerla su última víctima.

Había estado asustada entonces, aterrorizada incluso, pero esto... esto era diferente de alguna manera. Era como si ella hubiera sido Yolanda, realmente hubiera sido ella, y que hubiera muerto.

Le habían cortado los pies, las heridas cauterizadas, y luego a Chase la habían dejado morir de frío en la nieve.

Estoy muerta.

El pensamiento llevó tanto impacto que Chase sintió una lágrima caer por su mejilla. Giró su rostro hacia la ventana y luego limpió la lágrima con el dorso de su mano.

¿Qué me pasa?

Con una mano temblorosa, sacó su teléfono móvil del bolsillo.

Por favor, que haya una llamada perdida, un mensaje de texto al menos.

Pero mientras miraba la pantalla, su corazón se hundía aún más. No había llamadas perdidas, ni textos, ni mensajes de ninguna clase. La soledad era como un guante mal ajustado, que sólo servía para molestar en lugar de ofrecer consuelo y calidez.

Su pulgar se detuvo sobre el botón, antes de que Chase finalmente lo presionara y desbloqueara el teléfono.

Todo lo que quería era alguien con quien hablar, alguien con quien compartir lo que estaba sintiendo.

Su primer instinto fue llamar al Agente Stitts, luego a su marido. Pero por alguna razón, dudó en ambos casos.

Nunca en su vida se había sentido tan sola.

En cambio, se desplazó hasta una persona que pensó que podría ayudarla.

Con una respiración profunda y entrecortada, hizo clic en el nombre y esperó. Después de dos timbres, un hombre respondió.

"¿Drake? Soy Chase. Necesito... necesito hablar con alguien. ¿Tienes un minuto?"

"Es agradable escuchar tu voz", respondió Damien Drake. "¿Qué sucede?"

***

Animada, Chase salió del coche y se dirigió hacia la comisaría con pasos decididos. Su conversación con Drake había calmado su mente, al menos temporalmente.

También le había dado perspectiva.

Había un asesino suelto, y ese asesino podría ser Brent, el barman.

El resto podría esperar.

El agente Martínez le había dicho que pensaban entrevistar a Brent en la sala 3, a la que se dirigió directamente.

Cuando se acercó a la sala, sin embargo, dos de los hombres del jefe Downs estaban bloqueando la puerta.

"Agente Adams", dijo el primero. Chase asintió y luego alcanzó la puerta.

El hombre no se movió, seguía bloqueando su camino.

"El jefe Downs quiere que observes desde la sala de observación", dijo, señalando otra puerta al lado de la que él estaba frente.

Chase frunció el ceño. Quería estar allí con Brent, ver su cara, medir sus reacciones, no observar desde detrás de un grueso panel de vidrio.

Sus ojos se estrecharon.

"Quiero hablar con él."

El hombre malinterpretó lo que ella quería decir, y dijo, "El jefe Downs dice que es mejor que solo observes esta vez. Demasiadas personas en el—"

Ella negó con la cabeza.

"No. Quiero hablar con Downs."

El rostro del oficial se retorció, y Chase tuvo la impresión de que Downs no reaccionaría bien a la interrupción.

Pero ella tenía la placa, ¿no es así? Una bonita placa con su nombre en ella, seguido de las letras F, B, e I.

"Él dijo—"

Chase frunció el ceño al hombre. Él era joven, más joven que ella incluso, y estaba tratando de hacer su trabajo.

"Dile que necesito hablar con él", repitió. El oficial tragó saliva, luego se giró a regañadientes hacia la puerta.

"Por favor", dijo, mirando de nuevo a ella, "Espera en la sala de observación, al menos."

Chase consideró esto por un momento antes de aceptar. Quemar puentes para conseguir lo que quería era una cosa, pero incendiar toda la ciudad no le serviría de nada. Mientras el oficial entraba en la sala de interrogatorio, Chase abrió de par en par la puerta adyacente y entró, observando la escena desde detrás del cristal.

Brent, ya sin esposas, estaba sentado en una silla que parecía estar hecha de perchas soldadas. Un sudor brillante cubría su rostro y frente, y su postura estaba abatida, decaída.

El agente Martínez estaba apoyado contra la pared con un pie a un lado. El oficial con el que Chase acababa de hablar estaba conversando con el jefe Downs. Downs se inclinaba sobre él, su

sombra engullendo por completo al otro hombre.

El oficial parecía más asustado que Brent.

Después de decir su parte, el jefe Downs ladró algo inaudible y luego miró a Martínez.

El agente Martínez masticó su labio por un momento y luego negó con la cabeza.

Downs sonrió, luego despidió al otro oficial con un gesto.

"¿Qué diablos?" murmuró Chase. Alcanzó y presionó el botón marcado Audio Sala 3.

El oficial salió de la sala y cerró la puerta, y luego, en lugar de seguirle como Chase había esperado, Downs plantó dos manos carnudas en la mesa y presionó hacia abajo. Su considerable barriga se hundió y descansó sobre la mesa entre sus palmas.

"Brent Pine... Brent Pine...", dijo el jefe casi pensativamente. "Déjame preguntarte algo... ¿tienes un fetiche con los pies, Brent?"

Chase se encogió ante la imagen asociada, pero sus ojos permanecieron fijos en el guapo rostro de Brent.

Los labios del hombre se retorcieron en confusión.

"¿Fetiche con los pies? ¿Qué... qué estás hablando?"

El jefe Downs frunció el ceño.

"Sabes exactamente a lo que me refiero. Fetiche con los pies. Apuesto a que puedes poner en práctica todo tipo de fantasías raras trabajando en ese bar, ¿no es cierto?"

Brent ya no era el encantador hombre que atendía The Barking Frog, Chase se dio cuenta. Eso había sido solo una fachada. Ahora, él estaba simplemente asustado.

"No sé de qué estás hablando. ¿Está bien Yolanda? ¿Le ha pasado algo?"

Downs rió y miró de nuevo a Martínez, quien también estaba estudiando a Brent intensamente.

"¿Oíste eso, Chris? Brent Pine, el guapo Brent Pine, está actuando inocente, ¿verdad? Actuando como si no supiera lo que les pasó a esas chicas."

Brent se alejó aún más del jefe de policía.

"No... realmente no..."

"Oh, ¿no es así? Tal vez podemos refrescar tu memoria, entonces."

El jefe Downs se puso de pie—Chase pensó que vio la mesa rebotar un poco cuando su peso se levantó—y se dirigió al agente Martínez, quien sacó una carpeta de algún lugar detrás de él.

Cuando el jefe se dirigió de nuevo hacia Brent, se oyó un golpe en la puerta de la sala de observación.

"¿Sí?" Chase dijo por encima del hombro. La puerta se abrió, y apareció el oficial con el que había hablado momentos antes, luciendo pálido.

"El jefe Downs dijo... bueno, dijo que hablaría contigo después."

Chase no se giró.

En su lugar, continuó enfocándose en Brent y el jefe de policía.

Este último abrió la carpeta y luego la empujó hacia Brent. Desde su punto de vista, Chase no podía ver exactamente qué eran las imágenes, pero sabía que debían ser de Yolanda y Francine.

"¿Qué es—" Brent de repente se puso completamente blanco. "Voy a vomitar", jadeó.

El jefe Downs puso una cara dramáticamente triste.

"Oh, ahora vas a vomitar, pero en el momento—"

"¿Agente Adams?" dijo el oficial detrás de ella. "¿Oíste lo que dije?"

Frustrada por la interrupción, Chase se giró.

"¿Qué? ¿Qué quieres decir—"

El walkie del oficial emitió un pitido, interrumpiéndola a mitad de la frase.

"¿Oficial Greenwald?"

El joven arrancó el walkie de su cinturón.

"¿Sí?"

"Encontramos la furgoneta... encontramos la furgoneta fuera de la casa de Brent Pine."

Chase soltó un grito ahogado.

Capítulo 21

El Agente Martínez se ofreció a llevar a Chase a la furgoneta afuera de la casa de Brent Pine, dejando a Floyd de pie fuera de la comisaría sin nada que hacer. Por alguna razón, Chase se sentía mal por él; estaba claro que por primera vez en su vida, Floyd se sentía útil, que alguien lo necesitaba.

Cualquier reserva o sospecha que Chase pudiera haber albergado por él ya había desaparecido; él era un hombre sencillo, uno que, al igual que ella, necesitaba sentirse importante, como si tuviera un papel que desempeñar en el mundo que lo rodeaba.

Que él podía afectar las cosas y no solo estaba ahí para el viaje.

Chase pensó por un momento en rechazar la oferta de Martínez e ir con Floyd, pero decidió que eso sería imprudente: su relación, si se puede llamar así, ya estaba tensa, y si su asociación iba a funcionar, debería haber cierta reciprocidad.

Chase, sin embargo, pensó que probablemente sería ella quien más cediera, al menos por el momento.

Se disculpó con Floyd y se fue con Martínez.

Guiado por una caravana de coches de policía, Martínez salió del estacionamiento de la comisaría y siguió.

Tres veces Chase abrió la boca para decir algo pero no encontró las palabras adecuadas. Al final, fue Martínez quien habló primero.

"Encaja en el perfil", dijo simplemente. "Joven, guapo. Sin antecedentes. Probablemente convenció a las chicas para quedarse después del cierre del bar. Tal vez les puso algo en las bebidas."

"Pero la prueba de toxinas salió relativamente limpia", respondió Chase instintivamente.

Martínez encogió los hombros.

"No tengo idea de cuánto tiempo estuvieron cautivas. Podría haber salido de su sistema antes de que murieran."

Chase masticó el interior de su labio. Martínez tenía razón y, además, ella había presenciado el encanto y carisma del hombre en persona.

Brent Pine definitivamente encajaba en el perfil.

¿Entonces por qué sentía en el fondo de su estómago que él no era su hombre?

"Puedo verlo en tu cara", continuó Martínez mientras se incorporaba a la autopista. "No crees que él lo hizo."

De nuevo, Chase comenzó a decir algo, pero se mordió la lengua. No estaba segura si era la forma en que el Jefe Downs la había ignorado, o cómo Martínez había negado con la cabeza cuando ella había exigido hablar con ellos en la sala de observación, pero algo parecía mal aquí.

Era demasiado fácil.

¿Podría Brent Pine ser un manipulador maestro, un torturador sádico, y aún así ser lo suficientemente tonto para secuestrar a las chicas del bar, su bar, un bar con cámaras, y luego dejar la furgoneta de los asesinatos afuera de su casa?

No, era demasiado fácil.

Entonces se le ocurrió algo.

"Oye, ¿lograste conseguir una orden judicial para las cintas de la noche en que las chicas desaparecieron?"

Martínez negó con la cabeza.

"Aún no, dejé eso a Downs y sus hombres. Pero ahora con la furgoneta, debería ser pan comido."

Chase asintió y se giró hacia la ventana. La caravana de coches de policía iluminaba el cielo, y las nubes oscuras que amenazaban arriba reflejaban su color morado combinado. Aunque solo era media tarde, la oscuridad llegaba temprano en Anchorage, y el clima amenazador no ayudaba.

"Sé lo que estás pensando... que él no podría ser tan estúpido."

Chase volvió a mirar a Martínez, cuyos ojos estaban fijos en la carretera, la sorpresa en su rostro. Martínez, evidentemente, sabía exactamente lo que ella estaba pensando.

"Algo así", admitió Chase. Aún sentía la necesidad de estar a la defensiva con su compañero.

"He estado en este juego durante mucho tiempo, Chase."

Así me lo sigues diciendo...

Y aunque no tenía razón para no creerle a Martínez, se dio cuenta de que no sabía nada sobre él. Absolutamente nada. ¿Cuánto tiempo había estado en el FBI, por ejemplo? ¿Cuántos años tenía?

Floyd había mencionado algo acerca de que él tenía una hermana que solía vivir aquí, pero ¿qué pasa con su otra familia? ¿Estaba

casado? ¿Tenía hijos?

Chase no era el ejemplo a seguir de apertura, ciertamente, pero él parecía saber sobre ella.

"Y una de las cosas que aprendí al principio", continuó, "es que no siempre hay un motivo demente, pero de alguna manera noble, para estos asesinatos. Necesitas asumir que simplemente hay personas malas que están destinadas a hacer cosas malas."

Martínez hizo una pausa, y su cabeza se inclinó a un lado solo un poco.

"Y a veces las personas hacen cosas malas solo porque pueden."

Chase meditó sobre esto. No era tan ingenua como Martínez la hacía parecer y recordó su tiempo como narcotraficante en Seattle.

El hombre se llamaba Tyler Tisdale, y creció en un vecindario de lujo cerca de la frontera con Vancouver, y fue criado por dos padres profesionales. Según todos los informes, Tyler y sus dos hermanas, ambas menores que él, tuvieron una crianza decente aunque poco emocionante. Las verificaciones de antecedentes no revelaron evidencia, ni siquiera un indicio de abuso o maltrato. Y sin embargo, en algún momento, las cosas se torcieron para Tyler. Empezó tomando drogas, pero cuando sus padres se enteraron de lo que estaba haciendo con su mesada, cerraron el grifo, por así decirlo. A medida que el dinero se apretaba, le resultó más fácil comenzar a traficar y a cortar lo que traficaba para alimentar su propio vicio, como suele ser el caso. En algún punto del camino, la caída de Tyler a la oscuridad degeneró en proxenetismo, y su tugurio de crack lentamente se transformó en un burdel.

Fue a Tyler a quien Chase intentó exponer cuando se infiltró. Fue Tyler quien le dio su primera dosis de heroína, y también fue Tyler con quien primero intercambió su cuerpo como una mercancía.

Durante este tiempo, Chase conoció a la hermana menor de Tyler, Amy Tisdale.

Tyler la estaba ofreciendo al mejor postor y la tenía enganchada al metanfetamina para mantenerla bajo su control.

Apenas catorce años. Jesús, catorce.

Sí, Chase sabía que a veces las personas normales hacían cosas malas solo porque sí. Y sin embargo, a pesar de esto, algo en su instinto le sugería que Brent Pine simplemente no era su hombre.

En lugar de insistir en este punto, Chase decidió cambiar de tema.

"Dijiste que hablaste recientemente con el Agente Stitts? Porque he

estado intentando localizarlo…"

Martínez volvió a mirar a la carretera, y Chase siguió su mirada. El cielo estaba iluminado por las luces policiales, y disminuyeron la velocidad por un bloqueo en el camino.

"Sí, él fue quien te recomendó."

"¿Pero has tenido noticias de él recientemente? Porque no puedo ponerme en contacto con él."

Martínez se encogió de hombros y bajó la ventana.

Un oficial de policía dirigió su linterna al interior del vehículo y Martínez se protegió los ojos con la palma de su mano. Luego sacó su placa del FBI y se la mostró al oficial.

"Agente Martínez", dijo el hombre, bajando la linterna. "El Jefe Downs dijo que llegarían." Dirigió la luz rápidamente hacia Chase. "¿Y ella quién es?"

"Agente Especial del FBI Adams", respondió Martínez. "¿La furgoneta está aquí?"

El oficial asintió.

"Justo más adelante, aparcada en la calle. Esperando a que ustedes lleguen, según las instrucciones del Jefe."

"¿El equipo de investigación de la escena del crimen está aquí?"

"Sí, esperando."

"Bien, déjanos pasar entonces", dijo Martínez, y el oficial se apartó del coche.

Chase miró por la ventana a los oficiales de policía, la mayoría de ellos apoyados en sus vehículos, las manos cruzadas sobre sus pechos cubiertos por chaquetas, con expresiones de aburrimiento en sus rostros surcados.

Todos ellos estaban esperando... estaban esperando que el FBI apareciera, confirmara que esta era la misma furgoneta que se utilizó para secuestrar y torturar a las chicas, y para poner el último clavo en el ataúd de Brent Pine.

Por favor... haremos cualquier cosa. Si nos dejas ir, haremos cualquier cosa...

Un escalofrío la recorrió cuando la furgoneta entró en su campo de visión. Iluminada con grandes luces brillantes que había colocado el equipo de investigación de la escena del crimen, parecía algún tipo de reliquia prehistórica en lugar de simplemente una maldita furgoneta

blanca, maltratada por los elementos.

"Eso es", susurró.

Martínez asintió y metió el coche en park.

"Eso es", confirmó. "Esa es la furgoneta de Brent Pine, el último lugar que vieron Yolanda y Francine."

Capítulo 22

"Ábrelo", instruyó el agente Martínez.

El hombre con los gruesos guantes y el abrigo azul marino con "Unidad de la Escena del Crimen" en la espalda asintió y avanzó. Agarró el tirador de la puerta y la abrió de par en par.

Chase inhaló bruscamente.

El interior de la furgoneta era casi exactamente como lo había visto en sus visiones.

El suelo de metal estaba cubierto de manchas marrones—la sangre de Yolanda... la de Yolanda y Francine—y había un fogón rudimentario en un lado.

Martínez encendió su linterna y avanzó, iluminando completamente el interior.

"La furgoneta está registrada a nombre de Brent Pine", dijo un oficial detrás de ellos. "Y los vecinos confirman que lo han visto conduciéndola. Dice que la presta bastante a amigos que quieren ir de acampada, pero no recientemente."

Martínez gruñó. Su linterna reveló una pesada sartén de hierro fundido escondida detrás de un gran fogón.

"Definitivamente es su furgoneta."

"Los vecinos dicen que está aparcada aquí desde el martes."

Los pensamientos de Chase se volvieron hacia las señales de prohibido aparcar que había visto cuando Martínez se metió en la calle.

"¿Algún multa?" preguntó en voz baja mientras seguía examinando la furgoneta con la mirada.

"Dos; por infracciones de estacionamiento. Estaba programada para ser inmovilizada con una tercera."

Martínez dirigió la luz sobre el fogón, y luego siguió una serie de tubos metálicos que ascendían hacia arriba antes de salir por el lateral de la furgoneta.

"¿Dónde está el propano?" preguntó.

"No lo sé. Hay un lugar para ellos en el lateral, pero no están allí. Los vecinos escucharon ruido la otra noche, probablemente alguien vino y se los llevó."

Chase sacudió la cabeza y parpadeó rápidamente.

Esto no tiene ningún sentido. Brent secuestra a las chicas, conduce hasta la carretera desierta y las mutila, tira sus cuerpos en la nieve. Luego vuelve aquí, aparca la furgoneta ilegalmente y vuelve al trabajo solo para regresar más tarde. Ve las multas y, en lugar de mover la furgoneta, simplemente retira el propano?

No, definitivamente algo no cuadraba. Brent podría ser un psicópata demente, pero incluso en su breve encuentro, Chase sabía que no era tan estúpido.

Nadie es tan estúpido.

"Bien, vamos a conseguir—", comenzó Martínez, pero luego se detuvo. Se quitó uno de sus guantes y metió la mano en el bolsillo para sacar su teléfono móvil.

Lo acercó a su oído y Chase lo observó decir unas pocas palabras, nada sustancial, antes de colgar.

Luego Martínez se volvió hacia ella, con el ceño fruncido.

"Tengo que irme", dijo sin rodeos.

Chase lo miró boquiabierta.

"¿Qué? ¿Qué quieres decir con que tienes que irte?"

"Tengo que irme", repitió Martínez. Luego, a los demás, dijo: "CSU, quiero que la furgoneta sea analizada minuciosamente. Repasadlo todo, quiero ADN, cualquier cosa que podáis encontrar. Nada se nos escapa. Necesitamos colocar a Brent y Yolanda y Francine en la furgoneta al mismo tiempo. ¿Entendido?"

Hubo una serie de gruñidos afirmativos, y luego Martínez empezó a caminar hacia su coche.

Chase tardó unos segundos en salir de su estupor.

"¡Espera!" gritó mientras corría tras él. Lo alcanzó justo cuando estaba abriendo la puerta.

"¿Qué... qué debo hacer?"

Martínez mordisqueó su labio.

"Procesa la furgoneta, luego interroga de nuevo a Brent. El Jefe Downs se encargará del resto."

Se metió en su asiento mientras Chase lo observaba, confundida.

Martínez cerró la puerta y ya había puesto el coche en marcha antes de que Chase finalmente se atreviera a hacer la pregunta que estaba en la punta de su lengua.

"¿A dónde demonios vas?"

Pero Martínez ya se había ido.

Capítulo 23

“Estoy intentando entender esto, Brent. De verdad lo intento. Pero... es tu furgoneta y su sangre está en ella. En todas partes. Y a menos que puedas explicar eso, entonces...” Chase dejó su frase a medio camino.

Brent Pine tomó una respiración profunda, luego se frotó los ojos. Estaba agotado, tanto mental como físicamente.

"Yo... yo no..." El abogado de Brent le tomó el brazo suavemente.

"No tienes que responder a más preguntas", dijo.

Brent se sacudió el brazo.

"Pero quiero hacerlo. Quiero decir, esto es ridículo. No hice nada de esto... Yolanda y Francine, eran mis amigas."

Chase oyó cómo la respiración del Jefe Downs en la nuca se aceleraba.

"¿Así es como tratas a—"

Chase negó con la cabeza. Ya era bastante malo que él estuviera en la sala, pero con estas interrupciones regulares, iban a perder a Brent. Simplemente se colapsaría en una cáscara y luego solo su abogado hablaría, lo que no los llevaría a ningún lado.

Pero había sido como sacar muelas para que Chase pudiera convencer al gran jefe de policía para que la dejara interrogar al hombre, a pesar de que Martínez le había pasado el caso a ella.

"Está bien, ¿hablemos de otra cosa, entonces? ¿Cómo conociste a Yolanda y Francine?"

Brent la miró con ojos llorosos. Se lamió los labios, y ella agarró un vaso de agua y se lo ofreció.

"Aquí, bebe esto."

Oyó al Jefe Downs gruñir y supo lo que estaba pensando: deja que el bastardo se deshidrate... que sufra como hizo sufrir a esas chicas.

Brent bebió con avidez, el líquido salpicaba por su barbuda barbilla.

Cuando terminó, se limpió la boca con el dorso de las muñecas, que ahora estaban encadenadas juntas.

"Dime cómo conociste a las chicas."

Brent habló despacio y claramente.

"Las conocí hace aproximadamente un año. Entraron en el bar y entablé una conversación con Yolanda, y algunas de sus amigas."

"¿Eso es todo?"

Brent se encogió de hombros.

"Bueno, tomamos unas copas y luego les di—"

Se detuvo a mitad de la frase y luego miró nerviosamente a su abogado.

"¿Qué? ¿Qué les diste, Brent?"

El abogado, una criatura sin cabello con gruesas gafas negras, levantó un dedo mientras se acercaba al oído de su cliente y le susurraba algo.

Brent asintió, luego susurró algo de vuelta. El abogado entrelazó sus dedos.

"Mi cliente está ejerciendo su derecho al silencio en este punto."

Los ojos de Chase se estrecharon.

"¿Por qué ahora? ¿Qué les diste, Brent?"

"De nuevo", repitió el abogado en un monótono zumbido, "mi cliente está ej—"

El Jefe Downs de repente golpeó con las manos sobre la mesa.

"¿Qué les diste, mierdecilla? ¿Les devolviste sus pies, eh? No, no se los devolviste, porque nunca los encontramos. Cabrón retorcido. ¿Les metiste mano antes de matarlas? Sabemos que no pudiste levantarlo lo suficiente para—"

"Esto es acoso, y si continúas—"

"¡Cállate! Dinos qué—"

De repente, el rostro de Brent se puso rojo.

"Les di una jodida raya, eso es todo. ¡Joder, yo no hice esto!"

Chase sintió que su cuerpo se tensaba.

Les dio un poco de cocaína, por eso se hicieron amigos. Eso, y su encanto... su carisma.

El abogado intentó calmar a su cliente, pero Brent había sido empujado demasiado lejos.

"¡Eso es! ¡Una raya!"

El Jefe Downs intervino.

"Oh, apuesto—"

"Brent, no me importa un poco de coca. De verdad, no me importa. Soy del FBI, y estoy investigando un doble homicidio. Y el Jefe Downs", se volvió y miró al hombre, sorprendida de que su rostro gordo se hubiera puesto rojo oscuro, "bueno, tampoco le importa. Entonces, ¿les diste una raya? ¿Y qué? Son chicas universitarias, si no lo consiguen de ti, lo conseguirán de otro personaje sombrío."

Las palabras desencadenaron algo en la mente de Chase entonces, y de repente fue transportada a un tiempo diferente.

La habitación estaba oscura y húmeda, oliendo a sudor y alcohol rancio. Su ropa apestaba, al igual que su cabello, ambos retenían el olor cáustico del humo.

No estaba sola, Chase lo sabía, y sin embargo le resultaba difícil distinguir algo en la habitación apenas iluminada.

"¿Chase? ¿Quieres un poco de esto?"

Una palma carnosa bajó sobre el hombro de Chase y ella se sobresaltó.

"Yo, eh, ¿esa fue la única vez que les diste drogas a las chicas?" preguntó rápidamente, esperando que los demás, a diferencia del Jefe Downs que había tocado su hombro deliberadamente, no se hubieran percatado de que su mente se había ido a la deriva.

El labio de Brent se curvó, pero finalmente respondió.

"No, tal vez... tal vez una o dos veces más, pero eso es todo, lo juro. Su amiga..." negó con la cabeza. "No, eso es todo."

Chase observó intensamente mientras el hombre hablaba. Sus ojos se desviaron hacia arriba y a la derecha, solo un poco, indicando que estaba recordando en lugar de fabricar un recuerdo.

"Está bien, lo entendemos. Pero la furgoneta... ¿por qué había sangre de ellas en la furgoneta?"

Nuevamente, ignorando las instancias de su abogado, Brent respondió a la pregunta.

"No lo sé. Realmente no lo sé. Presté la furgoneta... ni siquiera sabía que ya estaba de vuelta."

"¿A quién se la prestaste?" El Jefe Downs siseó sobre su hombro.

Antes de que Brent respondiera, Chase sintió el zumbido del teléfono en su bolsillo. Metió la mano y rechazó la llamada sin mirar

quién era.

"No... no lo sé", dijo Brent, sonando abatido.

"¿No sabes?" había un toque de humor sarcástico en el tono del Jefe ahora. "Déjame entender esto: le prestaste tu furgoneta a alguien, ¿pero no sabes a quién?"

El cuerpo de Brent se desplomó.

"Era un amigo de un amigo... no me importa prestarla, es genial para acampar y—"

"¿Acampar en invierno, Brent?" preguntó Chase.

Su teléfono volvió a zumbar, y ella frunció el ceño, ignorándolo una vez más.

Brent intentó levantar los brazos, pero había olvidado que estaban esposados, y se retorció cuando el metal mordió sus muñecas.

"¡No lo sé! ¡No pregunté!"

Chase dudó, los ojos aún fijos en el joven frente a ella. Cuando él había dicho que no sabía, que no había preguntado, había mirado a su abogado de nuevo.

Era la misma mirada que había dado cuando había dudado por primera vez antes de contarles sobre la cocaína que había vendido a Yolanda y Francine.

Y entonces, encajó.

Chase se levantó y miró al Jefe, inclinando la cabeza hacia la puerta para indicar que deberían tomarse un descanso.

"Necesito usar el baño", le dijo a Brent y a su abogado. "¿Quieren algo? ¿Café? ¿Bocadillo?"

Brent negó con la cabeza suavemente.

"Solo un poco más de agua, por favor."

"Seguro."

Con eso, salió de la habitación, agradecida de que el Jefe Downs la siguiera. Cuando la puerta se cerró detrás de ellos, se volvió para enfrentarlo.

"Prestó la furgoneta, ya sea porque estaba siendo usada para transportar drogas, o estaba intercambiando sus servicios por drogas", susurró. "De cualquier manera, las drogas son la razón por la que su furgoneta desapareció."

Las cejas espesas del Jefe se fruncieron.

"¿No te estarás tragando esta mierda, verdad? El pequeño jodido gilipollas—"

"No dije que Brent no las matara", dijo cortante. "Solo que la razón por la que la furgoneta se fue es porque estaba siendo usada para mover producto."

"¿Y cómo podrías saber eso?"

Chase abrió la boca y luego la cerró de nuevo.

Lo sabía porque lo había visto en el rostro del hombre, pero no podía decir eso. Especialmente dado cómo Downs la había mirado cuando ella había tocado la pierna de Yolanda y luego les había pedido que buscaran huellas de neumáticos que pertenecieran a la furgoneta de Brent Pine.

El Agente Stitts podría creer en la intuición y las corazonadas, pero la única sensación intestinal que el Jefe Downs obtenía era indigestión.

"Fui una Narco", dijo, "Sé cómo se comportan los traficantes."

Esto no era del todo cierto, al menos no en este contexto. Había sido una Narco, pero su verdadera percepción sobre el funcionamiento de los traficantes y los adictos había venido de—

Su teléfono zumbó y esta vez lo sacó de su bolsillo, pensando—esperando—que podría ser Brad finalmente devolviéndole la llamada.

"Un segundo", dijo, dándole la espalda al jefe de policía de rostro enrojecido.

No era Brad; el número estaba sin listar.

Lo respondió.

"¿Hola?"

"Agente Adams, soy Martinez. Te necesito aquí."

Chase se tapó el otro oído para bloquear la respiración bucal del Jefe y se inclinó.

"¿Qué? ¿Dónde? ¿Qué está pasando?"

"No puedo decirte por teléfono. Floyd te recogerá, te llevará directo al aeropuerto."

¿Aeropuerto?

La cabeza de Chase daba vueltas. Estaba empezando a avanzar con el caso, y ahora esto.

¿Cómo puede trabajar así el FBI? Irrumpe, sienta las bases y luego simplemente deja al incompetente departamento de policía local a cargo.

"Deja el caso al Jefe Downs. Él y sus hombres pueden manejarlo. Es un hecho consumado."

Los ojos de Chase se desviaron hacia Downs, y la duda no tanto se arrastró sobre ella como envolvió su alma.

"No estoy segura de que—"

"Termina allí, Floyd llegará en veinte."

Y con eso, la línea se cortó, dejando a Chase mirando la pantalla en blanco.

¿Qué diablos está pasando? ¿En qué diablos me he metido?

"N-n-necesitamos apu-apu-apurarnos", dijo Floyd, mientras esperaba que Chase entrara por la puerta que sostenía abierta. "Tu vu-vu-vuelo sale en una hora".

Chase asintió y cerró su chaqueta roja antes de entrar.

Todo lo que llevaba consigo era su bolso, lleno de un par de cosas adicionales: cepillo de dientes, cepillo de pelo, perfume, que había recogido de la farmacia local, y la caja de armas que Martínez le había dado.

Lanzó ambas cosas al asiento y se abrochó el cinturón mientras Floyd cerraba la puerta y se apresuraba a subirse al asiento del conductor.

Chase miró el destartalado hotel a través de la nieve que caía. No era un lugar que extrañaría.

Tampoco extrañaría el frío.

"Vuelo Delta 0231 a Logan Ai-ai-ai-ai-," golpeó el lado de su cabeza con la palma de su mano, "Aeropuerto".

"Gracias, Floyd".

Por una vez, Floyd estuvo relativamente callado mientras conducían, y a Chase se le ocurrió que probablemente él la iba a extrañar.

Y por extraño que sonara, Chase pensó que ella también iba a extrañar a Floyd.

Pero, ¿qué podía hacer? ¿Llevarlo con ella? Ni siquiera sabía qué demonios estaba pasando la mitad del tiempo, ¿cómo se suponía que debía llevar a alguien en el viaje?

¿Y podía hacer eso? ¿Tener su propio chofer personal? Pensó que no, pero la verdad era que Chase no tenía idea de cómo funcionaban realmente las cosas en el FBI.

Solo es una prueba... como con el agente Stitts. Martínez te está probando, y si pasas, todo será revelado.

Chase sacudió la cabeza y centró sus pensamientos en la extrañeza del caso que estaba abandonando. Brent Pine supuestamente había asesinado a esas dos chicas, y el agente Martínez había abandonado rápidamente la ciudad, dejándolo en manos de un jefe de policía irritable y reactivo para resolver las cosas.

Al menos en Nueva York, podía ver las cosas hasta el final. A menudo tomaba mucho tiempo llegar allí, pero Chase eventualmente testificaría en el estrado. De hecho, esto había sido así tanto en Nueva York como en Seattle.

Pero esto... ¿solo atrapar al malo y levantarse e irse?

Eso era nuevo.

Y lo odiaba.

El agente Martínez, por otro lado, no parecía en absoluto molesto por ello.

Llevo mucho tiempo haciendo esto, Chase. Mucho, mucho tiempo.

Chase recordó la expresión en su rostro mientras estaban detrás de la furgoneta de asesinatos de Brent, la forma en que había fruncido el ceño cuando respondió su teléfono, la llamada que lo había llevado lejos, evidentemente a Boston.

¿Había sido un ceño fruncido? Sí, estaba bastante segura de que lo era. Pero había algo más en esa expresión, algo en la forma en que sus labios se torcían en las esquinas.

¿Pero qué?

¿Satisfacción?

¿Alivio?

"Oye, Floyd?"

"Sí, señ-señ-señora?"

"¿Me dijiste antes que el Jefe Downs y Martínez se conocen desde hace mucho tiempo?"

"Sí, señora. Como dije, M-M-Martínez vivía aquí hace un par de años."

Chase se mordió el labio.

"Pero él no es originario de Alaska, ¿verdad?"

No estaba segura, pero Chase pensó que detectaba un leve acento del medio oeste en la voz de su compañero.

"No, se mudó aquí con su hermana."

Esto sorprendió a Chase, y ella parpadeó.

"¿En serio?"

Floyd vaciló, lo que le dio a Chase un momento para pensar.

Él vivía aquí, con su hermana, ¿y aún así dormimos en un motel?

¿En ese motel?

"Sí."

Algo no cuadraba.

"¿Ella todavía vive aquí? Quiero decir, la hermana de Martínez."

Los ojos de Floyd se desviaron al espejo retrovisor, y Chase se sorprendió al ver que estaban húmedos.

"No, ella no vive aquí. La hermana de Martínez m-m-m-m-murió."

Chase apartó la mirada, sintiéndose de repente avergonzada por ser tan intrusiva.

"Lo siento", dijo, mirando nuevamente la nieve.

"Eso está bien. Sucedió hace unos años. Su hermana tenía más o menos la misma edad que esas chicas, creo. Murió después de que M-M-Martínez se fuera."

Chase volvió a mirar.

"¿En serio?"

Eso explicaría por qué fue tan duro con el camionero, con la investigación en general.

"Sí. Fue muy triste."

"Lo apuesto. No quiero ser insensible, Floyd, pero ¿puedes decirme cómo murió?"

Los ojos de Floyd volvieron a la carretera y su voz se apagó.

"Fue asesinada", dijo, sin tartamudear.

Por segunda vez desde que Floyd la recogió, la mandíbula de Chase se quedó abierta.

¿Asesinada?

"¿Qué? ¿Cómo? ¿Cuándo?"

Floyd tomó la rampa de salida hacia el aeropuerto y subió por la entrada circular. Pasó rápidamente por las filas de coches aparcados y se detuvo frente al letrero adornado con el triángulo de Delta.

"Necesitas apurarte, agente A-A-A-dams."

Chase, con el ceño fruncido, deseaba haber elegido comenzar esta conversación tan pronto como se subieron al coche. Pero independientemente de su curiosidad, Floyd tenía razón: si iba a coger su vuelo, tendría que darse prisa.

Al menos no tengo equipaje facturado, pensó sombríamente,

dándose cuenta de que todavía no había recibido el equipaje que se había perdido durante la primera etapa de su viaje.

Floyd salió y se apresuró a abrir su puerta, pero esta vez Chase se abrió paso por sí misma.

Luego abrazó al hombre.

El acto fue sorprendente, para ambos, realmente, y Floyd casi tropezó hacia atrás.

"Gracias", susurró en su oído. "Y tengo tu número, te llamaré. Mantente en contacto, Floyd."

Luego se fue, apresurándose a pasar al hombre atónito y a entrar en el bullicioso aeropuerto.

***

"Nope, todavía no lo tenemos."

Chase frunció el ceño y miró su reloj.

Siete minutos hasta que cierren las puertas.

"¿Me estás tomando el pelo?" exigió. "Me dijiste que estaría aquí hace..." Chase tuvo que contar los días en su cabeza. "¡hace cuatro días!"

El hombre detrás del mostrador levantó una ceja.

"Te dije que estábamos haciendo todo lo posible para traer tus cosas desde Seattle, pero no tengo control sobre eso."

Mientras la frustración se acumulaba en su interior, Chase finalmente entendió por qué había un grueso cristal separando el mostrador de equipaje perdido de los civiles.

Hablar de su equipaje la hacía sentir sucia. Chase había comprado un nuevo par de ropa interior en el Winners local, pero todavía llevaba los mismos jeans y camiseta que había estado usando cuando había dejado Nueva York hace casi una semana. Lavada dos veces, pero aún así…

"Mi arma—"

"Soy consciente de que tu arma de servicio está en el equipaje perdido, señora Adams. Lo has dejado muy claro."

Sí, y voy a reorganizar tu cara abundantemente, pensó con una hostilidad inesperada.

"Voy a dejar Alaska. No quiero que lo envíen aquí."

La ceja del hombre se elevó aún más.

"Si está en ruta, no hay nada que yo—"

"Voy a Boston. ¿Puedes enviarlo a Boston?"

El hombre se encogió de hombros, luego alcanzó y tomó un formulario nuevo. Lo puso en el mostrador, deslizándolo, junto con un bolígrafo mordisqueado, hacia su lado del cristal.

"Si quieres que tu equipaje sea enviado a otro lugar, vas a tener que llenar otro formulario."

Chase hizo una mueca y volvió a mirar su reloj.

Tres minutos hasta que cierre la puerta.

"¿No puedes simplemente copiar la información de mi otra hoja?"

El hombre tomó una manzana de algún lugar oculto debajo de su escritorio y dio un mordisco ridículamente grande. Un pequeño rocío de jugo de manzana salpicó el cristal.

"Nope. Solo el reclamante puede llenar el formulario."

Chase apretó los dientes y luego se puso a garabatear lo más rápido que pudo.

Y luego empezó a correr.

"¡Deténganlo! ¡Deténganlo! ¡Estoy llegando! ¡No dejen que el avión se vaya! ¡Por el amor de Dios, no dejen que se vaya!"

PARTE II

Tratando de Nadar

HACE UNA SEMANA

Capítulo 25

"¿Te gustó el Museo de los Niños?" Peter Dortmeir le preguntó a su hijo. Cuando el chico no respondió, le apretó la mano.

"¿Ryder? ¿Te gustó el museo?"

El chico lo miró con sus ojos azules pálidos.

"Me encantó", dijo con una sonrisa.

Peter rió y revolvió el cabello de su hijo.

"Bien. Ahora... ¿qué sigue? ¿Comida? ¿Tienes hambre?"

"¡Muero de hambre!"

"Bien, vamos a buscar algo para comer entonces."

Peter levantó la vista y miró a lo largo del paseo marítimo. Era brillante y relativamente cálido para una tarde de marzo y se vio obligado a entrecerrar los ojos para ver claramente. Era solo su segunda vez en el centro de Boston, y la primera en el Museo de los Niños, que estaba situado en el Canal de Fort Point. A lo lejos, vio un pequeño puente peatonal, y justo más allá, vio un cartel amarillo que decía: GROWLING CRAB.

Podría comer cangrejo... definitivamente podría comer cangrejo.

"¿Tu mamá alguna vez te ha dado cangrejo, Ryder?"

Ryder gruñó.

"De ninguna manera. Asqueroso. Son como arañas submarinas."

Peter se rió.

Eran un poco como arañas submarinas. Si las arañas fueran absolutamente suculentas y deliciosas, de lo cual estaba bastante seguro de que no lo eran.

"Estoy seguro de que también tienen hot dogs o KD, si eso es lo que quieres."

"¡Genial!"

Con eso, Ryder se alejó de él, su pequeña mano se deslizó de la palma de Peter. Se adelantó, zigzagueando entre varias rocas grandes y decorativas que habían sido colocadas en el paseo marítimo.

Peter lo vio irse, aún con una sonrisa en su rostro.

¿Cuánto tiempo ha pasado desde que Joelle me dejó tenerlo todo el fin de semana sin supervisión?

No estaba seguro, pero tenía que ser tres, tal vez incluso cuatro meses. Y Peter extrañaba simplemente sostener su mano, ver al niño de cinco años corretear a lo loco.

Ryder se subió a una de las rocas más pequeñas con relativa facilidad, luego saltó a otra piedra más alta.

Peter aceleró el paso.

"Oye, Ryder, ¿por qué no bajas de ahí?"

Ryder rió y miró hacia la piedra más alta de las tres, una que estaba al menos a ocho pies de altura y tres pies y medio más alta que la que en ese momento pisaba.

Cuando alcanzó una grieta en esta roca más alta, Peter se apresuró a alcanzarlo.

"¡Oye! ¡Ryder! Baja de ahí, ¿vale?"

Ryder gruñó, y su manopla resbaló en la superficie resbaladiza por la nieve. Sus botas todavía estaban arraigadas en la otra piedra, pero se había puesto de puntillas para estirarse aún más.

"¡Ryder!" Gritó Peter, rompiendo a correr. Su corazón comenzó a latir cuando vio que una de las botas del chico resbalaba, su manopla se estiraba lo suficiente para revelar un delgado parche de piel pálida en su muñeca.

Peter envolvió su brazo alrededor de las rodillas de Ryder justo cuando su agarre fallaba.

"Jesús, Ryder. ¿Qué estás pensando?" dijo jadeando mientras lo bajaba al suelo.

Una sonrisa de dientes separados permanecía en el rostro de su hijo.

"Soy bueno escalando. Mamá lo dice."

Peter rodó los ojos.

"Bueno, yo no soy mamá, ¿de acuerdo? Necesitas ser más cuidadoso."

Ryder se encogió de hombros, y luego se dirigió inmediatamente hacia la barandilla con vista al canal.

"Mierda", murmuró Peter mientras luchaba por seguir el ritmo. Esto resultaba ser más trabajo de lo que había pensado.

Ryder se fue directo a la barandilla, y saltó sobre el borde de cuatro pulgadas, metiendo sus botas entre las barras mientras se inclinaba sobre el borde.

Peter agarró la capucha de su chaqueta y la sujetó fuertemente.

"¿Qué dije sobre ser más cuidadoso, Ryd—"

"¿Qué es eso?"

Peter siguió la mano de su hijo.

Una serie de escaleras bajaban desde el paseo marítimo hasta una pequeña plataforma que estaba acordonada por barras. Era un lugar de aterrizaje para un barco, pero no había ningún buque amarrado en él. En cambio, Ryder señalaba la cubierta superior cubierta de nieve, que estaba llena de restos aplastados de mejillones, cangrejos y otros crustáceos aleatorios.

La sonrisa de Peter regresó; estaba contento de que su hijo estuviera interesado en estas cosas. A pesar de todos los errores que había cometido a lo largo de la corta vida del chico, al menos le había inculcado un sentido de curiosidad.

"¿Oyes a esos pájaros en el cielo? Bueno, ellos se lanzan en picado, agarran un cangrejo o un mejillón, y luego vuelan muy alto. Luego lo sueltan, y la concha—"

Ryder se soltó del agarre de Peter en su chaqueta.

"No, no eso. Mamá ya me contó todo sobre eso. Me refería a eso."

La sonrisa de Peter se convirtió en un ceño fruncido.

¿Mamá te lo contó, eh? Bueno, ¿quién diablos crees que se lo contó a ella? ¿Hmm?

"¿Dónde?"

"Ahí… justo ahí."

Peter se inclinó sobre la espalda de su hijo y vio lo que Ryder había estado bloqueando con su cuerpo.

Y cuando lo hizo, sus ojos se abrieron de par en par y retrocedió.

"¡R—R—Ryder, aléjate de la barandilla!" gritó Peter.

"¿Por qué, qué es?"

Peter agarró la chaqueta de su hijo nuevamente, y esta vez le dio un tirón fuerte.

"¡Oye!"

"No mires, Ryder... hagas lo que hagas, ¡no mires!"

Capítulo 26

Chase medio esperaba que el hombre del puesto de equipaje especial en el Aeropuerto Internacional Ted Stevens Anchorage de alguna manera también estuviera en el Aeropuerto Internacional Logan, aún mordisqueando su maldita manzana, diciéndole que, vaya, lo siento, tu equipaje se perdió nuevamente. Vas a tener que llenar otro formulario, mi funcionaria de gobierno favorita.

Pero en su lugar, se sorprendió gratamente al ser recibida por una joven, bonita, con cabello corto y castaño, quien, después de ver su placa, entregó de inmediato la pistola que Chase se había visto obligada a registrar en el otro extremo.

"Gracias", dijo, y la mujer asintió y le ofreció una sonrisa.

Al alejarse del puesto, preocupada de que aún había la posibilidad de que algo saliera mal antes de que pudiera hacer una salida limpia, Chase sacó su teléfono y marcó el número de Martinez.

"Agente Martinez."

"Hola, Chris, soy Chase, acabo de aterrizar en Logan. ¿Hay..." dejó que su frase se apagara, sin saber cómo abordar el tema sin sonar como una adolescente desesperada.

Así que me dejaste, y luego llamaste. Entonces, tipo, estoy aquí... ¿qué debería hacer a continuación?

"Estoy en el paseo marítimo, en el Canal de Fort Point justo afuera del Museo de los Niños. Habrá un auto esperándote afuera. Ven tan pronto como puedas".

Chase asintió mientras se dirigía al área principal del aeropuerto.

"Cualquier-" comenzó, pero luego se dio cuenta de que Martinez ya había colgado.

Chase se encogió de hombros y guardó el teléfono en su bolsillo. Sus ojos escanearon el concurrido aeropuerto, saltando sobre cientos de personas vestidas con trajes azul marino y abrigos oscuros, mujeres en largos gabardinas, niños envueltos en chaquetas no muy diferentes a la que ella llevaba, la que Martinez le había dado generosamente en Girdwood.

Se dio cuenta de que buscaba a Floyd. Tal vez no a él específicamente, pero a alguien como él.

Finalmente, sus ojos se posaron en un anciano apoyado contra una

pared junto a un Starbucks. En una mano, sostenía una taza grande adornada con copos de nieve rojos, mientras que la otra agarraba una iPad en posición horizontal.

La palabra ADAMS estaba escrita en letras grandes en la pantalla.

Se apresuró hacia él.

"Hola", dijo. "Soy la Agente Chase Adams."

El hombre asintió rápidamente pero no dijo nada. A Chase le llevó un momento darse cuenta de que él quería ver su identificación.

Lo sacó y se lo mostró. El hombre examinó su imagen, luego su rostro, luego la imagen nuevamente durante lo que pareció un minuto completo. Todo el tiempo, Chase se encontró pensando que no, este hombre no era nada parecido a Floyd. También tenía la sensación de que no era solo su diferencia de edad.

Finalmente, el hombre se lo devolvió.

"Me llamo Paul", dijo secamente. "Sígueme, por favor."

Paul... solo Paul. Tengo que mostrar mi identificación, y él me da una sola sílaba.

A pesar de la edad del hombre, rondando los setenta, Chase supuso, se movía rápidamente. De hecho, Paul caminaba tan rápido que Chase tuvo que romper en un pequeño trote para poder seguirle el ritmo.

Chase había acertado: hacía más calor en Boston, inusualmente cálido, de hecho. Con el sol brillando alto sobre ella, se dio cuenta de lo extrañas que eran las zonas horarias. Viniendo de Alaska, sentía como si hubiera sido transportada a un mundo diferente. Nueve horas antes, desde la nieve triste y la noche, a quizás cincuenta grados, sol alto en el cielo. La diferencia era tan marcada que abrió su parka roja completamente.

Revisó su teléfono, que había cambiado automáticamente a la zona horaria actual, y se dio cuenta de que aunque había salido de Alaska cerca de las diez de la noche, no eran ni las nueve de la mañana en Boston.

Y aún así se sentía sorprendentemente bien. Quería quitarse la ropa y ponerse algo limpio, pero no se sentía cansada, al menos no de la forma en que se había sentido cuando llegó a Anchorage por primera vez. Dormir en el avión parecía haber hecho el truco.

"¿Estamos...?"

"Por aquí", interrumpió Paul. Los condujo a un sedán color turquesa, que estaba estacionado en una zona de no estacionamiento.

Un guardia de seguridad del aeropuerto estaba merodeando cerca, y Chase sintió un nudo en el estómago.

Genial, Paul va a hacer que remolquen su auto y vamos a quedarnos tomando un Uber hasta la escena del crimen.

Pero en su lugar, el guardia de seguridad ofreció un sutil asentimiento a Paul, quien se lo devolvió.

A diferencia de Floyd, Paul no le abrió la puerta, ni ella esperaba que lo hiciera. Chase se subió al asiento delantero, y de inmediato arrugó la nariz por el olor a humo de cigarrillo rancio que impregnaba los asientos tapizados.

El auto chirrió cuando Paul se subió al lado del conductor. Para sorpresa de Chase, arrancó con algunas protestas metálicas cuando giró la llave, y luego se fueron.

***

"¿Cómo conoces al Agente Chris Martinez?" preguntó Chase mientras conducían.

"¿Hmm?" respondió Paul, sin volverse. Su ventana estaba abierta unos centímetros, y por más que intentaba expulsar el humo del cigarrillo por la ventana, seguía siendo empujado de nuevo al auto.

Chase detestaba el olor pero no podía pedirle a este extraño hombre que apagara el cigarrillo. Como exfumadora, e incluso cuando todavía fumaba, nunca pudo soportar el hedor del humo de segunda mano. Por irónico que pareciera, la hacía sentir enferma.

"¿Cómo conoces a Martinez?" volvió a preguntar, tragando su náusea.

Paul dio una calada prolongada a su cigarrillo y aún evitó voltearse a verla.

"Trabajó en un caso en Boston hace unos cinco años".

Chase esperó a que el hombre elaborara más, pero nunca lo hizo.

"¿Y entonces tú eres... un conductor? Como un—"

Finalmente, él se volvió, sus pequeños ojos penetrándola.

"Solo soy un amigo, alguien que le debe a Chris un favor, eso es todo".

Chase puso cara de desconcierto.

"Está bien, está bien. Solo intentaba pasar el tiempo".

Paul llevó el cigarrillo a sus labios y volvió a mirar la carretera.

Chase lo observó, las profundas líneas en sus mejillas, la red de patas de gallo en las esquinas de sus ojos.

Definitivamente, este no es Floyd.

Mientras continuaban en silencio, encontró su mente divagando hacia Brent Pine, hacia las chicas muertas, hacia las visiones que había tenido cuando se rozó con el cadáver de Yolanda.

Le sobrevino a Chase que si no hubiera sido por ella, por su comentario sobre una furgoneta, o su interacción con Brent en el bar después de su llegada cuando el Jefe Downs y el Agente Martinez estaban en la parte de atrás intentando que el dueño entregara las cintas de seguridad, nunca lo habrían atrapado.

Chase sintió algo entonces, algo que si no se conociera como lo hacía, podría haber interpretado como orgullo.

Pero Chase sabía mejor.

No era orgullo.

Era tristeza. Profunda tristeza.

Nos llevó menos de una semana encontrar al asesino de Yolanda y Francine, pero treinta años después y Georgina sigue desaparecida.

Sus brazos comenzaron a picarle, y trató de pensar en otra cosa. Sacó el teléfono de su bolsillo y revisó si había algún mensaje.

No había ninguno; ninguno del Agente Stitts o de Brad.

"Este es el canal", dijo Paul con voz ronca. Arrojó su cigarrillo por la ventana e inmediatamente encendió otro.

Chase dirigió su mirada a la ventana.

Había media docena de coches de policía bloqueando su paso, y Paul se vio obligado a detenerse. Un oficial se acercó a la ventana de Paul, y él la bajó unos centímetros más, exhalando una gran nube de humo al aire de la mañana.

"No puedes pasar por aquí", dijo el policía, negando con la cabeza.

"Soy—"

De repente, el Agente Martinez se apresuró por la calzada empedrada hacia ellos.

"Están conmigo", gritó. "Déjenlos pasar".

Capítulo 27

Chase observaba el reflejo del sol brillante en el agua tranquila de abajo. Por un fugaz momento, casi vislumbró su propia imagen, pero antes de sorprenderse, desvió la vista y miró a su alrededor.

Había estado en el paseo marítimo antes y recordaba haber pasado por el mismo lugar donde habían arrojado el cuerpo. Recordaba debido al té.

Su mirada se desvió hacia el barco amarrado al otro lado del canal. Una larga cuerda se extendía desde un lado, el extremo del cual estaba atado a una caja de cartón que flotaba en el agua. Escrito en el costado de la caja había una sola palabra: TÉ.

"Ya tenemos a gente allá haciendo preguntas", le informó el hombre que se había presentado como el Detective Tim Jasper. Por lo que Chase pudo reunir, este hombre estaba a cargo de la investigación.

Aparte de Martínez y ella, por supuesto.

Lo que también dedujo fue que Martínez y Jasper tenían una larga historia. Estaba en la forma en que se miraban, en la forma en que se habían estrechado la mano y asentido rápidamente, en lugar de perder tiempo con presentaciones de cortesía.

Chase entrecerró los ojos a través del canal.

En efecto, podía ver a varios oficiales uniformados moviéndose en el barco.

Las cajas de té, sabía Chase, eran simbólicas de las protestas contra la Ley del Té a finales del siglo XVIII. Enfurecidos por los impuestos impuestos al comercio local de té y las rebajas en los productos de la Compañía Británica de las Indias Orientales, los manifestantes abordaban los barcos y arrojaban su té por la borda. Ahora, sin embargo, era un destino turístico popular.

"¿Cuándo abre?" Preguntó Chase, notando que solo había un puñado de turistas actualmente en el barco.

"A las nueve", respondió el detective Jasper.

Chase asintió y dirigió su atención al cuerpo que los hombres en trajes de buceo acababan de lograr sacar del agua. Para preservar la evidencia, habían sumergido una gruesa lámina de plástico debajo del cadáver parcialmente sumergido y luego habían usado una polea para levantar todo el artilugio.

"El médico forense está en camino", Jasper le informó. "Pero a juzgar por la palidez de su piel, supongo que ha estado allí durante un buen día, día y medio, tal vez. No hay predación, pero probablemente sea porque el agua está muy fría".

Mientras Chase observaba a la mujer, de entre veinticinco y treinta y cinco años, con el cabello oscuro recogido de su rostro pálido, recordó un ahogamiento que había investigado en Central Park hace unos seis meses.

Cuando el médico forense sénior de la NYPD, el Dr. Beckett Campbell, había visto el cuerpo, había mostrado un interés particular en sus manos.

Manos de lavandera, había dicho. Sucede después de que el cuerpo ha estado sumergido durante doce horas o más. ¿Sabes cómo se arrugan los dedos si te quedas en la bañera mucho tiempo? Bueno, piensa en las manos de lavandera como una versión extrema de eso.

Chase también sabía que la presencia de estas manos era quizás la forma más fácil de estimar la hora de la muerte de un cuerpo sumergido. Si Jasper tenía razón y la mujer había estado en el agua durante un día o más, su piel estaría arrugada y desprendiéndose, pero si...

Un jadeo escapó de ella y giró la cabeza para mirar a Martínez. Pero Martínez no la estaba mirando. En cambio, estaba concentrado en el cuerpo, con la mandíbula apretada.

Usar las manos de lavandera para estimar la hora de la muerte requería un elemento muy obvio y específico: manos.

Y su víctima no tenía ninguna.

Los brazos pálidos de la mujer terminaban en tocones desgarrados. Si entrecerraba los ojos, Chase incluso pensaba que podía ver los extremos brillantes de los huesos enterrados dentro del enmarañado desorden.

Por favor, por favor, déjanos ir. Haremos cualquier cosa... lo que quieras.

"El paseo marítimo es un lugar popular para correr por la mañana", dijo el detective Jasper. "Y si la línea de tiempo es precisa, alguien pudo haber visto el cuerpo siendo arrojado".

Chase tragó duro nuevamente, haciendo todo lo posible para no saltar a conclusiones sobre Francine, Yolanda y esta pobre mujer.

A dos mil seiscientas millas de distancia... no pueden estar relacionadas.

Además, ya tenían a Brent Pine por los asesinatos de la universidad... y aunque le costaba aceptar el hecho, quizás Martínez tenía razón; quizás él era su hombre, y ella simplemente había sobreestimado la inteligencia de Brent.

Sin embargo, su instinto le decía lo contrario.

Necesito tocarla, pensó Chase con una súbita que casi la abrumó. Necesito tocar el cuerpo.

Su boca se sentía increíblemente seca y cualquier sensación de alerta que había ganado durante el vuelo desde Anchorage comenzó a drenarse de ella. En su lugar, estaba un dúo de sensaciones con las que Chase se estaba familiarizando demasiado últimamente: letargo y fatiga.

"¿Es ella...?" Chase comenzó secamente, pero se detuvo cuando otro buzo de repente emergió, un pulgar cubierto en guantes negros gruesos levantados hacia el cielo.

El detective Jasper maldijo y la empujó, y rápidamente bajó las escaleras al muelle inferior.

Martínez lo siguió, pero Chase se quedó y observó desde arriba.

Tres es multitud, después de todo. Y las multitudes en las escenas del crimen casi siempre terminaban en desastre.

"¿Qué? ¿Qué es?" Exigió Jasper.

El buzo se quitó la máscara de la boca.

"Hay otro cuerpo debajo del paseo marítimo", dijo. "Un hombre, y también le faltan las manos".

Capítulo 28

Subieron los cuerpos al paseo marítimo principal y erigieron rápidamente pantallas blancas para evitar miradas indiscretas y formar al menos una barrera superficial para la recolección de pruebas. Y aunque tuvieron éxito en cierta medida en lo último, lo primero resultó ser más difícil. El paseo marítimo de Boston era un lugar popular, al parecer, y era casi imposible mantener a todos alejados.

Pero ese era el problema del detective Jasper y de la Policía de Boston. Chase tenía otras preocupaciones.

Se encontraba dentro de la tienda improvisada, que ya comenzaba a calentarse debido al sol que golpeaba sobre ella y abrió su parka. Sabía que no podían mantener los cuerpos aquí por mucho tiempo, de lo contrario comenzarían a descomponerse y determinar una hora de muerte precisa se convertiría en un desafío.

El médico forense había llegado, un hombre serio en sus setentas, y estaba realizando algunos exámenes en los dos cuerpos que estaban extendidos sobre las gruesas láminas de plástico que se habían utilizado para levantarlos del agua.

Como había indicado el buzo, ninguno de las víctimas tenía manos.

“El hombre es Oren Vishniov”, declaró el detective Jasper de manera concisa al colocarse al lado de Chase. “Y no estoy seguro, pero la mujer es probablemente su novia, Julie Cooper”.

El agente Martínez intervino a continuación.

"¿Los conoces?"

"Sí... un montón de narcotraficantes de bajo nivel, tienen un restaurante libanés quizás a quince millas de aquí. Los arrestamos dos veces el año pasado".

"¿Pero no se les acusó?" Siguió Martínez.

Chase se adelantó, mirando a los cadáveres desnudos, a sus manos ausentes. Por lo que podía decir, no había evidencia de que sus heridas hubieran sido cauterizadas, como el asesino había hecho con Yolanda y Francine.

Tampoco deberías esperar que lo estén, pensó con una pizca de auto-reproche, porque no están relacionadas.

"La fiscalía recomendó penas suspendidas ambas veces".

Martínez asintió.

"¿Crees que esto está relacionado con drogas?"

Jasper se encogió de hombros.

"No podemos descartarlo".

Chase dejó que su conversación continuara en segundo plano mientras observaba trabajar al médico forense. Cuando empezó a tomar muestras de las heridas en sus muñecas, se acercó a él y se agachó.

"¿Fueron... quemados de alguna manera?" preguntó.

El hombre se volvió hacia ella, las líneas en su rostro eran tan profundas que se asemejaban a las arrugas en papel de cera doblado.

"No, no hay evidencia de quemaduras", respondió.

"Entonces, ¿murieron por sus heridas?"

Sus ojos saltaron a las caras de las víctimas mientras hablaba, y supo de inmediato que su suposición era incorrecta. Había espuma comenzando a burbujear entre sus labios pálidos. El Dr. Beckett Campbell también le había hablado de esto; un cono de espuma era una clara indicación de que las víctimas intentaron respirar bajo el agua.

"No, se ahogaron", confirmó el médico forense. "El agua estaba tan fría que cuando fueron arrojados, todos los vasos en sus muñecas se contrajeron. Habrían muerto eventualmente, todavía se estaban desangrando, pero habría llevado mucho más tiempo que en tierra. Lo mejor que puedo deducir es que lucharon para mantenerse a flote, pero sin manos, finalmente se hundieron bajo la superficie y se ahogaron".

Chase frunció el ceño.

El asesino no había cauterizado las heridas, pero no tenía que hacerlo; el agua frígida lo había hecho por él.

O ella.

Los ojos de Chase se dispararon cuando algo le ocurrió.

"¿Por qué estamos aquí?" preguntó.

Martínez y Jasper, que acababan de terminar su discusión, se volvieron para enfrentarla.

"¿Qué?" preguntó Martínez.

"¿Por qué estamos aquí?" repitió, esta vez suavizando su tono. Lo que se suponía que era un rompehielos ahora sonaba como una

acusación, incluso para sus propios oídos. "Quiero decir, ¿dos traficantes de drogas muertos? No parece justificar la intervención del FBI".

Martínez miró a Jasper, quien había cruzado los brazos sobre el pecho y había apretado los labios. Eventualmente, Martínez volvió a mirarla.

"¿A qué te refieres?"

Chase vio un destello de ira en los ojos del hombre.

Probablemente ve a su hermana en estas personas, en estas víctimas.

"Es solo que—"

Martínez de repente se acercó furioso a ella.

"Vaya a descansar, agente Adams, parece cansada", murmuró con dureza.

Chase parpadeó, recordando que su compañero había dicho algo similar en Anchorage cuando ella lo desafió por primera vez.

"Solo—"

"Vaya a descansar", le espetó Martínez.

Chase tragó saliva y se dispuso a levantarse, cuando su mano rozó accidentalmente el muslo de Oren Vishniov.

"¿Por qué estás haciendo esto?" Exigió Oren.

El hombre no respondió. En cambio, continuó hurgando en la pequeña caja a sus pies, de espaldas a ellos.

Julie sollozó, atrayendo la atención de Oren. Una punzada de culpa lo llenó. La cara de su novia era una máscara de miedo, su piel desnuda cubierta de piel de gallina.

"Nos sacaré de esto, lo juro", dijo, pero el escalofrío que lo atravesó en ese momento lo hizo mentiroso. "Yo—"

El hombre se volvió para enfrentarlos, blandiendo una sierra con guantes en las manos.

"Por favor", sollozó Julie. "Toma las drogas... podemos conseguirte más".

El hombre se acercó a ellos y, mientras lo hacía, los cuerpos de Oren y Julie se balanceaban y oscilaban...

Los ojos de Chase se abrieron de golpe.

"Un barco", susurró.

Martínez, que ahora estaba flotando sobre ella, frunció el ceño.

"¿Qué? ¿De qué estás hablando?"

"Los cuerpos no fueron arrojados desde el paseo marítimo, fueron arrojados desde un barco... y fue el mismo tipo, Martínez, el mismo tipo que mató a Francine y Yolanda hizo esto."

Capítulo 29

Las palabras del detective Jasper y el agente Martínez eran inaudibles detrás de la ventana cerrada del coche de Paul, pero lo que ellos no sabían era que Chase era una lectora de labios hábil.

"¿Cuál es su problema?" preguntó Jasper.

Martínez se frotó la barbilla.

"No, no hay problema. Ella es útil, inteligente".

"Un poco jodidamente rara si me preguntas. ¿Viste cómo sus ojos se nublaron cuando tocó accidentalmente la pierna de Oren? Está jodidamente verde como los hay".

Martínez ladeó la cabeza y cuando volvió a hablar, Chase lo observó a través de la nube de humo que se filtraba del cigarrillo de Paul.

"Sí, está bastante verde".

Y, sin embargo, a pesar de sus palabras, Chase no creía que su compañero realmente pensara eso. Si Martínez había estado en este juego durante, en sus palabras, mucho, mucho tiempo, entonces simplemente tenía que saber mejor.

Chase era ingenua como una escort de alto nivel era tímida.

"¿Y ese rollo del barco? ¿De qué se trata eso?"

"Lo investigaré. Realmente no lo había pensado, pero podría tener razón. Revisaré los registros de los barcos de pesca, los alquileres, etc. Haz que tus chicos hagan lo mismo".

La cara de Martínez se iluminó de repente y golpeó al detective en la espalda.

"Te ayudaremos a resolver esto, Tim", dijo. "Te cubrimos".

Algo parpadeó en los ojos de Jasper, algo oscuro e inesperado.

"Me debes una", dijo el detective. Habló tan suavemente que sus palabras eran completamente inaudibles desde dentro del vehículo.

Martínez ofreció un simple asentimiento como respuesta. Después de una breve pausa, la expresión de Jasper se suavizó.

"¿Nos encontramos para una cerveza más tarde?"

Martínez sonrió.

"¿Te importa si traigo a la novata?"

Jasper se encogió de hombros.

"Claro, será divertido. En el Anchor, ¿como en los viejos tiempos? ¿Qué tal a las diez?"

"Perfecto. Eso me dará tiempo para descansar un poco". La sonrisa de Martínez creció, y golpeó a Jasper en la espalda una segunda vez. "Nos vemos entonces, Timmy. Tal vez deberías descansar un poco también. Parece que tienes un pie en la tumba".

Con eso, Martínez se alejó del detective y se acercó al coche. Paul bajó la ventana.

"Hey, Paul, gracias por llevar a la agente Adams", dijo Martínez, con el rostro serio nuevamente.

Paul dio una calada a su cigarrillo.

"Claro, no hay problema".

Martínez levantó la vista hacia Chase, pero cuando habló, sus palabras fueron dirigidas nuevamente a Paul.

"¿Puedes llevar a la agente Adams a comprar algo de ropa fresca? ¿Algo para usar? La maleta se perdió en algún lugar del noroeste del Pacífico".

Paul gruñó, y Chase detectó una pizca de sonrisa en sus labios.

"Claro".

Luego, a Chase, Martínez añadió: "Te alegrará saber que tenemos alojamientos más agradables aquí en Beantown... Conozco al dueño del W Hotel. Nos quedaremos allí".

Solo la mención del W Hotel y la idea de una cama gigante, tamaño king, cubierta de decenas de almohadas lujosas, fue suficiente para que los ojos de Chase se pusieran pesados.

Además, cualquier cosa sería mejor que el Motel Girdwood.

"Suena bien", dijo con una sonrisa cansada.

Martínez apoyó ambas manos en la ventana parcialmente abierta.

"Y prepárate para las diez, vamos a tomar algo con Jasper".

El hombre se enderezó, y luego se alejó del coche.

"Ah, y Paul?"

El conductor de Chase levantó la vista con ojos enrojecidos.

"¿Sí?"

"Apaga el maldito cigarrillo. Esa mierda te matará".

***

Chase nunca había sido aficionada a las compras, así que logró entrar y salir de un Winners en menos de diez minutos armada con un puñado de ropa interior, tres blusas y dos pantalones. También compró un sombrero, una bufanda y unos guantes, pero mantuvo el abrigo rojo que le había prestado Martínez.

No era por el dinero—tenía suficiente de eso desde sus días de póker en línea—pero había algo en la chaqueta que le ofrecía un ápice de confort, de consistencia.

Había estado dando vueltas por el país durante la última semana, acumulando millas aéreas sin tener idea de cuánto iba a durar todo este lío.

Seguramente, esto no podía ser todo lo que había en el FBI, ¿verdad? Tenía que haber algún tiempo libre, un día o dos para recuperar el aliento, para discutir los casos que formulaban y luego huían antes de que pudieran verlos a través.

Todo lo que sabía era que el agente Martínez le había dicho que se levantara, empacara sus maletas—mucho bien que le había hecho eso—y se dirigiera al aeropuerto.

Chase bostezó mientras se acercaba al sedán de Paul.

Una buena... siesta... de tarde, eso es todo lo que necesito para recogerme. Para pensar con claridad de nuevo.

Paul había apagado su cigarrillo cuando el agente Martínez se lo había pedido, pero había encendido otro... y otro... en el momento en que habían salido a la carretera.

Chase guardó las bolsas en el asiento trasero y luego se subió al frente.

"¿A dónde vamos ahora, jefe?" dijo Paul, con un cigarrillo recién encendido colgando entre sus labios.

Jefe... así es como Drake solía llamarme.

Una extraña ola de nostalgia la invadió. Las cosas no habían salido bien en Nueva York, pero al menos seguían un patrón razonable, algo que ella podía entender.

Chase sacudió la cabeza y bostezó de nuevo.

"Sí, llévame al hotel, Paul. Necesito descansar".

Capítulo 30

"Vamos, Georgina. Vámonos. Mamá nos estará esperando", dijo Chase.

El hombre en la furgoneta sonrió, bajándose sus grandes gafas de sol de aviador por la nariz.

"Lo vas a lamentar", dijo el hombre, inclinándose por la ventana de su furgoneta y mirando hacia el brillante sol. "Solo va a hacer más calor".

Chase se acercó a su hermana, interponiendo su cuerpo entre la niña y el coche.

"Estamos bien".

"No parecen estar bien; parecen tener calor. Vamos, les doy un aventón. No muerdo, lo prometo", el hombre levantó los dedos cruzados mientras hablaba. "Esta es su última oportunidad".

Algo resonó en la cabeza de Chase entonces. No fue lo que el hombre dijo, per se, sino cómo lo dijo. Y a pesar de esta realización, en realidad no estaba segura de qué era lo que había activado las alarmas.

Y sin embargo, estaban sonando—sonando largo y fuerte.

"Vamos, vámonos", le susurró a su hermana.

Pero Georgina no se fue; en cambio, se deslizó hacia el coche.

"Pero hace muuucho calor", se quejó. "Vamos solo—"

Los ojos de Chase se estrecharon.

"Vamos".

"No, yo—"

"Georgina—Ahora".

Detrás de su hermana, Chase escuchó abrir una puerta de coche.

Intentó alcanzar a Georgina entonces, trató de agarrar su mano.

Solo que, para su horror, se dio cuenta de que su hermanita, su hermana de cinco años, no tenía manos. Tenía brazos, pequeños, delgados brazos, pero donde deberían haber estado sus manos solo había tocones desgarrados.

"¡Georgina!" gritó.

Alguien estaba riendo, se dio cuenta Chase.

El hombre de las gafas de sol de aviador salió de la furgoneta. Pero ahora no era solo un hombre grande, sino enorme, una sombra masiva que

creció hasta que oscureció el sol.

"¡Corre, Georgie! ¡Corre!" gritó Chase.

El cuerpo de su hermana de repente se desplomó, y Georgina miró sus propias piernas.

"No puedo", susurró.

Chase siguió su mirada y comprendió por qué.

Al igual que sus brazos, las piernas de Georgina terminaban demasiado pronto.

Sus pies habían desaparecido, cortados por la misma herramienta cruda que se había utilizado para quitarle las manos.

Georgina la miró, lágrimas en los ojos.

"No me dejes", susurró su hermana. "Por favor, Chase, no me dejes".

Chase gritó.

Luego se giró y corrió.

Capítulo 31

Chase despertó empapada en sudor. Su almohada, una de muchas, que antes era un lujoso objeto de ochenta dólares lleno de plumas, estaba hundida por el peso de su sudoración.

Momentáneamente desorientada, parpadeó rápidamente, tratando de obligar a sus ojos a enfocarse. Cada vez que se cerraban, incluso por una fracción de segundo, veía el rostro de su hermana, su simpática nariz respingona, sus amplios ojos verdes.

Y el hombre con las gafas de aviador estaba acechando detrás de ella.

"Mierda", maldijo.

Su cuerpo dolía, pero logró sentarse, rascándose distraídamente el interior de los codos.

Había sido una semana larga, muy larga, y media. Y finalmente había pasado factura.

Chase suspiró y estiró las piernas.

Una cosa era cierta: el W Hotel era mucho mejor que el motel de mala muerte en el que se había alojado en Anchorage.

Con un gemido, Chase se levantó y revisó el reloj digital en la mesita de noche.

Luego maldijo de nuevo.

Eran casi las nueve de la noche; de alguna manera, a pesar de sus pesadillas, había logrado dormir todo el día.

Chase se frotó los últimos vestigios de sueño de los ojos y cuando apartó los puños, se encontró mirando la mini nevera de acero inoxidable incrustada frente a su cama.

Una hora... una hora hasta que tenga que encontrarme con Martínez y Jasper.

Chase se levantó y se dirigió a la nevera. La abrió, pero en lugar de meter la mano, primero dejó que el aire frío bañara su piel húmeda y sudorosa. Vestida solo con sostén y ropa interior, sacó lo primero que sus dedos pegajosos tocaron: una botella de Modelo.

Miró el papel dorado que cubría la parte superior, decidió que era demasiado trabajo y optó por una botella de Budweiser en su lugar.

La cerveza bajó suave y rápida, y en tres tragos, la había terminado.

Como el aire frío de la nevera aún abierta, la cerveza se sintió genial en su estómago. De hecho, se sintió tan bien que de inmediato alcanzó otra.

Después de terminar su segunda cerveza, en el doble de tragos esta vez, Chase se metió en la ducha y se quitó el sudor de la piel.

El agua hizo que su cabello formara grumos frente a su rostro, y una imagen del cabello congelado de Francine, sus ojos blancos, boca abierta, se le vino a la mente.

Chase sacudió la cabeza y terminó rápidamente de lavarse.

"¿Por qué estos casos me están jodiendo la cabeza?" dijo en voz alta mientras salía de la ducha.

¿Y por qué los recuerdos de Georgina están volviendo tan fuertemente?

Su hermana nunca estaba lejos de su mente, ni lo que había ocurrido aquel día. Pero después de casi treinta años, las cosas tenían una forma de deslizarse hacia el fondo. Nunca desaparecen del todo, pero...

Y ahora estaban de vuelta y tan vívidos como siempre habían sido.

El interior de sus brazos comenzó a picar, y Chase se rascó furiosamente los pequeños puntos que marcaban su piel para siempre.

Una uña medio mordida rompió la piel y ella se estremeció.

Maldiciendo, Chase limpió la sangre con un pedazo de papel higiénico.

Te lo mereces.

Después de secarse, volvió a la habitación. Chase primero fue a la nevera para tomar otra cerveza y luego encendió la radio.

Irónicamente, era una canción de Drake: Hotline Bling. Ella se rió para sí misma y tomó un trago de cerveza.

Luego subió el volumen y se balanceó al ritmo mientras comenzaba a vestirse.

***

"¡Allí está!" gritó el agente Martínez, levantando su copa. "Y mírala, solo llega media hora tarde."

Chase sonrió y caminó hacia la cabina en la que estaban sentados el

agente Martínez y el detective Jasper. Ambos hombres vestían suéteres azules y jeans a juego. Si no fuera por sus rostros muy diferentes—Martínez era guapo con piel bronceada, mientras que Jasper tenía rasgos audaces y piel de la consistencia y textura de avena hervida—Chase podría haberlos considerado los Gemelos Bobbsey.

"¿Oferta de dos por uno?" dijo al sentarse frente a Martínez.

Jasper echó la cabeza hacia atrás y rió.

Ella vio sus amígdalas entonces, y supo que, como ella, el vaso frente a él estaba lejos de ser su primero; su comportamiento no podría ser más diferente al que había tenido más temprano en el día en el paseo marítimo.

"¿Qué tiene que hacer una dama para conseguir una bebida por aquí?" dijo.

Martínez levantó una mano.

"¡Oye! Vamos a conseguir—" se volvió hacia ella. "¿Qué tomas? Pareces una chica de cerveza para mí."

Chase frunció los labios.

"La cerveza estará bien."

"Está bien entonces. ¡Vamos a conseguirle a esta mujer una cerveza!"

***

El Anchor Bar estaba relativamente tranquilo, lo cual no era sorprendente para un martes de marzo, y los dos agentes del FBI y el detective del Departamento de Policía de Boston eran sus únicos clientes mientras la tarde se convertía en madrugada.

Durante el transcurso de la noche, la piel del detective Jasper había pasado de pálida a rojo remolacha, un tono que se oscurecía con cada bebida subsiguiente. Sus palabras también habían pasado de frases cortas y abruptas a unas que carecían de puntuación e incluso espacios.

Chase notó esto, pero no de forma evidente. Ella también estaba sintiendo los efectos del alcohol y, sus sentidos, además de sus inhibiciones, se habían adormecido.

"Debe haber sido difícil nadar sin aletas", dijo Jasper con una risa.

Chase podía decir que el hombre lo había dicho como una broma, pero estaba en tan mal gusto que incluso en su estado de ebriedad no pudo evitar estremecerse.

"Y eso, caballeros, es mi señal para irme", balbuceó, terminándose la última de sus cervezas. Intentó levantarse pero vaciló y Martínez puso una mano en su brazo.

Chase sonrió débilmente.

"Gracias."

"De nada", dijo él, también levantándose. En algún momento durante la noche, se había arremangado las mangas y ahora que estaba estabilizándola, Chase vio un tatuaje extraño que recorría la longitud de su antebrazo. Estaba simplemente dibujado, sin sombras: un contorno de una serpiente devorando un ojo.

Qué tatuaje tan extraño, pensó distraídamente.

"¿Sabes qué? Ambos nos alojamos en el mismo hotel. ¿Por qué no simplemente compartimos un taxi?"

"Mientras la Agencia se haga cargo de la cuenta, no me molesta en absoluto", respondió Chase.

"Nos vemos por la mañana, Jasper", dijo Martínez con un asentimiento en dirección al hombre de rostro rojo. "Visitaremos la tienda de Vishniov, a ver si hay algo allí. Terminemos con esto y pasemos al siguiente".

"Suena bien. Mis hombres ya han revisado el lugar, pero será bueno tener otro par de ojos", dijo Jasper entre balbuceos. "Malditos traficantes de drogas, escoria. Tal vez se lo merecían."

Chase entrecerró los ojos hacia el hombre. Martínez también le echó una mirada extraña, y estaba a punto de darse la vuelta y marcharse, cuando la mano de Jasper salió disparada y agarró a Martínez por el antebrazo.

Martínez miró brevemente la mano del hombre antes de quitárselo de encima. Luego, en un movimiento que a Chase le pareció caer justo por debajo de ser casual, su compañero bajó la manga y cubrió el tatuaje.

Jasper inclinó la cabeza, indicando a Martínez que se acercara, luego lanzó una mirada nada sutil en dirección de Chase.

Chase educadamente miró hacia otro lado pero agudizó sus oídos.

No pudo evitarlo.

"Entonces, Chris, ¿cómo estás? ¿Sabes, después de lo que le pasó a

Anna? ¿Las cosas siguen—"

Martínez no dijo nada, pero le lanzó a Jasper una mirada que hizo que el hombre retrocediera visiblemente.

Luego, el compañero de Chase sonrió y le dio una suave palmada en el hombro a Jasper.

"Nos vemos mañana, Jasper. Duerme la borrachera, hombre."

Capítulo 32

Chase había logrado mantener la compostura bastante bien en el bar, pero una vez fuera del Anchor, las cosas empezaron a deteriorarse inmediatamente. El alcohol no le era desconocido, Martínez tenía razón, ella era una chica de cerveza, pero por lo general se limitaba a dos o tres.

No siete, como las que había consumido esa noche. Eso, y su patrón de sueño irregular e interrumpido, habían resultado en una combinación tóxica.

Dentro del taxi, su visión comenzó a nadar, y se vio obligada a abrir la ventana; el impacto del aire fresco la mantenía en tierra.

Lo bueno era que Chase estaba lo suficientemente ebria como para no pensar en... nada, realmente.

Excepto por el dulce sabor de la cerveza en su paladar.

Martínez estuvo predeciblemente silencioso durante el viaje, lo cual estaba bien para ella. Sospechaba, por la forma en que su cabeza se inclinaba periódicamente, que él estaba más ebrio de lo que aparentaba, y eso estaba bien.

Quizás serviría para relajarlo un poco.

El taxi se detuvo en el W, y Martínez sacó su billetera. Sacó un billete de veinte y se lo entregó al conductor.

"¿Va a estar bien, señorita?" preguntó el conductor, levantando los ojos hacia el espejo retrovisor.

Chase sonrió.

"Estaré bien", mordió su labio. "Y quédese con el cambio."

El aire estaba frío, y era agudo en su nariz cuando inhaló. En el coche, había parecido suave, con el viento azotando a través de la rendija en la ventana. Pero fuera, parecía tan frío como había estado en Anchorage, a pesar de su consumo de alcohol.

Chase tembló y se apresuró a alcanzar a Martínez, quien ya había comenzado hacia la entrada.

El portero le lanzó una mirada cuando pasaron, su expresión similar a la que el taxista le había dado, pero afortunadamente el hombre se contuvo de preguntar si estaba bien.

¿Qué pasa con este mundo en que cada hombre piensa que es su trabajo protegerme? ¿Como si cada mujer fuera una víctima?

Parecía que Martínez era el único hombre que no había preguntado si estaba bien, si estaba bien, perfecta, si necesitaba algo, quería algo, anhelaba algo.

La ironía era que Chase no estaba bien; no había estado bien durante bastante tiempo. Y sin embargo, ella se las arreglaba. Resolvía asesinatos, ponía a las malas personas bajo la vigilancia de personas un poco mejores, y era buena en eso.

Como Brent Pine... Lo atrapé, conseguí justicia para esas pobres chicas...

El viaje en el ascensor y el posterior camino a su habitación fueron un borrón, y antes de que se diera cuenta, estaba fuera de su puerta.

Chase echó un vistazo a Martínez, que tenía la habitación junto a la suya.

"Buenas noches, Chris", dijo suavemente.

El hombre la miró directamente a los ojos.

"Buenas noches, Chase. Nos vemos por la mañana."

Aunque él no había preguntado si ella estaba bien, tuvo la cortesía de observar cómo ella luchaba con su tarjeta llave antes de conseguir finalmente que la cerradura se desbloqueara.

"Buenas noches", dijo otra vez, aunque esta vez las palabras eran más para ella misma que para beneficio de Martínez.

Con un profundo suspiro, entró a la habitación y cerró la puerta. Luego apoyó su espalda contra ella desde adentro.

Cerrando los ojos, esperó a que llegaran las visiones.

Tardaron un poco, pero finalmente aparecieron, ebria o no.

Primero, de Georgina, luego del hombre con las gafas de aviador.

Luego las chicas... las chicas muertas con las extremidades faltantes.

La jeringa.

El hedor del sudor.

"Mierda", susurró.

¿Cuándo van a dejarme en paz? ¿Cuándo Georgina finalmente me va a permitir seguir adelante?

Pero ella sabía la respuesta a esa pregunta. Georgina nunca la dejaría ir, no hasta que Chase la encontrara.

Y encontrara al hombre responsable.

Una sola lágrima trazó una línea por su mejilla, y la limpió torpemente con el dorso de una mano temblorosa.

Con la otra, la metió en su bolso y sacó su teléfono móvil.

No quería estar sola esa noche. Esa noche, quería escuchar la voz de alguien, de alguien a quien amaba.

Cuando Chase vio que Brad no había llamado, que no tenía mensajes perdidos, comenzó a sollozar inesperadamente.

"No quiero estar sola", susurró. "No quiero estar sola esta noche."

Chase marcó el número de Brad, pero no hubo respuesta.

"¿Dónde estás? ¿Por qué no contestas mis llamadas? ¿Por qué no coges el maldito teléfono?"

Borracha o no, era lo suficientemente inteligente como para no dejar un mensaje. Chase colgó y luego marcó el número del Agente Stitts.

Toda su vida había querido ser una Agente del FBI, y ahora que había logrado este objetivo, se dio cuenta de que esto no había hecho nada para satisfacer sus necesidades.

Porque Georgina todavía estaba allí afuera... en algún lugar.

Stitts tampoco contestó, y Chase tomó un profundo y tembloroso aliento. Se limpió las lágrimas de los ojos y luego tomó una decisión.

No quería estar sola esa noche, no con sus pensamientos, con sus extrañas visiones, sus recuerdos.

Chase apretó la mandíbula y se alejó de la puerta. La abrió y luego entró en la habitación contigua.

Golpeó una vez y esperó.

Pasaron varios segundos antes de que un Martínez sin camisa abriera la puerta de par en par.

Chase bajó la vista, y luego entró.

Capítulo 33

Chase se despertó temblando. Parpadeó dos veces, luego tiró de la sábana sobre su cuerpo desnudo, acomodándola firmemente debajo de su barbilla.

Luego miró a su alrededor.

Martínez estaba sentado en una silla en la esquina de la habitación, su espalda desnuda hacia ella. Vio algunos papeles en la mesa, incluyendo lo que parecía ser un talón de boleto y un recibo de su vuelo desde Anchorage a Boston. Martínez estaba jugueteando con algo en su regazo, pero ella no podía discernir qué era.

"Lo siento por tu hermana", dijo Chase, insegura de qué había impulsado las palabras.

¿Había estado soñando? ¿Soñando con Georgina?

Martínez se congeló.

"Vuelve a dormir, Chase. Tenemos un día ocupado mañana", dijo por encima del hombro.

Chase cerró los ojos, y el sueño la envolvió nuevamente.

Capítulo 34

La alarma del teléfono móvil, una melodía estridente, sonaba como la banda sonora de una pesadilla.

Chase despertó de golpe, con la cabeza dando vueltas, la lengua espesa con el sabor dulzón y enfermizo del alcohol fermentado.

La bilis subió por su garganta y saltó de la cama, apenas notando que estaba completamente desnuda.

Llegó al baño, pero no al inodoro. Sosteniendo su cabello con una mano, vomitó en el lavabo.

Un líquido caliente y agrio salpicó la porcelana, y la vista de la sustancia marrón verdosa provocó otra ronda de vómito.

Después de vaciar su estómago de su contenido y añadir unos cuantos arcadas secas por si acaso, Chase echó agua helada en su cara. Luego tiró de la piel pálida debajo de sus ojos con las puntas de los dedos, notando que los bordes estaban teñidos de rosa.

Un vistazo rápido solo sirvió para desorientarla más. Parecía su habitación, se parecía casi exactamente a su habitación, de hecho, pero no lo era; era diferente.

Le tomó unos momentos descifrarlo: era una imagen espejo de su habitación.

Y con esta realización, los recuerdos de la noche anterior volvieron rugiendo.

"No", gimió. Si necesitaba más pruebas, vio un condón usado colgando del borde de la papelera de plástico. "Joder."

Chase golpeó sus manos contra el lavabo e instantáneamente se arrepintió. El sonido envió un fragmento abrasador a través de su cráneo.

¿Qué he hecho? ¿Qué diablos he hecho?

Pero sabía lo que había hecho.

"¿Martínez?" dijo suavemente.

No hubo respuesta.

Chase se alejó del lavabo y se apoyó en la habitación.

Estaba vacía y por esto, estaba agradecida.

Chase se apresuró a vestirse y luego agarró su teléfono móvil y se

sentó al lado de la cama. Ni siquiera recordaba haberlo traído la noche anterior.

Desplazándose instintivamente al nombre de su marido, Chase dudó antes de hacer la llamada.

Aunque dudaba que Brad respondiera, no confiaba en sí misma en su estado actual para no dejar un mensaje que solo volvería a atormentarla más tarde.

Todavía aturdida, miró alrededor de la habitación. No solo Martínez no estaba allí, sino que parecía que el hombre había llevado consigo la mayoría de sus pertenencias cuando se había ido. Todo, de hecho, excepto una sola hoja de papel que yacía en el centro de la mesa en la que Chase lo había visto sentado en medio de la noche.

Decía, simplemente: 210 Ashburn Road—Restaurante de Oren. Paul te llevará allí. M.

Chase se permitió un último momento de autocompasión, y luego hizo lo que siempre hacía cuando las cosas iban mal.

Se sumergió en su trabajo.

***

El sedán de Paul estaba esperando fuera del W, tal como Martínez había escrito que estaría. El hombre se asomó por la ventana cuando se acercó y la llamó. Estaba fumando en cadena y no se molestó en ocultar este hecho.

Chase se metió en el asiento del pasajero y tomó un sorbo del café hirviente que se había servido en el vestíbulo. Después de su sesión de vómitos, la mayor parte de su resaca había disminuido, dejándola con una sensación extraña de mareo.

"¿Noche dura?" preguntó Paul con una sonrisa burlona.

Chase ignoró el comentario.

"Llévame a doscientos diez Ashburn", dijo.

Paul puso el coche en marcha.

"Sí, señora", respondió, su voz rezumaba sarcasmo.

Independientemente de lo que había sucedido la noche anterior, todavía tenía un asesino que atrapar.

Y esto era, y siempre sería, la prioridad de Chase Adams.

Capítulo 35

Si el lugar de Oren Vishniov era un restaurante de cinco estrellas, entonces el Motel Girdwood era el Taj Mahal. Situado en la parte trasera de un almacén, el edificio sin pretensiones estaba deteriorado, al borde de la ruina. El exterior de ladrillo estaba desgastado y cubierto de graffiti, y la recepción, una abertura rudimentaria cortada en la pared, estaba sucia.

Paul aparcó su coche detrás del alquiler de Martínez y lo que ella supuso que era el vehículo policial no marcado del detective Jasper.

La puerta de cristal junto a la recepción estaba abierta, y, al acercarse Chase, se dio cuenta de que el cristal superior había sido destrozado.

Anunció su presencia, y tanto Martínez como Jasper se volvieron para enfrentarse a ella.

"Buenos días", ofreció Martínez. Jasper murmuró lo mismo.

Cualquier jovialidad y amabilidad que habían mostrado la noche anterior en el pub se había agotado claramente. Martínez, por ejemplo, se volvió inmediatamente después de saludar. Chase pensó que vio una sonrisa burlona en la cara pálida de Jasper, pero sabía lo suficiente como para no confundirla con amabilidad.

A la mierda, pensó. ¿A quién le importa si Martínez le contó a Jasper lo que pasó anoche?

Chase recordó lo que había instruido al público de Nueva York que hicieran cuando había un asesino suelto que se dirigía a las mujeres.

Sé una perra, nadie se aprovecha de una mujer que actúa como una perra. Hay blancos más fáciles por ahí que una mujer con actitud.

No iba a sucumbir a la idea, al cliché, de que tenía que ser la damisela en apuros, la chica amable y cariñosa.

Y Chase definitivamente no se avergonzaría por haberse acostado con Martínez. ¿Qué decía sobre la sociedad cuando un hombre podía estar orgulloso de sus conquistas sexuales, mientras que la única expectativa para la mujer era que debía ser reservada y tímida? ¿Por qué se asumía que el hombre la había ganado, insinuando que ella de alguna manera había perdido en el intercambio?

Por mucho que lamentara la decisión, por Brad, no por el acto en sí, se lo había pasado bien. Y no iba a avergonzarse de ello.

A la mierda.

"¿Qué has encontrado?" preguntó mientras avanzaba, con la barbilla bien alta. "¿Un robo?"

Jasper la miró fijamente, pero sólo por un momento, y luego su voz tomó un tono profesional.

"Parece que sí", señaló hacia la puerta por la que ella acababa de pasar. "El cristal está roto, la caja registradora ha sido destrozada. Lo que creo, sin embargo, es que esto es lo que buscaban."

Jasper sacó un bolígrafo de su bolsillo y lo usó para levantar una bolsa de plástico transparente del tamaño de un monedero. Estaba casi vacía, pero incluso desde donde estaba parada, Chase podía ver una pequeña cantidad de polvo blanco pegado a una de las esquinas interiores. También había un diseño de algún tipo en la parte frontal del plástico, pero había sido cortado, oscureciendo la imagen.

Chase asintió e intentó armar la escena.

Desesperados adictos vienen después de que la casa de shawarma cierra, le ruegan a Oren por su droga, tal vez le piden algo a crédito. Oren se niega, y el adicto, o adictos, rompen la ventana y entran. Dominan al hombre y a su esposa, agarran la droga, y huyen.

...y luego el adicto fuerza a Oren y Julie a entrar en un bote, los lleva al canal, les corta las manos, y los tira adentro.

Sacudió la cabeza.

La narrativa no funcionaba en absoluto.

"Deberíamos traer a la CSU aquí..."

"¿Hay sangre en la escena?" Chase interrumpió a Jasper.

El hombre apretó los labios firmemente.

"No. No que yo pueda ver."

Martínez tomó el plástico del bolígrafo de Jasper y lo metió en una bolsa de pruebas.

"¿Qué crees que pasó aquí, Chase?" preguntó.

Chase miró alrededor de nuevo.

Sus ojos finalmente cayeron en el panel de cristal roto. Era difícil de decir, pero, juzgando por el tamaño de los fragmentos afilados que aún se aferraban al marco, parecía que el punto de impacto estaba a la altura de sus ojos, unos cuarenta y cinco centímetros por encima de la cerradura.

Avanzó varios pasos y observó la caja registradora a continuación.

Estaba, como Jasper le había dicho, tirada en el suelo. El cajón estaba abierto y vacío, y la esquina estaba abollada.

"¿Chase?" preguntó Martínez, arqueando una ceja.

Chase lo ignoró y continuó observando sus alrededores. A la derecha había dos asadores verticales que aún sostenían un par de kilos de pollo o carne de res, pero el elemento detrás de ellos se había apagado. Las verduras en la bandeja protegida detrás del protector antisalpicaduras todavía parecían frescas.

Chase levantó la vista más allá de Jasper y el agente Martínez, hacia una puerta que estaba entreabierta. Aunque no podía tener la mejor vista de lo que había adentro, su presencia era suficiente para que las cosas empezaran a encajar.

"Creo que esto fue montado", dijo simplemente. "Creo que fue montado para parecer un robo, pero nada de esto tiene sentido".

Jasper se puso de pie.

"Espera un momento. Oren Vishniov y su compañera Julie Cooper son conocidos distribuidores, y cuando los adictos..."

Chase negó con la cabeza.

"Ningún adicto hizo esto."

La mueca de Jasper se convirtió en un ceño fruncido.

"Esto es una mierda, Martínez. Esta chica viene aquí..."

Martínez lo silenció y levantó un dedo.

"Deja que termine."

"Una mierda, Martínez. Ustedes fueron llamados para ayudar, y ahora..."

"Deja que termine", repitió Martínez con más autoridad esta vez.

La boca de Jasper se cerró de golpe, y Chase miró a ambos hombres con recelo.

¿Qué demonios está pasando aquí? ¿No se supone que todos estamos del mismo lado? ¿No se supone que debemos estar colaborando, no peleando entre nosotros? ¿Qué el...

"Continúa, Chase", dijo Martínez, su tono suavizándose, "dinos qué piensas."

Chase aclaró su garganta.

"Como dije, creo que esto fue montado. La puerta... mira dónde fue rota, es demasiado alto. Cualquiera que quiera entrar a este lugar

rompería el cristal cerca de la cerradura, no en medio del panel. ¿Y la bolsa vacía de droga? ¿Qué adicto en su sano juicio la dejaría aquí, en medio de la habitación?"

El corazón de Chase se saltó un latido, y luchó contra las imágenes de su pasado, de intentar calentar la cuchara, de derretir la heroína, mientras sus manos temblaban tanto que apenas podía sostenerla.

"Un adicto se llevaría esa bolsa, la voltearía al revés, y lamería el plástico si tiene que hacerlo, sólo para obtener hasta la última miga de polvo."

Chase dio un paso adelante.

"Oren y su esposa, o pareja o lo que sea, eran conocidos traficantes de drogas, ¿verdad?"

Jasper no respondió, pero Martínez asintió. Pasó junto a los hombres y se dirigió a la puerta al fondo de la sala. Un vistazo rápido y sus sospechas se confirmaron; aunque inicialmente se había diseñado como un cuarto de almacenamiento, se había reconvertido para actividades más ilícitas.

"Este cuarto aquí... la puerta está reforzada. Sea lo que sea Oren, estaba preparado. ¿Me estás diciendo que no sólo Oren no llegó a la habitación segura, sino que su esposa tampoco? Mierda, no me sorprendería si encontraran armas ahí... sería el primer lugar al que irían si alguien entra."

"Oren era muchas cosas, pero no era un hombre violento", dijo Jasper.

Chase se encogió de hombros.

"Aún así... alguien en su negocio tendría algún tipo de protección. Pero en lugar de correr hacia la habitación segura, salieron aquí, a la vista, cuando supuestamente un adicto rompió la ventana. No tiene sentido."

"Bueno, entonces, Profesor X, ¿qué pasó aquí?" preguntó Jasper.

Chase se detuvo, y por primera vez desde que comenzó su disertación, bajó la mirada.

Pero sólo por un momento; levantó la vista y la fijó en Martínez.

"Como dije, creo que esto fue montado. Y también creo que nuestro asesino es el mismo que en Alaska."

Capítulo 36

"Sí, bonita teoría, pero me gusta más la mía", comentó Jasper con una mueca.

Los ojos de Chase se estrecharon.

"¿Y cuál es esa?"

"¿Cuál es qué?" Jasper respondió de mal humor.

"Tu teoría, ¿qué crees que pasó aquí?"

Jasper se volvió hacia Martínez buscando apoyo, pero el hombre simplemente se encogió de hombros, una silenciosa alentadora a seguir adelante y ofrecer su propia opinión. Para colmo de lo extraño, a Chase le pareció que Martínez estaba sonriendo de medio lado, que podría estar disfrutando esto.

Chase no estaba de humor; todavía se sentía mareada y la náusea estaba empezando a volver.

¿Qué estamos haciendo aquí, de todos modos? Si Martínez piensa que esto es simplemente un asesinato impulsado por un yonqui cualquiera, ¿por qué está el FBI aquí? ¿Otro 'favor'?

"¿Lo que pienso? ¿Qué importa lo que piense cuando tenemos al vidente de la verdad aquí? ¿Y qué demonios pasó en Alaska? Martínez, ¿no me dijiste que todo se resolvió?"

La sonrisa se desvaneció del rostro de Martínez.

"Así es."

El detective Jasper levantó las manos y volvió a enfrentarse a Chase.

"Bien, ¿quieres saber qué pienso? Creo que uno de los clientes de Oren vino hace unas noches necesitando su dosis. Uno de sus habituales que no levanta sospechas, pero cuando Oren le pide que pague su maldito shawarma y bolsita de heroína, el hombre se niega. O quizás finge que va a pagar, pero en lugar de eso rompe la ventana. Luego entra aquí, tal vez con un par de sus colegas drogadictos, y agarran a Oren y Julie y los atan. Toman las drogas que tienen, luego arrastran a ambos hasta el canal, drogados con Dios sabe qué. Exigen más drogas y Oren se niega, o, siendo el pequeño hijo de puta que era, simplemente no tiene más. Le cortan las manos a él y a su novia y los tiran por la borda." Jasper se limpió las manos, un gesto extraño dado el contexto. "Lo he visto antes, y lo volveré a ver. Tengo a mis

hombres allí afuera, presionando a algunos de los habituales de Oren. Te garantizo que encontrarán algo en uno de ellos, o, mejor aún, apuesto a que uno de ellos se quiebra."

Jasper terminó con un aire de autosuficiencia, pero aunque la teoría era basura, Chase se encontró a sí misma de acuerdo con la última parte de su declaración.

Encontrarían algo en uno de los yonquis, pero eso no significaba que ellos cometieron el crimen. Solo era un sentimiento en el fondo de su estómago, un pequeño revoloteo al lado del nudo que estaba allí por no creer que el encantador barman, Brent Pine, había matado a Yolanda y Francine, pero no podía ignorarlo.

Ya no.

Chase frunció la nariz y luego soltó: "Eso no es lo que piensas que pasó, Jasper... eso es lo que quieres que haya pasado. Hay una gran diferencia."

Jasper la miró boquiabierto.

"¿Sabes qué? No necesito esta maldita conferencia de una novata."

Martínez abrió la boca, pero Jasper continuó antes de que el hombre pudiera decir una palabra.

"No, a la mierda todo, Martínez. No pedí que ustedes vinieran aquí, y definitivamente no necesito sus malditas teorías de asesino en serie conspiranoico jodiendo mi investigación."

"Tim—"

"No, en serio, Chris, esto es todo. No voy a levantar la bandera de asesino en serie porque un par de traficantes de drogas fueron asesinados. Mierda, esto es casi un hecho cotidiano en mi jurisdicción."

Ahora era el turno de Martínez de levantar las manos.

"Está bien, está bien, solo cálmate, Jasper. Lamento que no hayamos podido ser de ayuda aquí. Y estoy seguro de que tienes razón acerca de lo que pasó. Chase a veces solo... bueno, se deja llevar."

Jasper gruñó y estaba a punto de añadir algo más, cuando el radio en su hombro crepitó.

"¿Detective Jasper?"

Jasper le dio la espalda a Chase, que aún estaba atónita por la forma en que Martínez la había dejado en la estacada, y pulsó el botón de hablar.

"¿Sí?" respondió de mala gana.

"Es el teniente Danvers."

"¿Qué quieres, Danvers? Estoy un poco ocupado aquí."

"Bueno, hemos encontrado a uno de los yonquis de Oren en la calle Washburn, y no vas a creer esto, pero de hecho está usando el reloj de Oren."

Jasper se dio la vuelta, una siniestra sonrisa en sus labios.

"¿Qué quieres decir con su reloj? ¿Cómo sabes que es el reloj de Oren?"

"Bueno, porque está grabado con O. Vishniov en la parte de atrás. No creo que haya muchos—"

"Danvers, ¿todavía estás en la calle Washburn?"

"Sí, tenemos al yonqui en la parte trasera del coche."

"Bien, no te muevas. Estoy a solo unos quince minutos de allí. No quiero que nadie hable con él hasta que llegue, ¿entendido?"

"Entendido."

La mano de Jasper se alejó del radio.

"¿Qué dije?" comentó con una sonrisa.

Era Chase quien quería decir algo. No, no decir—gritar. Quería gritar que algo estaba pasando aquí, que esto no estaba bien, pero un sentimiento en su estómago le decía que intervenir ahora sería más perjudicial que beneficioso.

Chase se mordió la lengua para no hablar.

"Parece que esto se va a resolver bien, como dije que pasaría", continuó Jasper, sus palabras tan cargadas de condescendencia que Chase se sorprendió de que no estuviera babeando. "Llamaré a CSU para que peine la escena, pero parece que todo está en su lugar. Fue un placer verte, Chris."

Se adelantó y estrechó rápidamente la mano del agente Martínez, y luego pasó junto a Chase. Ella tuvo que apartarse para evitar ser golpeada.

Cuando se fue, Chase se volvió hacia Martínez.

"¿De qué diablos se trataba todo eso?"

Martínez suspiró.

"Ya te lo dije antes, en Alaska; este trabajo es tanto de gestión de personas como de resolución de crímenes. Estos tipos... la vieja

guardia, no les gusta que los agentes vengan e intenten dirigir el espectáculo."

Martínez se acercó a ella, y juntos empezaron hacia la puerta.

"Solo requiere un poco de tacto, eso es todo. Tienes que alejarlos suavemente de sus teorías hacia lo que tú piensas que es más preciso. Es un poco como un dedo chino: si tiras demasiado fuerte, solo empeora las cosas."

"Pero—", esto es una locura, quería decir Chase.

Martínez la interrumpió.

"Pero... así son las cosas, Chase. Aprenderás. Como dije, llevo mucho tiempo en esto."

Chase lo miró entonces, tratando de evaluar si él, al igual que el detective Jasper y el jefe Downs antes que él, la estaba subestimando.

Después de un momento de consideración, decidió que no lo estaba.

Quizás solo fue una mala elección de palabras.

"Pero... ¿un yonqui? ¿En serio?" Dijo Chase al final. "No puedes creer realmente que... un yonqui cortando manos y arrojando cuerpos al canal."

Martínez encogió los hombros, y luego subió el cierre de su chaqueta hasta arriba cuando salieron.

"Quizás... probablemente no. Pero no podemos descartar que uno de los competidores de Oren le haya hecho esto a él, quién sabe, quizás llegó tarde a mover dinero de vuelta en la cadena. El punto es, atrapamos al tipo en Anchorage, y sea cual sea la razón por la que Oren y Julie fueron descuartizados, no hay un asesino en serie suelto aquí. Tienes que dejarlo ir, Chase. No todo encaja como un rompecabezas perfecto."

La finalidad en el tono de Martínez dejó claro que la conversación estaba cerrada, y a pesar de tener más que decir, Chase tuvo esa sensación otra vez; la sensación de que era mejor mantener la boca cerrada.

"¿Y ahora qué?" se decidió a preguntar.

Martínez la miró y levantó una ceja.

"¿Ahora? Ahora regreso al hotel y descanso un poco. No dormí mucho anoche."

Capítulo 37

Chase se dejó caer en su cama y cerró los ojos. Luego se quitó los zapatos y se pellizcó el puente de la nariz.

La sensación de mareo había desaparecido en su mayoría, y aunque aún tenía el dulce sabor de la cerveza en la lengua, cualquier otro resto de la resaca se había retirado al fondo. A diferencia de Martínez, sin embargo, Chase no estaba cansada. Todo lo contrario, de hecho.

Estaba ansiosa. Ansiosa porque nada de lo que había pasado tenía sentido. No su tiempo en Alaska, no la explosión de Jasper en la tienda de shawarma de Oren, nada.

De hecho, nada tenía sentido desde la mañana en que había recibido la llamada de Martínez.

Por ejemplo, ¿a quién reportaban? ¿Quién era su superior? ¿Qué sucede con sus opiniones sobre los asesinatos de Oren y Julie?

Tanto Jasper como Martínez le habían dicho que lo dejara en paz, y el hecho de que el FBI no estaba aquí oficialmente significaba que ella... ¿qué? ¿No podía presentar un informe? ¿No podía escribir sus pensamientos u opiniones? ¿Qué coño significaba todo eso?

Antes de conocer al agente Stitts, había pensado que el FBI era una de las ramas más estructuradas y regimentadas del gobierno. Stitts había cambiado eso, con su enfoque personal hacia ella y los crímenes que estudiaba, su dependencia de cosas como el instinto que no formaban parte del vocabulario policial normal, y mucho menos de la práctica.

¿Qué te dice tu instinto, Chase? Millones de años de evolución han generado medidas de seguridad para asegurar que reconoces las señales, incluso si tu mente está ocupada. Tienes más neuronas en tu intestino que un perro en su cerebro, y todos sabemos cómo pueden oler el miedo. Así que confía en él, Chase. Hazte un favor y confía en tus instintos.

Las palabras en su cabeza llegaban con la voz de Stitts, y era tan sorprendente que Chase tuvo que abrir los ojos para asegurarse de que él no estaba realmente en la habitación con ella.

No estaba.

Chase metió la mano en su bolsillo y sacó su teléfono móvil. Por primera vez desde que había sido despertada por la llamada de Martínez, esperaba que Brad no la hubiera llamado.

Porque esta vez no sabría qué decirle, si podría mentir si le preguntaran.

Si podría decirle de nuevo que estaba bien, que no era como en Seattle, que no estaba tan absorta en su trabajo que podía mantener la cabeza en su sitio y por encima del agua.

Pero él no había llamado, así que Chase marcó el número de Stitts en su lugar.

"Has llegado al buzón de Jeremy Stitts. Si es una emergencia, por favor llama directamente al FBI. De lo contrario, déjame un mensaje y te devolveré la llamada".

Una voz robótica siguió, informándole de lo que ya sabía: que el buzón de Stitts estaba lleno.

Chase sacudió la cabeza y arrojó el teléfono en la cama junto a ella.

Usa tu instinto, la voz de Stitts resonaba en su cabeza. ¿Qué te está diciendo, Chase?

Su instinto le decía que tenía hambre, que casi era mediodía y aún no había comido hoy. Pero también le decía que los asesinatos en Alaska y aquí en Boston estaban conectados, independientemente de lo que Martínez y los demás dijeran.

Cómo, por qué, cuándo, qué... estas preguntas aún le eludían, pero era un comienzo, al menos.

"Joder", dijo Chase en voz alta. Sin el agente Stitts, y sin idea de a quién más contactar, no tenía más opción que confrontar a Martínez de nuevo, por incómodo que fuera.

Con un gruñido, Chase se levantó de la cama, deslizó su teléfono móvil en el bolsillo, y comenzó hacia la puerta. Recordando lo que había pasado la noche anterior, sin embargo, Chase hizo un desvío antes de dirigirse a la puerta.

Para evitar dar la impresión equivocada o, Dios no lo quiera, una repetición, Chase se puso de nuevo su parka roja y la cerró bien.

Con una respiración profunda, abrió la puerta y salió al pasillo. Contó seis pasos desde su puerta hasta la de Martínez. Sus nudillos golpearon fuerte la madera.

Inmediatamente, Chase escuchó movimiento desde dentro de la habitación. Esperando a medias que un somnoliento Martínez respondiera dado lo que había dicho acerca de su fatiga, preparó una disculpa mental.

Sin embargo, se sorprendió al ver que, cuando la puerta se abrió,

Martínez estaba completamente vestido y lucía alerta.

"¿Chase? ¿Qué puedo hacer por ti?" preguntó con cautela.

Claramente, el hombre también lamentaba lo que había pasado la noche anterior.

"Solo quiero hablar", dijo Chase en voz baja. Martínez asintió, sonrió, y abrió la puerta de par en par.

Chase estaba a punto de entrar cuando el teléfono en su bolsillo vibró.

¿Es Stitts que finalmente me responde, o es Brad?

Resistió la tentación de mirar y en su lugar devolvió la sonrisa forzada de Martínez, temiendo que la suya fuera tan falsa como se sentía.

"Solo quiero hablar", reiteró mientras entraba.

Capítulo 38

“Estoy simplemente... Estoy confundida. Quiero decir, no sé qué hacer. Ya no pienso que un drogadicto desesperado cortó las manos de Oren y su esposa, de la misma manera que no creo que el encantador camarero haya quitado los pies de Yolanda y Francine. Algo no suma. Estoy casi segura de que quien haya hecho estas cosas horribles, fue la misma persona, el mismo asesino. No sé cómo ni por qué, ni cuál es la conexión entre los dos además de las drogas, pero estoy segura de ello. Y, mira, sé que no quieres escucharlo, pero Martínez…” Chase miró sus manos. “¿Sabes cómo dijiste que llevas mucho tiempo en esto? Aunque yo pueda ser nueva en la Agencia, no soy nueva en esto... en el asesinato, en el dolor. Y sé que dijiste que las cosas no necesariamente van a estar bien atadas con un lazo bonito, que las cosas no siempre se conectan o incluso tienen sentido. Pero en este caso... en estos casos, están relacionados, lo sé.”

Martínez la miró durante tanto tiempo que ella comenzó a moverse incómodamente en la esquina de la cama.

¿Fue un error acudir a él?

Pero el daño, si es que había alguno, ya estaba hecho. Había dicho su parte.

De hecho, su daño había ocurrido hace mucho tiempo.

"¿No quieren un aventón, chicas? Quiero decir, hace mucho calor afuera. Mucho calor. Y tengo aire acondicionado. Apuesto a que incluso pueden sentirlo desde la acera. ¿Qué dicen?”

“Stitts realmente te afectó, ¿no es cierto? Mierda, intentó lo mismo conmigo. A veces funciona, a veces no, supongo,” dijo Martínez suavemente.

El ceño de Chase se frunció.

“¿Qué qui—”

Martínez sonrió y luego aplaudió. El sonido fue tan fuerte e inesperado que Chase se sobresaltó un poco.

"Necesito una bebida", exclamó.

El ceño de Chase se frunció, y le tomó un momento recuperar su compostura. No había tenido la intención de ofrecer una manifestación tan exterior de emoción y solía ser buena en mantener este tipo de cosas cerca de su pecho gracias al póker, pero la respuesta de Martínez la tomó completamente desprevenida.

Incluso considerando la noche pasada, no le parecía un hombre que bebiera en medio del día.

"Normalmente, no hago esto", dijo Martínez, como si leyera su mente. Con eso, se puso de pie y se alejó de ella, dirigiéndose hacia el baño donde se encontraba el minibar. Desapareció de la vista y continuó. “Pero este ha sido un día jodido, ¿no crees? Y parece que tenemos mucho de qué hablar.”

Chase lo vio irse y luego sacó su teléfono móvil de su bolsillo.

"¿Quieres algo?"

"No, gracias, estoy bien", respondió mientras miraba la pantalla. No era una llamada que Chase hubiera perdido, sino un mensaje.

Y no era de Brad o el agente Stitts.

Era de Floyd, de todas las personas, y era una sola palabra: SOLO.

"¿Qué demonios?", gruñó.

"¿Qué pasa?" Martínez gritó desde detrás de la pared.

"Nada, solo hablo sola."

¿Por qué Floyd me envió esto? ¿Es—

Chase se dio cuenta de que, aunque el mensaje era solo esa palabra —SOLO—había un video adjunto a él. Levantó la vista e inclinó la cabeza a un lado para determinar si podía ver a Martínez desde su punto de vista.

No podía; estaba fuera de vista.

"¿Segura de que no quieres nada? Ayudará con la resaca. ¿Qué tal un Bloody Mary?”

"No, estoy bien, gracias", repitió Chase. Apagó el volumen de su teléfono y luego hizo clic en el video.

Era granulado, pero la fecha y la hora en la esquina inferior dejaban claro que era una grabación de alguna cámara de seguridad. Confundida, Chase acercó la pantalla a su cara.

“He visto prácticamente de todo, y he tenido muchos compañeros a lo largo de los años, algunos buenos, otros malos, algunos prácticamente terribles. Pero puedo decirte una cosa: la única vez que realmente he tenido un problema con un compañero es cuando no fueron honestos. Honestidad y apoyo, esa es la clave para una buena relación de trabajo.”

Chase escuchó a Martínez con medio oído mientras veía avanzar el video.

Parecía haber sido tomado desde un bar de algún tipo, pero la grabación en blanco y negro no daba otras pistas de dónde era.

¿Por qué Floyd me envió esto?

Dos mujeres entraron repentinamente en la escena, una vestida con un mono blanco que llegaba bien por encima de su rodilla, la otra con una blusa oscura y escotada que combinaba con su tono de piel.

Chase inhaló bruscamente.

Eran Yolanda Strand y Francine Butler, y estaban riendo, con los brazos entrelazados, una bebida en la mano libre.

Y estaban vivas.

Era una grabación de seguridad desde dentro de The Barking Frog.

“Lo que pasó anoche... fue un error, lo sé, y creo que tú también lo sabes. Pero eso está bien, somos ambos adultos, podemos superarlo. Eso no es lo que me preocupa.”

Chase observó cómo una figura encapuchada se acercaba a las dos chicas. Solo podía ver su espalda en el video, pero podía decir por su postura que era un hombre. Debía haber dicho algo, porque Yolanda de repente echó la cabeza hacia atrás y rió. Pero cuando el hombre les mostró algo, algo que parecía una pequeña cartera negra, Yolanda se volvió seria nuevamente.

Chase vio cómo Francine comenzó a fruncir el ceño, luego rápidamente dejó su bebida en el bar. Yolanda hizo lo mismo, y luego la figura encapuchada abandonó la toma, y las dos chicas siguieron.

Chase sintió que su corazón se saltaba un latido, sabiendo que estas eran las últimas imágenes de las dos chicas tomadas mientras aún estaban vivas.

El video se detuvo, y Chase inmediatamente lo volvió a empezar desde el principio, observando más de cerca esta vez.

¿Quién eres? preguntó silenciosamente a la figura encapuchada.

"Lo que realmente me preocupa es la falta de honestidad", dijo Martínez desde detrás del tabique. "¿Has sido completamente honesta conmigo, Chase? Quiero decir, ¿desde el principio?"

"S-sí, claro. La honestidad es muy importante", respondió Chase distraídamente, su atención aún centrada en la pantalla.

Yolanda estaba sonriendo, riendo, al igual que Francine. Hasta que el hombre les mostró algo.

Chase pausó el video. Había algo aquí, algo que no estaba viendo.

No era la cosa que el hombre le mostraba a las chicas, el video era demasiado pequeño y granulado para distinguirlo, pero había algo...

“Oye, Martínez?” preguntó con voz suave.

"¿Sí?"

"¿Alguna vez recibiste noticias del Jefe Downs sobre la vigilancia de video en The Barking Frog?"

Hubo una pausa, que se rompió con el sonido del hielo cayendo en un vaso.

"Fue borrado," Martínez le informó. "El bastardo que posee el lugar, el gordo con bigote y alopecia? Lo borró antes de que Downs pudiera obtener una orden de registro. Intentando proteger a Brent Pine, supongo."

Otra pausa.

"¿Por qué preguntas?"

Chase acercó la imagen del video.

"Sin motivo. Solo me preguntaba si hay alguna manera de que podamos vincular los dos crímenes, eso es todo."

El suspiro desde detrás de la pared fue tan fuerte que sonó casi doloroso.

"Déjalo, Chase. En serio. Yo también fui novato alguna vez, sé cómo es. Quieres tener una razón para todo, un motivo. Piensas, o quieres, que todo esté vinculado, que esté conectado. Pero no puedes aplicar lógica racional a actos completamente irracionales cometidos por personas inestables. ¿Conoces esos cuadrados mágicos? Me encantaban de niño... como un kit de inicio de Sudoku, ¿sabes? Bueno, es como tratar de resolver los cuadrados usando letras en lugar de números. Simplemente no funciona. Déjalo."

Chase apenas escuchaba ahora.

Parpadeó tres veces y acercó la pantalla a su cara.

Las mangas de la sudadera oscura del hombre estaban enrolladas, y había algo en uno de sus antebrazos, el que sostenía la placa o la cartera o lo que fuera.

Chase sacudió la cabeza, se frotó los ojos y volvió a concentrar su atención.

Y entonces su sangre se heló.

La imagen estaba distorsionada en esta magnificación, pero era lo suficientemente clara para distinguir el contorno de un tatuaje.

Un tatuaje que representaba a una serpiente devorando un ojo.

Capítulo 39

La adrenalina inundó el sistema de Chase. Lo primero que hizo fue revisar su funda, confirmando que la pistola que Martínez le había dado seguía allí. Lo segundo que hizo fue responder al mensaje de Floyd, escribiendo tan rápido que cometió varios errores tipográficos: Floid, necesito la dir de Agente FB Jerey Stitts ASAP.

Se aclaró la garganta, y cuando Chase habló a continuación, recurrió a todas sus habilidades de póker, recordando cada vez que había faroleado, cada ocasión en que había preguntado a su oponente qué cartas tenía para escuchar cualquier cambio en el timbre de su voz.

“Probablemente tienes razón, Martínez, probablemente tienes razón. ¿Sabes qué?”

"¿Qué es eso?"

“Creo que tomaré esa bebida después de todo.”

Martínez se asomó desde detrás de la pared, una sonrisa burlona en su rostro. Chase devolvió la expresión.

"¿En serio?"

“Claro, qué diablos.”

“¿Qué te apetece entonces?”

Chase pensó en esto por un momento. Necesitaba algo que llevara algún tiempo hacer, dándole un poco más de tiempo para averiguar qué demonios significaba todo esto.

¿Martínez estuvo allí? ¿Con las chicas? ¿La noche en que fueron asesinadas?

"Bueno, ofreciste un Bloody Mary, así que supongo que me quedo con eso. Extra picante."

Martínez rió y volvió a moverse detrás de la pared.

"Por supuesto."

Chase se levantó silenciosamente y escaneó la habitación. No estaba segura de lo que buscaba, pero sabía que encontraría algo que la ayudaría a darle sentido a todo esto. Se dirigió a la chaqueta de Martínez, que colgaba en la parte trasera de su silla. Metió la mano en el primer bolsillo pero no encontró nada. Luego revisó el segundo. Dentro, encontró la bolsa de pruebas que Martínez había sacado del restaurante de Oren.

¿Por qué tiene esto? ¿Por qué lo tomó? ¿Se olvidó de devolvérselo al detective Jasper?

Chase intentó no arrugar la bolsa mientras miraba el plástico en su interior. En él había una especie de diseño hecho con un marcador, pero dividido por la mitad como estaba, no había forma de—

Chase dobló la bolsa y la imagen de repente cobró sentido.

Era el mismo símbolo, la misma serpiente comiendo el ojo en el antebrazo del hombre en el video… en el antebrazo de Martínez.

No puede ser…

Con el corazón acelerado, Chase devolvió la bolsa de pruebas al bolsillo de la chaqueta de Martínez y volvió a la cama. Mientras lo hacía, sus ojos cayeron sobre la mesa en la esquina de la habitación.

Estaba vacía, pero no siempre había sido así.

La noche anterior, había un boleto de avión en ella. Un boleto y un recibo. Chase no había pensado mucho en ello en ese momento, pero ahora…

El boleto había sido para el vuelo de Martínez de Alaska a Logan International en Boston, pero eso en sí mismo no era lo que finalmente lo selló para Chase.

Era la hora.

No del vuelo, sino en el recibo. Aunque el detective Jasper había determinado que los asesinatos de Oren y Julie ocurrieron un día antes de que ellos llegaran, Chase no había estado tan segura. Pero sin las manos, no había podido generar una estimación precisa.

Pero lo que sí sabía es que el agente Martínez había recibido la llamada en Anchorage alrededor de las cuatro de la tarde. Sin embargo, su recibo indicaba que su boleto a Boston había sido comprado a la una, antes de que la llamada llegara.

Martínez ya había estado en Anchorage cuando Francine y Yolanda habían sido asesinadas, y ahora parecía que había, al menos, planeado venir a Boston antes de que Oren y Julie fueran secuestrados.

Estos hechos, junto con el tatuaje, eran simplemente demasiado grandes como para que Chase los pasara por alto.

De repente, su mente volvió a Anchorage cuando se acercó a la furgoneta blanca que había albergado a Francine y Yolanda hasta que les cortaron los pies.

Martínez había recibido una llamada telefónica justo cuando abrieron la puerta de la furgoneta. Le había parecido extraño en ese

momento, y cuanto más pensaba en ello ahora, más falso parecía.

Como si no hubiera nadie al otro lado de la línea.

Y qué rápido había sido para aceptar que Brent, el cantinero, había sido su asesino…

"¿Extra picante, dijiste?" preguntó Martínez desde detrás de la pared.

“Sí”, respondió Chase suavemente.

¿Por qué? ¿Por qué demonios hizo esto? ¿Por qué mató a esas chicas? ¿A Oren y Julie? ¿Por qué un agente del FBI—

“¡Aquí está!” exclamó Martínez, apareciendo desde detrás de la esquina.

Chase levantó la vista hacia el hombre y se quedó instantáneamente paralizada.

Él estaba sonriendo y extendía una mano en su dirección. Solo que no estaba sosteniendo ninguna bebida.

En cambio, Martínez estaba agarrando la empuñadura de una pistola.

Chase instintivamente buscó la pistola en su cintura, pero la cara de Martínez se endureció.

“No lo pienses.”

Chase tragó y levantó las manos.

¡Mierda!

“Sabes, Stitts dijo que eras buena, pero tú… no eres solo buena,” miró al cielo. “A Jeremy le habría llevado un mes averiguarlo, si acaso, pero no a ti. Te llevó... ¿qué? ¿Dos semanas? ¿Menos?”

Chase no dijo nada. Solo se quedó mirando, su mente trabajando a mil por hora tratando de averiguar cómo iba a salir de aquí con vida.

Cómo no terminar como Francine o Yolanda.

O Oren o Julie.

"Cálmate, Martínez, yo—”

Martínez siguió hablando como si ella ni siquiera hubiera abierto la boca.

"Estuviste a punto de atraparme. Pero cometiste un error fatal. Anoche... ¿recuerdas anoche, verdad? Oh, apuesto a que sí. Anoche en el bar, dijiste que eres una chica de cerveza, cerveza y quizás whisky. No una de las de cócteles, como Bloody Mary, y especialmente—"

El teléfono en el bolsillo de Chase de repente vibró y los ojos de Martínez bajaron por una fracción de segundo.

Chase salió corriendo.

Corrió hacia la puerta, abriéndola de golpe. Se movió rápidamente, pero nadie era lo suficientemente rápido como para escapar de una bala.

Chase casi llega al pasillo antes de que sonara el primer disparo.

Gritó cuando la bala atravesó el anorak rojo y la golpeó justo por encima de la cadera derecha.

Sus piernas amenazaron con ceder, pero Chase sabía que si caía, nunca se levantaría de nuevo.

Apretando los dientes, Chase se obligó a seguir adelante, a mantenerse de pie. Y luego, de alguna manera, logró seguir corriendo mientras los disparos la seguían.

Capítulo 40

Jadeando, Chase golpeó con las palmas la puerta del hueco de la escalera. Una sirena sonó cuando se abrió de golpe, pero no sabía si era una alarma de seguridad en la puerta o una alarma de incendio.

Pero a Chase realmente no le importaba.

Martínez todavía la perseguía, y la iba a matar.

Con un brazo envuelto protectoramente alrededor de su estómago, su mano pegándose a las plumas que se derramaban del agujero en la chaqueta, bajó las escaleras de dos en dos, sus tacones apenas tocaban un peldaño antes de deslizarse al siguiente.

Podía escuchar gritos amortiguados detrás de cada una de las puertas que pasaba pero continuó sin detenerse. Cuando finalmente llegó al fondo, Chase apartó el brazo de su estómago para golpear con ambas palmas la puerta marcada como SALIDA.

Todo lo que obtuvo por sus esfuerzos fueron muñecas doloridas.

"¡Mierda!" juró.

Los pasos resonaron desde arriba.

"¡Chase! ¡Vuelve aquí, Chase! ¿No quieres saber mi motivo? ¿Eh? ¿No quieres saber por qué?"

Los ojos de Chase se movieron rápidamente y vio una alarma de incendios al lado de la puerta. Con los dedos manchados de sangre, extendió la mano y la accionó.

Una campana sonó, el ruido era tan fuerte que le hizo dar vueltas la cabeza.

"¡Chase! ¡Chase!"

La voz de Martínez la trajo de vuelta del borde.

Con ambas manos, empujó la puerta de nuevo y, esta vez, se abrió de golpe. El frío aire que le golpeó la cara la volvió a sacudir hacia la lucidez. A Chase le tomó una fracción de segundo darse cuenta de que estaba en el estacionamiento trasero del W, antes de empezar a correr a través de él, buscando algo, cualquier cosa que le resultara familiar.

Un coche de policía, quizás, o un—

Y entonces lo vio: un sedán de color verde azulado.

Paul estaba dentro, un cigarrillo colgando de sus labios, su cara enterrada en su teléfono.

Ni siquiera levantó la vista cuando se acercó.

Con la mano que no estaba agarrando su estómago ardiente, Chase alcanzó detrás de ella y sacó su pistola.

"¡Sal!" gritó. Los ojos de Paul se alzaron de golpe, y el cigarrillo cayó de su boca. "¡Sal del maldito coche!"

Pero Paul no salió del coche; de hecho, no hizo nada en absoluto, aparte de mover sus ojos de la pistola, a su cara, a su parka desgarrada. Dio un chillido de repente, y luego golpeó el cigarrillo que le quemaba la entrepierna.

Chase no dudó; agarró la manija de la puerta y la abrió de golpe.

"¡Sal!"

Chase lo agarró por el cuello mientras gritaba, y Paul, tan confundido y preocupado por el cigarrillo aún ardiendo, hizo exactamente lo que le pidió.

Chase le dio un débil empujón, luego saltó al coche, cerrando la puerta detrás de ella.

Gimió cuando el dolor se disparó por su costado pero logró meter el coche, que ya estaba en marcha, en la dirección correcta sin perder más tiempo.

Chase salió del estacionamiento sin siquiera echar un vistazo al espejo retrovisor.

***

Chase sacó el teléfono de su bolsillo, con la intención de abrir el mensaje que había recibido en la habitación del hotel, el que había distraído a Martínez lo suficiente para que ella pudiera escapar, pero todo lo que terminó haciendo fue manchar de sangre la pantalla.

"¡Vamos!" exclamó, limpiando el teléfono en su chaqueta.

Logró abrirlo en el segundo intento.

Como esperaba, era de Floyd, y como antes, era un mensaje simple.

No una sola palabra esta vez, sino una dirección.

La dirección de Stitts.

De alguna manera, logró copiar la dirección y soltarla en el programa de mapas con una mano.

Luego marcó el 9-1-1.

"9-1-1, ¿cuál es su emergencia?"

"Sí, soy la Agente Especial del FBI Chase Adams, necesito hablar con el Detective Tim Jasper."

Chase giró bruscamente a la izquierda y luego, por primera vez desde que huyó del estacionamiento, echó un vistazo al espejo retrovisor. El programa de mapas le indicó que continuara recto durante siete millas, lo cual no era ideal.

Si Martínez la seguía, y ella esperaba que así fuera, entonces sería fácil seguirle el rastro.

"Agente Adams, ¿cuál es su número de placa?" preguntó la operadora del 9-1-1.

Chase frunció el ceño.

¿Número de placa?

Su mente voló a su placa que había dejado en su habitación de hotel antes de ir a visitar a Martínez.

"No—No lo sé", dijo rápidamente. "Por favor, necesito hablar con —"

"Un momento por favor."

El teléfono hizo clic y por un segundo, Chase pensó que la operadora le había colgado. De repente, un dolor agudo e insoportable la atravesó todo el lado derecho y gritó de agonía.

Su cuerpo se contrajo instintivamente en esa dirección, tirando del volante hacia la izquierda. El coche se desvió hacia el tráfico que venía en sentido contrario, y alguien tocó la bocina.

Chase enderezó el vehículo justo cuando una voz masculina se hizo escuchar por el teléfono.

"¿Agente Adams?"

Reconoció la voz de inmediato.

"¡Jasper! Jesús, necesitas ayudarme. Martínez... Martínez mató a Oren y a Julie y mató a esas chicas en Alaska. También me disparó... me malditamente disparó—"

"Cálmate, Chase."

"Me disparó en la habitación del hotel, creo que la bala atravesó, pero—"

"Cálmate."

"Creo que viene tras mí. Martínez está enfermo, demente—"

"¡Cálmate!"

Finalmente, Chase tomó una respiración profunda.

"Tienes que ayudarme."

"Es mi intención—pero necesitas calmarte. ¿Dónde estás ahora mismo?"

Chase miró fuera al sol brillante, los coches que pasaban.

"Estoy conduciendo... No sé exactamente dónde, sigo por la 93. Me dirijo hacia—"

Chase dudó.

"¿Sí? ¿Hacia dónde te diriges?"

En lugar de responder de inmediato, se mordió el labio inferior.

De nuevo, Chase tuvo la sensación de que algo simplemente no estaba bien.

En Alaska, Martínez era amigo del Jefe Downs; lo conocía bien. En Boston, era amigo de Jasper.

Y Paul, el conductor.

¿Qué había dicho Martínez en la habitación del hotel?

Algo acerca de los agentes novatos siempre necesitando un motivo…

En este caso, sin embargo, Chase estaba segura de que había un motivo, aunque no tenía idea de qué demonios era.

Pero, ¿por qué? ¿Por qué está haciendo esto?

"¿Chase? ¿Sigues ahí? ¿Por qué no me dices hacia dónde te diriges y te recojo? Mejor aún, ven a la estación. No está lejos. Puedo llevarte al hospital, que miren la herida de bala en tu estómago."

"Voy—"

De nuevo, Chase se detuvo.

...la herida de bala en tu estómago...

No le había dicho al Detective Jasper que la bala le había dado en el estómago.

"¡Mierda!" juró.

Martínez ya había llegado al hombre—tenía sus huellas en todo.

"¿Chase? ¿Está todo bien? Solo dime dónde estás—"

Chase echó un rápido vistazo al teléfono celular y memorizó las

direcciones a la casa de Stitts. Luego bajó la ventanilla y tiró su teléfono celular en la carretera.

Iban a rastrearlo, probablemente ya lo habían hecho.

Chase no podía confiar en Jasper o sus hombres.

No podía confiar en nadie más que en Stitts... pero quizás esto era solo un pensamiento ilusorio.

Por favor dime que Martínez no ha llegado también a Stitts.

Capítulo 41

Chase no tenía idea de cómo Martínez la encontró, pero cuando giró en la Calle Arlington, vio un elegante coche negro acercándose a ella.

Su coche.

El mejor plan de acción habría sido cambiar su ruta, tal vez incluso dirigirse a algún lugar distinto a la casa de Stitts.

Sin embargo, no podía hacer eso.

Chase ya había perdido tanta sangre que incluso le costaba recordar las direcciones. Toda su camisa estaba empapada de la pegajosa sustancia, al igual que el interior del abrigo rojo.

Y para empeorar las cosas, había comenzado a sentirse mareada en los últimos cinco minutos más o menos.

Solo cinco minutos más, cinco minutos más y estaré en la casa de Stitts, y él me ayudará.

Pero ambas cosas eran una mentira, y en el fondo, ella lo sabía.

Sin su teléfono, no tenía idea de cuánto tiempo más le llevaría llegar al lugar de Stitts, o incluso si había recordado las direcciones correctamente.

¿Y cuando llegara allí? ¿Quién dice que él realmente estaría en casa?

Después de todo, ¿cuántas veces había intentado llamarlo? ¿Una docena de veces en las últimas semanas? ¿Dos docenas?

Y él nunca respondió. Ni una sola vez. Tampoco devolvió sus llamadas.

También existía la posibilidad distinta de que Martínez ya hubiera llegado a él, como lo hizo con Downs, Jasper y…

Chase perdió el conocimiento durante menos de un minuto antes de que sus ojos se abrieran de nuevo.

El árbol estaba tan cerca que no tuvo la oportunidad de evitarlo. Lo único que pudo hacer fue pisar los frenos, con la esperanza de que cuando lo chocara, no la matara al instante.

Su cuello se ladeó hacia delante cuando el sedán se estrelló de frente contra el árbol. El airbag no se disparó correctamente, probablemente debido a la antigüedad del vehículo, y solo ralentizó su

frente antes de golpear el volante. La oscuridad amenazaba con vencerla de nuevo, pero luchó con todas las fuerzas que le quedaban.

Volver a perder el conocimiento significaría una muerte segura.

Martínez la seguía y él... ¿qué? ¿Cortaría su cabeza? ¿Sus brazos? ¿Piernas?

Se negó a darle esa satisfacción.

Chase desabrochó su cinturón de seguridad, se inclinó sobre el asiento del pasajero e intentó empujar la puerta para abrirla.

Estaba atascada.

Jadeante, tratando de ignorar el dolor en su costado y ahora en su cabeza, Chase de alguna manera logró darse la vuelta para golpear con ambos pies la puerta.

Con un gemido metálico, la puerta se abrió justo cuando dos faros llenaron el coche.

Gruñendo fuertemente, luchando contra los mareos y el dolor que la embargaba, Chase de alguna manera logró arrastrarse por el asiento.

Y entonces cayó.

El árbol contra el que el coche se había chocado bordeaba un terraplén, y cuando su cuerpo se desplomó del vehículo, inmediatamente empezó a deslizarse.

Chase hizo todo lo posible por no gritar, pero ya había perdido todo control.

Parte III

Intentando Disparar

DÍA PRESENTE

Capítulo 42

"Oh, eso es cierto. Sé todo sobre el pequeño Félix y Brad. Verás, Chase, llevo mucho tiempo en esto, y uno no se mantiene en este juego sin conocer todo, todos los datos... incluso sobre las víctimas."

Chase cerró los ojos de nuevo, solo que esta vez no fue por el dolor, sino por el peso de las palabras de Martínez. Apretó los dientes con tanta fuerza que un fino polvo se desprendió sobre su lengua.

Un juego... eso es todo para él, un jodido juego.

"Última oportunidad, Chase. Sal ahora, con las manos en alto, o Félix y Brad morirán antes que tú. Última... oportunidad..."

Chase gruñó y cambió su peso hacia el lado opuesto a la herida de bala.

Cerró los ojos, y las imágenes de Brad de pie en el rellano, su cara medio cubierta de espuma de afeitar, le vinieron a la mente. Luego imaginó a Félix y las innumerables veces que había llegado a casa del trabajo y había entrado silenciosamente en su habitación para besar su rubia cabeza.

Las lágrimas se deslizaron de sus ojos.

Chase podía oír a Martínez en algún lugar de la carretera de arriba y sabía que estaba a punto de bajar hacia ella. Y luego tendría que tomar una decisión.

¿Y si no lo hacía? Incluso si se quedaba allí toda la noche, tendría que hacer algo pronto; Chase no sabía cuánto tiempo podría resistir antes de que el dolor en su costado, combinado con la pérdida de sangre, la derribara definitivamente.

"Ya sabes, Chase, simplemente iba a matarte la noche que entraste en mi habitación," continuó Martínez. Dejó escapar un suave gruñido, y ella supo que estaba empezando a moverse hacia ella. Chase se aplanó lo más posible debajo del terraplén. "Te despertaste, ¿recuerdas? Te giraste hacia mí. No sé si te diste cuenta, pero estaba limpiando mi arma entonces, y iba a matarte. Mierda, si hubiera sabido que ibas a resistir tanto... bueno, lo habría hecho entonces."

La palabra arma resonó en Chase y ella alcanzó a buscar detrás de ella.

Todavía estaba allí.

No tenía idea de cómo era posible, pero la pistola que Martínez le

había dado seguía atascada en la funda. Se sorprendió de que no se hubiera caído durante su carrera desde el hotel, la pelea con Paul, y luego el accidente.

Pero no lo había hecho.

Con un gruñido propio, la agarró y la sacó.

Ahora estamos iguales.

"Para ser honesto, no estoy seguro de que valgas la pena, Sra. Adams. Quiero decir, las otras chicas, esas mierdas de Yolanda y Francine, rogaron y rogaron, pero no se resistieron. Oren, él era diferente. Je, intentó entregar a su novia, Julie, intentó convencerme de que simplemente la tomara. Un verdadero ganador ese tipo. Pero tú..."

Chase escuchó a Martínez moverse ahora, y su respiración se aceleró cuando él se detuvo justo encima de ella.

"Tú... meh, supongo que es apropiado. Solo tú y mi ex socio Stitts para terminar. Y entonces--"

Chase cerró los ojos con fuerza durante un momento y tomó una respiración profunda. Luego, con un último gruñido, se alejó del costado del terraplén, deslizándose hacia atrás, con la pistola levantada frente a ella.

La boca de Martínez se convirtió en una gran O de sorpresa, y ella se dio cuenta de que no solo estaba cerca del terraplén, sino que de hecho estaba parado directamente encima de él.

Esto también la sorprendió, pero no tanto como a Martínez.

Chase no dudó.

Apretó el gatillo tres veces, una tras otra.

No era la mejor tiradora, pero era buena. Lo suficientemente buena como para darle a un hombre con las tres balas a esta distancia.

Pero aunque Martínez se inclinó hacia atrás, ella nunca lo vio reaccionar al impacto.

Había algo mal.

Los disparos... se sentían vacíos. La pistola no era muy diferente de la que había entrenado en Seattle: una Glock 22. Aunque, habían pasado un tiempo desde que había disparado una pistola, y sin embargo esto era... diferente.

No tuvo tiempo para contemplar esto más a fondo, sin embargo, porque después de que el zumbido se desvaneció de sus oídos, escuchó

algo más.

Risas.

El Agente Especial Martínez se estaba riendo.

Y él todavía venía por ella.

Capítulo 43

Chase corrió. Corrió a través del bosque y pisoteó la nieve, hasta que su aliento llegaba en jadeos entrecortados y sus pulmones ardían.

Aunque los motivos de Martínez seguían siendo un misterio, no dejaba de ser determinado. Sabía que él no se detendría.

No dejaría de perseguirla hasta que uno de los dos estuviera muerto. ¿Qué había dicho él?

El agente novato siempre quiere un motivo, una razón...

No sabía si esto había sido solo una estrategia para desconcertarla, pero había sido una mentira. Al menos en este caso.

Había un motivo aquí... todo había sido meticulosamente planeado. Todo, desde Yolanda y Francine hasta Oren y Julie hasta... ella.

Martínez había esperado a que sus amigos estuvieran en el poder, al mando —primero Downs y luego Jasper— para poder moverse libremente, para poder asegurarse de que parecería que el camarero lo había hecho, que un drogadicto se había vuelto loco y había lanzado los cuerpos al río.

Sin aliento, Chase apoyó su mano en un gran roble y se movió al otro lado. Luego se bajó al suelo nevado.

Viniendo o no, Chase tenía que inspeccionar su herida. Escuchó atentamente, y cuando no oyó nada más que el sonido de las ramas crujiendo, desabrochó su chaqueta con un gesto de dolor.

"Mierda", juró.

El lado derecho de su blusa estaba oscuro por la sangre, y había media docena de plumas pegadas a ella.

Las quitó cuidadosamente, luego inspeccionó su herida a través de los finos rayos de luz que se filtraban entre los árboles. Chase no tenía idea de qué hora era, cuánto tiempo había pasado desde que había dejado el hotel, pero parecía que el sol ya había avanzado bastante en su viaje diario hacia el horizonte.

La buena noticia era que la bala parecía haber pasado directamente a través de ella. La mala era que empezaba a oler, lo que significaba que había perforado sus intestinos. Podría haber sido peor; si la bala hubiera alcanzado un pulmón, probablemente no estaría caminando ahora, y mucho menos corriendo por el bosque.

Chase puso sus dedos al lado de la herida y presionó suavemente.

Gruñó, y sus músculos abdominales se contrajeron. La sangre fresca se filtró desde el agujero de la bala.

Necesitaba detener el sangrado.

Chase agarró un puñado de nieve y tomó otro aliento profundo. La empacó firmemente contra la herida de salida y luego, antes de que perdiera el valor, hizo lo mismo con donde la bala había entrado.

La sensación instantáneamente envió una ráfaga de hielo arriba y abajo de su cuerpo, una que hizo que su respiración, que desde entonces se había estabilizado, volviera a ser entrecortada.

Apoyó su cabeza contra el árbol y cerró los ojos.

Un momento antes de que perdiera el conocimiento, algo que Floyd le había dicho lo que parecía hace años le volvió a la mente.

Martínez tenía una hermana... pero murió... fue asesinada.

Y eso, Chase lo sabía, era la clave.

El motivo que había estado buscando todo este tiempo.

Capítulo 44

"Vamos, no sean tímidas. No podría vivir conmigo mismo si ustedes sufren una insolación o algo así. Así que, suban. Como dije, tengo aire acondicionado aquí."

Chase puso sus brazos alrededor de los hombros de su hermana y la atrajo contra su pecho.

"Gracias, pero estamos bien caminando. De todos modos, me gusta el calor".

El hombre se inclinó más fuera de la ventana y bajó las enormes gafas de sol por su nariz.

Luego sonrió, y por un momento, Chase consideró subir a la furgoneta. Había oído hablar de hombres espeluznantes, historias que su padre y su madre le habían contado, cosas que se habían repetido en la escuela, y cómo evitarlos. Pero este hombre... ¿un hombre con una sonrisa así? ¿Con dientes perfectos y ojos amables? Incluso tenía las pequeñas arrugas en las esquinas como papá. ¿Podría ser uno de ellos?

Pero luego el hombre dijo algo, algo que hizo que los pequeños vellos en la nuca de Chase se erizaran.

"Las llevaré directamente a casa, sin paradas. Lo prometo."

Georgina se alejó de ella. No mucho, pero justo lo suficiente para hacer que Chase apretara su agarre en los hombros de la niña.

"Georgina", susurró.

Chase no estaba segura si era el calor que la afectaba, o si el acto fue inspirado por sus palabras, pero su hermana de repente se alejó de ella. El acto la tomó por sorpresa y Georgina de alguna manera logró liberarse del agarre de Chase.

"¡Georgina! ¡No!" Gritó Chase.

En ese momento, la puerta de la furgoneta se abrió y el hombre salió. Llevaba un par de overoles azules, notó Chase, y era mucho más grande de lo que ella había sospechado inicialmente.

De hecho, podría haber sido el hombre más grande que ella había visto, que es exactamente lo que le diría a la policía más tarde.

"¿Ves? Aquí dentro hace fresco", dijo el hombre, envolviendo un fornido antebrazo alrededor de los hombros de Georgina.

Los ojos de la niña se abrieron de repente.

"¿Chase? ¿Qué—"

El hombre sacó un cuchillo grande de uno de los muchos bolsillos de su overol y presionó la punta contra la garganta de Georgina. El movimiento fue tan suave, tan rápido, que apenas fue registrado por Chase.

Y todo el tiempo, la sonrisa en su cara nunca desapareció.

"No grites. No corras y no grites."

Georgina se retorció, pero a diferencia del agarre de Chase, el de este hombre era firme y fuerte.

Las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas, convirtiendo sus pecas en algo que parecía rayas de barro.

Chase sintió su corazón latir en su pecho.

"No corras. No grites", advirtió de nuevo.

Chase no habría sabido qué hacer si el hombre del overol no se lo hubiera dicho. Quería estar en control y le estaba dejando saber exactamente qué necesitaba que ella hiciera para mantenerse en el poder.

Así que Chase hizo exactamente lo contrario.

Gritó tan fuerte y durante tanto tiempo como nunca antes había gritado, incluso más que cuando su papá le había dado la noticia de que su perro Papi había sido atropellado por un coche y necesitaba ser sacrificado.

Y Chase corrió.

Corrió tan rápido y tan fuerte como sus pequeñas piernas pudieron.

Capítulo 45

Chase despertó sobresaltada. Al principio, no sabía dónde estaba, pero cuando su aliento salió de su boca en un soplo helado, todo volvió a su memoria.

Miró hacia abajo y se dio cuenta de que la nieve que había acumulado sobre la herida de bala había tomado un tono rosado pálido, pero no estaba empapada de rojo. La hemorragia había disminuido.

¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

Habiendo arrojado su teléfono celular por la ventana del auto, no podía saberlo con precisión, pero una cosa era segura: ahora caía la noche.

Un crujido de nieve en algún lugar a la distancia le puso las orejas de punta.

¡Joder! ¡Aún viene tras mí!

No importaba la hora, Martinez seguía viniendo.

Chase contuvo la respiración y escuchó.

Nada.

Estaba a punto de tomar otra respiración, quizás incluso suspirar, cuando escuchó el sonido de nuevo.

Podrían ser pasos, pero mirando alrededor al bosque delgado, también podría ser una ardilla, una rama, o simplemente el viento.

No había manera de saberlo.

Chase miró la pistola en su regazo y estaba a punto de abrir el tambor cuando escuchó el sonido por tercera vez.

No iba a correr riesgos. Conteniendo un gemido, Chase se puso de pie y empezó a correr de nuevo.

Sus primeros pasos fueron torpes, sus músculos rígidos por el frío, sus anteriores carreras por la pendiente, y por haber estado sentada tanto tiempo... por el tiempo que hubiera sido.

Pero no miró atrás.

Impulsada por el miedo, corrió rápido y fuerte, dirigiéndose hacia una tenue luz amarilla incrustada profundamente en el bosque. Estaba demasiado lejos y demasiado oscuro para decir qué iluminaba la luz, pero podría ser una casa.

Podría ser la casa de Stitts, por lo que sabía.

Por lo que esperaba.

Mi ex compañero, Stitts, había dicho Martinez.

Chase no podía creerlo. No es de extrañar que supiera tanto sobre ella; Stitts debió haberle contado al hombre.

Y sin embargo, Stitts no había dicho una palabra sobre Martinez. Cuando ella lo invitó a venir y echar una mano en el caso del Asesinato de la Descarga, él había estado trabajando solo.

También recordaba la forma en que la cuestionó, no de manera condescendiente, sino con un suave estímulo, como si la estuviera entrevistando no solo para convertirse en Agente del FBI, sino también para ser su compañera.

Y aún así, en su primer trabajo, había sido emparejada con el psicópata del armario, Chris Martinez.

Si la luz marcaba una casa en el bosque, y si por alguna casualidad era el lugar de Stitts, entonces él podría haber sabido exactamente a dónde se dirigía ella todo el tiempo.

Chase pudo distinguir la débil silueta de una cabaña de troncos bajo la luz.

Martinez podría saber a dónde se dirigía ahora, pero ¿cómo podría haber sabido a dónde iría inmediatamente después de dejar el hotel?

A menos que...

¿Perdieron tu equipaje, verdad? Sucede. Tengo una chaqueta extra que puedes usar. Y una pistola también.

Chase maldijo en voz baja y empezó a palpar frenéticamente su chaqueta. Los bolsillos estaban vacíos, como se esperaba, pero esto no la satisfacía. Mientras se movía hacia la cabaña de troncos, palpó las costuras, la cremallera.

Sus dedos presionaron algo duro en el forro de la capucha y resistió la tentación de maldecir en voz alta. A pesar del frío, Chase se quitó la chaqueta y volvió a guardar la pistola en el soporte.

Luego rasgó la capucha, desgarrando el tejido rojo en las costuras. Sacó un puñado de plumas de abajo y metió la mano profundamente adentro.

Sus dedos encontraron el objeto duro y lo extrajeron.

Era un dispositivo simple, del tamaño de medio dólar, con una pequeña protuberancia en un lado.

Chase había visto electrónicos similares antes. Era un dispositivo de rastreo, comúnmente utilizado en bolsas de computadora y cosas por el estilo. Normalmente trabajaban en mallas de Bluetooth, comunicándose con otros objetos que pasaban para geolocalizar. En este caso, sin embargo, Chase esperaba que este dispositivo fuera un poco más sofisticado, probablemente trabajando en un enlace GPS dedicado.

Ese maldito bastardo…

Martinez la había estado rastreando desde que bajó del avión en Anchorage.

Recordó cuando Floyd la había llevado al lugar de los asesinatos de Yolanda y Francine.

Martinez la había mirado una vez y no había dudado: había metido la mano en su coche y le había dado una chaqueta que tenía lista.

Lo que significaba que debía haber sabido que Chase no tendría un abrigo.

¿Perdieron tu equipaje, verdad?

"Apostaría a que también sobornó al imbécil del aeropuerto", susurró Chase.

Oh, sí, Martinez había planeado todo esto.

Chase estaba a punto de tirar el dispositivo de rastreo, pero en el último momento pensó que era mejor no hacerlo.

Podría ser útil.

Además, a estas alturas, Martinez tenía que saber que ella se dirigía hacia la casa.

Simplemente no había otro lugar adonde ir.

Solo esperaba que el hombre no la hubiera superado.

Capítulo 46

Chase presionó su espalda contra la pared junto a la puerta, respiró profundamente y apretó la pistola con ambas manos.

El dolor en su costado había disminuido en su mayoría, pero sabía que tendría que enfrentarse a más ese día. Con una respiración profunda, extendió la mano y probó la puerta.

Se abrió sin siquiera necesitar girar la manija.

Con el ceño fruncido, Chase entró, apuntando la pistola primero a su derecha, luego a la izquierda.

El interior de la cabaña era tal como Chase esperaba según el exterior: un simple rectángulo de madera. A su derecha había una modesta cocina, con una nevera y una estufa de la vieja escuela. A la izquierda había una chimenea, con los últimos restos de leña reducidos a brasas. En la pared trasera había otra puerta, que sospechaba que llevaba a un porche trasero.

Más allá de la chimenea había dos habitaciones, cuyas puertas estaban cerradas.

No había rastro de Martinez ni de otros ocupantes.

Chase, con los ojos aún entrecerrados, se adentró en la cabaña, manteniendo la pistola apuntada delante de ella.

Se movió rápidamente, notando un punto de sangre en el suelo cerca de la chimenea. Al inspeccionar instintivamente las herramientas de la chimenea, notó que aunque la pala estaba allí, al igual que la escoba, la ranura que sospechaba que había contenido el atizador, ahora estaba vacía.

Chase se apoyó en la pared junto a la primera puerta. Luego se extendió, giró la manija de la puerta y la abrió de golpe.

Después de contar hasta tres, se agachó y giró frente a la abertura.

Era un baño, y estaba vacío.

Chase se volvió a la otra puerta y repitió el mismo proceso para revisar esta habitación.

Solo que esta tardó más en hacerse porque no estaba vacía.

“¡Stitts!” Chase no pudo evitar gritar.

El hombre estaba sentado en el suelo, su espalda apoyada contra uno de los grandes postes de una regia cama, que desentonaba mucho

con el lugar.

Su cabeza colgaba baja, con un trapo sucio envolviéndole la boca y la cabeza. Su cabello, generalmente perfectamente recortado y peinado, estaba húmedo y caía en mechones sobre su frente.

No tenía camisa, y su pecho estaba marcado con sangre de numerosos cortes.

Chase corrió hacia él, olvidándose por completo de Martinez, y se agachó a su nivel, temiendo lo peor. Dejó la pistola en el suelo, y luego quitó el trapo de la boca de Jeremy Stitts. No jadeó ni resopló como ella había esperado.

"¡Stitts!" repitió, presionando sus dedos contra la garganta del hombre.

Un alivio la invadió; había un pulso, pero era débil.

Solo entonces Chase se dio cuenta de que los brazos del hombre estaban atados detrás de su espalda y alrededor del poste de la cama.

Trabajando rápidamente, intentó desatar las cuerdas, pero eran demasiado complejas para aflojarlas con la mano.

Especialmente dado que no tenía tiempo.

Aparte de las heridas en su pecho, que parecían al menos superficialmente ser leves en lugar de intencionadas para matar, no parecía haber nada más mal con él.

Chase se puso de pie. Cuando lo hizo, un tintineo - tal vez una campanilla - sonó detrás de ella, y ella inmediatamente se agachó de nuevo y buscó la pistola. Con el peso familiar en su mano, giró sobre su espalda mientras se giraba.

El dolor invadió su cadera derecha, y sintió algo dentro del orificio de la bala, que casi había dejado de sangrar, desgarrarse.

"¡No!" gritó una voz, y los dedos de Chase se relajaron en el gatillo.

Era un perro, un Beagle envejecido que caminaba por la puerta abierta. Se detuvo, la inspeccionó por un momento con ojos tristes, y luego se echó en el suelo al lado de Chase.

Ella respiró hondo, luego se volvió hacia Stitts. Ahora estaba despierto, sus ojos azules, apagados y con los blancos llenos de sangre, la perforaban.

"Estás viva", jadeó.

De alguna manera, el hombre logró una sonrisa.

"Y casi le disparas a mi perro", dijo.

Chase suspiró tan completamente que todo su cuerpo tembló. Durante las últimas dos semanas, no había tenido a nadie con quien hablar, nadie en quien confiar.

Pero ahora tenía a Stitts.

Las lágrimas llegaron inesperadamente.

“Chase, ¿estás bien?” preguntó Stitts.

La pregunta hizo reír a Chase; a pesar de todo lo que había pasado, de hecho se rió.

¿Estoy bien?, pregunta el hombre sin camisa, sangrando y atado a un poste.

Chase se limpió los ojos y la nariz con el dorso de la mano.

No, no estoy bien, quería decir. En cambio, se decantó por: “Viviré, pero necesitamos salir de aquí. Él viene”.

Los ojos de Stitts se abrieron de par en par.

“¿Martinez? ¿Está aquí?”

Chase negó con la cabeza.

“No, todavía no. Pero está viniendo. Me siguió a través del bosque.”

La confusión se dibujó en el rostro de Stitts.

“¿Él... qué? ¿Te siguió? ¿Cómo hizo...?”

Chase se enderezó.

“Es mi compañero.”

Si Stitts había parecido confundido antes, ahora su rostro colapsó en pura estupefacción.

“¿Q—qué? ¿De qué diablos estás hablando?”

Chase, recuperando sus sentidos, comenzó a buscar en la habitación algo para cortar las ataduras de Stitts. No había tiempo para entrar en todo lo que había sucedido desde la llamada de Martinez, pero Chase también necesitaba respuestas.

“¿Fue él quien te hizo esto?” preguntó.

“Vino hace una semana, me sorprendió, me ató. Pero... pero ¿cómo lo conoces?”

Chase avanzó lentamente hacia la puerta del dormitorio, con la vista puesta en la cocina.

“Es mi compañero”, repitió. Las palabras sonaban extrañas al salir

de ella, dada todo lo que había sucedido. Finalmente, vio un bloque de carnicero junto a la estufa. Estaba vacío, pero se dirigió hacia él de todos modos.

"Pero—pero Chase, a Martinez lo echaron de la Agencia hace seis meses", la voz de Stitts la siguió y Chase se congeló a mitad de paso. "Reprobó su examen psicológico por tercera vez, y no tuvieron más remedio que darle una licencia permanente."

Capítulo 47

"¿Qué?"

"Fue despedido, Chase. No tengo idea de cómo o por qué vino a verte, o cómo logró—"

"Me llamó, me dijo que estaba en un caso, que iba a ser su compañera," respondió Chase en voz baja. "Dos chicas asesinadas en Alaska."

"¿Alaska? Jesús, dime... dime, ¿eran las chicas de edad universitaria?" preguntó Stitts desesperadamente.

Chase asintió, aún tratando de asimilar la idea de que Martinez ya no estaba con el FBI.

En el mejor de los casos, explicaría por qué no le informó sobre los superiores o el protocolo. Martinez quería mantener todo en casa, con él, incluyendo trabajar con Jasper y Downs, hombres que conocía bien, hombres que no cuestionarían su afiliación con el FBI ya que habían trabajado juntos anteriormente.

Chase sacudió la cabeza y cerró los ojos.

"Chase? ¿Las chicas eran—"

"Sí," dijo ella suavemente. "Estaban en la universidad."

Imágenes desde la perspectiva de Yolanda, de estar en la furgoneta, de estar aterrorizada, inundaron la mente de Chase.

Aterrorizadas por Martinez, Francine y Yolanda habían estado aterrorizadas por él.

Les había cortado los malditos pies y luego las mantuvo vivas para que murieran congeladas.

"Las amigas de su hermana," susurró Stitts.

Chase, aún congelada a medio camino hacia la cocina, se giró y lo miró. Su rostro había recuperado algo de color, pero estaba claro que no había comido ni bebido nada en mucho tiempo, lo que explicaba su débil pulso.

"¿A qué te refieres?" exigió ella. "Su hermana—"

El Beagle, que hasta este punto había estado acostado sobre sus patas traseras, sus ojos abobados mirando a Chase, de repente levantó la cabeza. Chase dejó de hablar y escuchó. Stitts hizo lo mismo.

Aunque ella no oyó nada, algo había despertado el interés del

perro.

Martinez estaba cerca.

Chase se apresuró a la cocina y abrió los cajones. Dentro del primero, encontró tenedores y cucharas así como varios cuchillos de carne.

Agarró uno de los cuchillos y volvió rápidamente a Stitts. Sin decir una palabra, se agachó y comenzó a serrar las cuerdas. Le tomó varios intentos, pero finalmente, logró cortar.

Stitts gimió al llevar sus brazos delante de él y empezó a frotarse las muñecas.

Chase se había inclinado sobre el hombre mientras serraba la cuerda, y cuando se retiró, se dio cuenta de que el hombro izquierdo de Stitts estaba cubierto de sangre.

Stitts debió haberse dado cuenta también, ya que antes de ponerse de pie, la examinó.

"Dios mío, te han disparado," jadeó.

Chase se miró a sí misma como si esto fuera alguna especie de nueva revelación.

Todo su costado estaba mojado con sangre fresca. Ya fuera su reacción psicosomática o real, era una cosa: visceral.

Chase se mareó y cayó de rodillas. Al mismo tiempo, Stitts se levantó con las piernas tambaleantes y la ayudó a ponerse de pie. Se apoyaron mutuamente.

El Beagle también se levantó, pero Chase no podía decir si era porque había escuchado algo o si sólo estaba respondiendo a ellos.

"Tenemos que llevarte a un hospital," dijo Stitts.

Chase sacudió la cabeza.

"Martinez está llegando."

"Lo que significa que tenemos que apurarnos," gruñó Stitts mientras intentaba guiarla hacia la puerta.

Chase respiró hondo y se ancló a sí misma. Luego niveló su mirada en Stitts.

Yolanda Strand y Francine Butler no tuvieron la oportunidad de ir al hospital. Les habían cortado los pies y luego fueron despojadas de su ropa y dejadas para morir congeladas. A Oren y Julie les habían quitado las manos antes de ser arrojados al agua.

Ellos no tuvieron la oportunidad de ir al hospital.

"No," dijo Chase. "Esto termina aquí."

Capítulo 48

"Tengo cinco rondas más," le dijo Chase a Stitts.

Stitts miró la pistola en su mano.

"¿Es tu pistola?"

Chase negó con la cabeza.

"No, la mía se perdió en el aeropuerto."

Incluso cuando las palabras salían de su boca, sabía lo que venía después.

"¿De dónde sacaste ésta?"

"Martinez me la dio," respondió Chase con vacilación.

Stitts maldijo y la alcanzó. Chase se la entregó y él inmediatamente sacó la bala de la cámara.

Stitts la sostuvo en su palma por un momento antes de mostrársela a Chase.

"No, no te quedan cinco rondas," dijo.

Chase arrugó la frente, tratando de entender lo que le decía. Luego notó la parte superior de la bala engarzada.

"Malditas balas de fogueo," escupió.

Y por eso fallé a Martinez cuando disparé tres tiros al centro de la masa.

"Mierda."

Stitts cerró la palma alrededor del casquillo y mordió su labio inferior.

"Aunque todavía hará un estruendo," dijo, aparentemente para sí mismo. Expulsó el cargador, quitó tres de las cuatro otras balas de fogueo y caminó hacia el microondas. Las puso en la bandeja, luego ajustó el dial en alto durante cinco minutos.

Chase simplemente miró.

El Beagle se acercó a ella y se restregó contra su pierna. Chase se apartó con un jadeo, lo que provocó un nuevo dolor en su costado.

Primero la chaqueta, ahora la pistola. Primero la—

De repente le vino una idea. Comenzó a quitarse la chaqueta, pero cuando llegó a su lado derecho, fue incapaz de sacudirla libre.

Stitts le echó una mano.

"¿Qué está pasando?"

"Póntelo," instruyó Chase.

Stitts la miró, pero no resistió; después de todo, estaba sin camisa y el fuego en la chimenea estaba casi apagado.

"¿Qué estás pensando?"

Ahora era el turno de Chase para hacer una pausa.

"Tú y yo sabemos que la pistola está llena de balas de fogueo, pero Martinez no sabe que nosotros lo sabemos."

Stitts la miró. Y luego volvió a sonreír.

"Vamos a atrapar a este bastardo."

***

Sola en la oscuridad, Chase fue arrastrada de vuelta a otro tiempo.

Estaba de incógnito como agente de narcóticos, tratando de infiltrarse en una mugrosa casa de crack que también prostituía a niñas menores de edad.

Sólo que era Chase quien estaba infiltrada. Los recuerdos de su hermana la seguían atormentando, las imágenes de aquel fatídico día cuando Georgina fue llevada, y cuando llegó el momento de 'fingir' que tomaba su primer golpe, Chase simplemente no pudo resistir.

"¿Ves?" dijo Tyler, "No importa cuáles sean tus problemas, un poco de azúcar morena siempre lo soluciona todo."

Una increíble calidez la inundó entonces, no caliente e incómoda, solo calor perfecto. Una vez, Chase había pasado media hora en un tanque de flotación, en el que el agua y el aire tenían exactamente la misma temperatura que su piel. Se sentía así, excepto que no tenía ninguna de las ansiedades asociadas con estar atrapada en una burbuja. Y luego estaban los dedos... se sentía como si cada centímetro de su cuerpo estuviera siendo masajeado por millones de dedos diminutos.

Tyler tenía razón.

Por mucho que le costara admitirlo, por primera vez en casi tres décadas, no pensó en su hermana, en cómo las lágrimas se derramaron de sus ojos mientras el hombre de la furgoneta le pasaba su pesado antebrazo por el pecho y los hombros.

Y fue esta sensación, o la falta de ella, lo que la mantenía volviendo por más.

Parte de ella, una parte oscura que Chase había enterrado hace mucho tiempo, quería un poco de azúcar morena ahora. Parte de ella, sabía, siempre querría un poco.

El sonido de una puerta abriéndose la trajo de vuelta al presente.

"¡Chase! Chaaaaaa-aaase! Sal, sal, donde quiera que estés."

Capítulo 49

El aliento de Chase venía en ráfagas superficiales mientras los pasos se acercaban.

Escuchó a Martinez probar el interruptor de la luz, pero la cabaña permaneció oscura. Chase había desenroscado las bombillas de luz en la sala principal, y la única iluminación era el fuego casi extinto.

"Chica inteligente," dijo Martinez en voz baja. Los pasos eran ahora más suaves, menos pronunciados, a medida que se volvía más cauteloso. "¿Por qué no sales y hablamos de esto?"

Chase permaneció sentada, con los brazos detrás de la espalda, la cabeza baja.

"Nunca esperé que las cosas volvieran aquí, a casa de Jeremy de todos los lugares, pero es apropiado, dado que ustedes dos empezaron todo esto."

¿Comenzamos esto? ¿Nosotros empezamos esto?

"Quiero decir, ambos estaban allí con ella, ambos tuvieron la oportunidad de detenerlo. Pero no lo hicieron, ¿verdad?"

Escuchó cómo la puerta del baño se abría de golpe.

"O tal vez ya no estás aquí, señora Adams. Tal vez solo está Jeremy. Pero eso está bien. He esperado mucho tiempo para vengar su muerte, y puedo esperar un poco más para terminar esto. Pero marca mis palabras, lo terminaré."

Chase intentó no pensar demasiado en las palabras de Martinez, y en su lugar intentó prepararse para el plan que ella y Stitts habían construido.

La puerta del dormitorio estaba cerrada, y lo poco de luz que se filtraba por debajo de ella oscureció completamente cuando Martinez se detuvo frente a ella.

Chase contuvo la respiración mientras los nudillos de Martinez rozaban la madera y lentamente comenzaba a abrirse.

"Toc, toc, quién está ahí."

Capítulo 50

La luz se encendió y Chase levantó la mirada para ver a Martinez. El hombre tenía una pistola en una mano, un teléfono móvil en la otra, y su chaqueta de nieve azul colgaba abierta.

Su cabello estaba empapado de sudor o nieve y sus ojos estaban entrecerrados.

Chase había esperado sorprender al hombre tomando el lugar de Stitts, pero lo único que vio en su guapo rostro fue una combinación de enojo profundo y satisfacción.

Martinez abrió la boca para decir algo, pero antes de que pudiera hablar, Chase apuntó su propia pistola al hombre y comenzó a chillar.

"¡Stitts! ¡Ahora! ¡Está aquí! ¡Ven ahora!"

Martinez se tensó, pero solo por un segundo antes de que sus ojos se desviaran hacia su teléfono móvil.

Se rió.

"Ah, Chase Adams... Chaaaaaaaase Adams, le diste tu chaqueta a Stitts, ¿verdad?"

Chase no dijo nada; sólo frunció el ceño.

"Sí, sí lo hiciste. Pero aquí está la cosa—" giró el teléfono celular hacia ella y vio lo que parecía un mapa, "—puse un dispositivo de seguimiento en la chaqueta roja que te di... y parece que tu hombre Stitts ya se ha ido. Se ha ido muy, muy lejos."

Chase sintió que su mandíbula se aflojaba. Entre las pausas en las palabras de Martinez, pensó que había oído el zumbido eléctrico del microondas al iniciar.

"¿Por qué estás haciendo esto?" exigió, tratando de mantener a Martinez hablando para que él mismo no se percatara del sonido.

Martinez frunció el ceño.

"¿Todavía no lo entiendes? Me tomó años preparar esto, planificar todo perfectamente. Para vengar su muerte," miró el teléfono celular. "No ha ido tan suavemente como esperaba, pero casi termina. Si Stitts cree que puede llegar a su todoterreno y luego dirigirse a la ciudad en busca de ayuda, está muy equivocado. Vacíe el tanque de gasolina. Va a hacer frío esta noche, y con chaqueta o sin ella, no tendrá más opción que volver aquí. Y cuando lo haga, estaré esperando. Esperando contigo, Chase."

Otra aguda inspiración.

"Olvidaste una cosa, Martinez," dijo Chase suavemente.

"¿Sí, y cuál es esa?"

"Tengo una pistola cargada apuntando a tu cabeza, y no tengo miedo de apretar el gatillo."

Martinez rió de nuevo.

"Stitts dijo que eras inteligente, pero... pero estoy empezando a pensar que quizás te sobrevaloró. Claro, descubriste que yo era el responsable de los asesinatos, pero tal vez eso fue solo una casualidad."

"No sé de qué estás hablando, pero tienes tres segundos para soltar tu arma antes de que empiece a disparar."

"Oh, Chase, ¿crees que puedes darme? Ya fallaste tres veces en la carretera. ¿Qué te hace pensar que puedes darme ahora?"

"Hacía frío afuera, y yo estaba sangrando. Pero no volveré a fallar. No aquí dentro."

Martinez negó con la cabeza.

"No lo entiendes, ¿verdad? La pistola está llena de—" balas de fogueo, sabía que iba a decir, pero fue interrumpido por el sonido de los disparos que venían de la cocina.

Capítulo 51

Martinez giró la cabeza hacia el sonido de los disparos, una maldición en sus labios. Guió con la pistola y se agachó mientras giraba.

Chase intentó levantarse, pero el dolor que agarraba su costado la mantenía sentada. Podía sentir su blusa pegada a su fría piel, y la cintura de sus jeans estaba completamente empapada.

"¡Stitts! ¿Has tú—" gritó Martinez, pero la pólvora en la última cápsula del microondas explotó, y esta vez, él se agachó.

Cuando lo hizo, el Agente Jeremy Stitts salió de las sombras. Gruntó mientras giraba la pala de la chimenea en un amplio arco, y se retorcía en el aire.

Si no hubiera sido por la última bala de fogueo, la pala seguramente habría golpeado directamente a Martinez en la cara, dejándolo inconsciente. Pero Martinez se había agachado, y en lugar de destrozarle la nariz y la boca, la esquina le golpeó en el centro de la frente. Hizo una profunda hendidura en su carne, y arrastró hasta su ojo, desgarrando su párpado inferior.

Martinez gritó, pero aunque se tambaleó por el impacto, no cayó.

"¡Stitts! ¡Cógelo! ¡Cógelo!" Gritó Chase desde su lugar en el suelo. Otra vez, intentó levantarse, pero sólo subió unos pocos centímetros antes de desplomarse de nuevo contra la cama. La pistola era pesada en su mano, y aunque sabía que sólo había una bala—una bala de fogueo—en la recámara, apretó el gatillo de todos modos.

Hizo clic, pero la bala no disparó.

"¡Stitts!" ella gritó.

Stitts, vistiendo el parka rojo que le quedaba dos tallas demasiado pequeño, se lanzó a Martinez, intentando aprovechar el estado aturdido del otro hombre.

Pero Stitts había estado atado a la estructura de la cama por quien sabe cuánto tiempo; estaba cansado, golpeado y deshidratado.

Incluso si ambos hubieran estado completamente descansados, Chase dudaba que Stitts hubiera tenido mucha oportunidad.

Sabía que Martinez estaba muy musculado, había visto su pecho desnudo flexionándose mientras se hundía en ella. Y aunque la sangre brotaba de su frente y se filtraba en su ojo deformado, Martinez logró

apartar el segundo golpe con su antebrazo. Stitts había puesto tanto en este swing, que su cuerpo siguió la trayectoria y tropezó.

Y Martinez estaba sobre él.

"¡No!" Gritó Chase. Pero gritar era todo lo que podía hacer incluso cuando Martinez empezó a llover golpes sobre el Agente Stitts.

"¡Dejaste que ella muriera!" Gritó Martinez mientras sus puños chocaban con la cara de Stitts. "¡Dejaste que ella muriera! Te dije que ella estaba allí fuera, ¡pero no me creíste!"

La sangre fluía de la herida en su frente y salpicaba de sus labios.

Chase cerró los ojos, tratando de bloquear el repugnante sonido de la carne contra la carne, luego el hueso contra el hueso.

Después de varios golpes más sordos, la paliza se detuvo, y Chase no tuvo más remedio que volver a mirar.

Vio a Martinez levantarse, su espalda jadeando con respiraciones profundas. Se inclinó y cogió la pala de la mano inerte de Stitts.

Chase sintió las lágrimas derramarse por sus mejillas, y supo que este era el fin.

Martinez caminó hacia ella, su pecho masivo todavía jadeando, sus manos temblando ligeramente.

Con sangre cubriendo la mitad de su cara, parecía un animal que acababa de devorar a su presa.

"Podría haber sido fácil, Chase", dijo mientras cerraba la distancia entre ellos. "Podría haber sido tan fácil."

Sin esperar una respuesta, agitó la pala con una mano.

Chase escuchó un último golpe, y esto fue lo último que escuchó durante mucho tiempo.

Capítulo 52

"Puedo hacer que olvides. Puedo hacer que olvides todo, Chase. Solo un golpe... eso es todo lo que necesitas para olvidar todo acerca de tu hermana, sobre lo que pasó ese día."

Chase se sintió asintiendo, y luego cerró los ojos mientras la aguja rompía la suave piel en el interior de su codo.

"La heroína hará que todo desaparezca. Todo."

Capítulo 53

Los párpados de Chase parpadearon, y sintió que sus brazos eran retorcidos detrás de ella.

Su lado derecho estalló en agonía, que se intensificó cuando fue levantada a sus pies.

"Levántate, Chase. Esto aún no ha terminado. Pero lo estará... todo terminará pronto."

Esta vez, cuando los párpados de Chase parpadearon, no se abrieron.

Capítulo 54

Chase jadeó cuando el agua fría salpicó su cara.

Tosió y agitó la cabeza. Al instante, su visión comenzó a nadar, y sintió un extraño grosor en el lado derecho de su mejilla, como si alguien hubiera inyectado plastilina debajo de su piel.

"Despierta, despierta," dijo una voz masculina. Las sombras nublaban su visión, y todo lo que veía por su ojo derecho tenía un matiz rosado. Pero al parpadear, Chase finalmente comenzó a distinguir una forma familiar.

La forma de Martinez.

Su frente todavía sangraba, y su ojo derecho parecía hundirse en la cuenca. Podía ver más del globo blanco de lo que alguna vez hubiera querido.

El pánico la atravesó, y trató de mover la cabeza para mirar a su alrededor, para encontrar el cuerpo de Stitts, pero sus movimientos estaban restringidos.

Martinez había atado sus manos detrás de ella y alrededor del poste de la cama. También había pasado una cuerda alrededor de su cuello.

En cuanto a Stitts, solo podía ver sus piernas, que permanecían inmóviles en el suelo.

"¿Quieres saber por qué?" preguntó Martinez de repente, su tono cambiando a algo más suave.

Chase tragó duro pero no ofreció ninguna respuesta. Sin embargo, estaba claro que Martinez no requería ningún estímulo.

"Anna Martinez... solo tenía veinte años en ese momento, Chase. Mi hermosa hermana solo tenía veinte," su voz se quebró, y tuvo que tomar varios respiros profundos antes de continuar. "Y renunciaron a ella... la NYPD, Seattle PD, y el FBI. Mierda, el FBI, la agencia para la que trabajaba, renunció a ella. Me dijeron que no podía involucrarme, conflicto de intereses y toda esa mierda, que debía mantenerme al margen. Luego tuvieron el jodido descaro de decirme que ella, la hermosa Anna, había viajado a Nueva York, que se había convertido en una de las víctimas del Rey Esqueleto. ¡Qué jodida broma! Mi hermana, muerta a manos de un asesino en serie... ¿por qué? ¿Encontraron un mechón de su cabello en la escena? ¿En serio? ¿Un solo mechón de cabello?"

Había lágrimas corriendo por sus mejillas, que se mezclaban con la

sangre para dar a su rostro un brillo rosado. Martinez mostró su arma a la vista y acarició su mandíbula hinchada con el cañón.

La mente de Chase corría, tratando de unir las divagaciones, para averiguar qué significaba todo, y lo más importante, cómo encajaba ella en esta imagen.

"Solo tenía veinte años... solo veinte. Y renunciaron a ella. Pero yo no, Chase. No me rendí. Fui a buscarla, hice todo lo que pude para encontrarla, y ¿sabes qué?"

Giró su cabeza hacia un lado, mostrándole su brillante globo ocular.

"La encontré. La jodidamente encontré. Encontré lo que quedaba de mi hermana."

Martinez estaba tan cerca que podía oler su aliento agrio, el hedor de su sangre.

De su sangre.

"Por favor, Chris, déjame—"

Martinez la silenció aplicando presión a su mandíbula con el arma.

"Ese bastardo, Tyler Tisdale, la hizo adicta a la heroína y la prostituyó hasta que no quedó nada de ella. No tuve más opción que poner fin a su miseria." Cuando habló a continuación, su voz era apenas un susurro. "Imagina lo que eso le hace a un hombre."

El corazón de Chase saltó un latido.

¿Tyler? ¿Tyler Tisdale?

***

"Chase... solo un golpe. Confía en mí, si te gusta esa otra cosa, esto va a volarte la mente."

Chase miró la pequeña bolsa de polvo amarillento. Tyler estaba sonriendo, pero no de una manera espeluznante. Sonreía de una manera sabia; una mirada que le decía que sabía que lo probaría.

Chase bajó la mirada.

"Sé que quieres olvidar, Chase, olvidar todo acerca de tu hermana," susurró Tyler.

Chase cerró los ojos, tratando de contener sus lágrimas. Pero no pudo. Podría haber sido la falta de sueño o el agotamiento lo que finalmente la

desmoronó, o tal vez simplemente era el maldito trabajo. Durante un mes completo, había estado alrededor de las drogas, las chicas con los ojos en blanco mientras un hombre gordo y sudoroso yacía sobre ellas, gruñendo y empujando, y todo el tiempo Chase no podía hacer nada.

Pasa suficiente tiempo en este mundo, y te conviertes en parte de él. Una pequeña parte de ti se pierde, una parte que nunca se puede recuperar.

Como ese día, el día en que el hombre de la furgoneta había tomado a Georgina. El día en que Chase había dado la espalda y huyó.

Sin abrir los ojos, Chase levantó el brazo y se echó hacia atrás la manga.

"Ayúdame," susurró, con las lágrimas aún corriendo por sus mejillas. "Ayúdame a olvidar."

Capítulo 55

"Te lo dije," siseó el Agente Martinez. "Te dije que hice mi investigación. Sé todo sobre ti. Sé que estuviste allí."

El cuerpo entero de Chase estaba sacudido por sollozos.

"Lo traje," jadeó. "Traje a ese bastardo Tyler."

¡Él intentó hacerme lo mismo! ¡Fui una víctima!

Martinez se apartó de ella.

"Sí, te concedo eso. Lo hiciste. Lo trajiste y está pudriéndose en prisión gracias a ti. Debería estar agradeciéndote por eso. Pero llegaste demasiado tarde. ¿La viste? ¿Viste a mi hermana allí? ¿Prostituyéndose?"

Chase cerró los ojos, pero esto no detuvo las imágenes que se sucedían en su mente.

Imágenes de las chicas, algunas jóvenes, algunas viejas, los ojos volteados hasta ver solo el blanco...

"Lo intenté," susurró.

Martinez rió.

"¿Intentaste? ¿Intentaste? Anna intentó. Ella intentó escapar. Igual que Yolanda y Francine. También intentaron escapar. ¿No lo ves? Investigué a todas ustedes."

Chase finalmente abrió los ojos.

"¿Yolanda? ¿Francine?"

"Eran sus amigas, o al menos eso decían ser. Fueron ellas las que le dijeron a Anna que se diera su primer golpe, que se drogara en ese jodido y miserable Barking Frog. Solo un jodido golpe, dijeron. Pero no fue un solo golpe para Anna, nunca lo fue. Nunca podría serlo—Personalidad adictiva, la moderación no existía en su vocabulario. Hizo exactamente lo mismo que ellas, pero ellas podían parar. Anna no. ¿Y sabes qué hicieron cuando se enganchó?"

Chase intentó mover la cabeza negativamente, pero la atadura alrededor de su cuello era demasiado apretada para moverse. Martinez volvió hacia ella con furia, y Chase se preparó para otro golpe que nunca llegó.

"¡La jodidamente abandonaron!" gritó en su cara. Sangre y saliva salpicaron sus ya húmedas mejillas. "La abandonaron, igual que

Jeremy Stitts. ¡Era mi jodido compañero por el amor de Cristo! Y se lo tragó... se tragó la línea oficial de que ella fue víctima de un asesino en serie."

Martinez levantó la pistola y golpeó su pecho.

"Pero yo sabía... yo sabía que ella seguía ahí fuera. Y estaba muriendo. Estaba siendo asesinada, lentamente, cada día con una aguja, con un jodido pinchazo. Y Stitts se negó a escuchar, negó."

Y ahí estaba, la última pieza del rompecabezas.

Chase sintió que su pecho se apretaba, y al principio pensó que era la herida de nuevo, pero luego se dio cuenta de que era algo más.

El agente Stitts no había ayudado a Martinez, y Yolanda y Francine habían estado presentes la primera vez que Anna se drogó. Oren Vishniov y su compañera Julie Cooper les habían vendido las drogas. Martinez no lo había dicho directamente, pero Chase podía leer entre líneas.

Y Chase... Chase había estado allí cuando Anna había estado.

Con Tyler.

Encubierta.

Pero también adicta.

La emoción la invadió de repente.

"Lo siento," sollozó. "Lo siento—"

Un destello de movimiento detrás de Martinez le hizo desviar la vista.

Las piernas de Stitts ya no eran visibles.

Chase quería decir más, mantenerlo hablando, pero Martinez sacó algo frente a su cara, algo que le quitó el aliento.

Una sierra.

La hoja estaba manchada de marrón oscuro, pero Chase sabía que no era óxido.

Era sangre.

La sangre de Francine. La de Yolanda.

La de Oren.

La de Julie.

Y pronto sería la suya.

Martinez sacó la sierra frente a él ahora, el frío acero reflejando un

rayo de luna descarriado que se había abierto camino en la cabaña.

"¿Lo sientes? ¿Lo sientes? Bueno, eso lo arregla todo entonces, ¿verdad?"

Chase movió la cabeza, sin importarle ya cómo la cuerda quemaba la suave piel de su garganta.

"No," croó. "No lo arregla."

Martinez la ignoró.

"Supongo que también lo siento entonces," dijo suavemente mientras levantaba la sierra a su cuello.

Los ojos de Chase se agrandaron.

"Lo siento mucho, mucho. Pero, ya ves, también siento que cuando Anna gritaba, no había nadie allí para escuchar. Así que, cuando grites, tampoco habrá nadie que te ayude. ¿Yolanda y Francine? Anna intentó alejarse. No pudo. Y esas chicas tampoco. Anna buscó ayuda, igual que Oren y Julie. Pero no había nadie allí para tomar su mano, para socorrerla. Y tú—estuviste allí, encubierta. Y apuesto a que ella lloró a ti, lloró todas las noches mientras era violada por otro hombre sin nombre solo para poder conseguir otro golpe. Y apuesto—"

El Agente Stitts apareció de repente detrás de Martinez, su cara hinchada y magullada.

Tenía su pistola en la mano, y lentamente la levantó.

La sierra estaba fría contra la garganta de Chase—increíblemente fría. Todo su cuerpo se sentía congelado, desde el agujero que la bala había hecho cuando pasó por su costado hasta donde el diente de la sierra mordía su carne.

"Lo siento," dijo Martinez mientras empezaba a mover la sierra, y esta vez, realmente parecía arrepentido.

Chase vio al Agente Stitts tambalearse hacia ellos, lo vio levantar el arma, y cerró los ojos.

También lo siento. Lo siento por haber permitido que te llevara, Georgie. Lamento haber huido y que tú te quedaste.

Esperó a que la sierra cortara la suave piel debajo de su barbilla, pero cuando no sucedió, Chase abrió los ojos.

La cara de Martinez había quedado en blanco.

"Deja el—" gruñó el Agente Stitts, pero nunca completó la frase. Martinez empezó a girarse, y mientras lo hacía, Stitts apretó el gatillo.

La bala podría haber sido de fogueo, pero eso no importaba. Estaba

presionada contra la parte trasera del cráneo de Martinez, y cuando Stitts disparó el arma, la habitación estalló.

Al igual que la parte trasera de la cabeza de Martinez.

Sangre caliente roció la cara de Chase y ella gritó.

Gritó incluso mientras Stitts arrancaba sus ataduras. Gritó cuando cayó al suelo.

Gritó cuando Stitts colapsó a su lado.

Chase gritó hasta que su mundo entero se volvió negro.

Capítulo 56

Chase despertó al sonido de una campana.

Las campanas en la puerta del cielo, pensó de manera incoherente.

Algo húmedo tocó su rostro, y ella gruñó. Todo su cuerpo estaba adolorido y se sentía incapaz de moverse.

La humedad persistió, y Chase finalmente logró abrir los ojos.

El beagle de Stitts había regresado y su áspera lengua lamía el costado de su mejilla.

Gimió y parpadeó, tratando de aclarar su visión. Sus movimientos hicieron que el perro se alejara de ella, y escuchó la campana de nuevo, lo que atrajo su mirada.

Una pequeña sonrisa cruzó sus labios cuando vio el dispositivo de rastreo adjunto al collar del perro.

Luego la realidad golpeó, y la expresión se desvaneció de su rostro.

Chase estaba tumbada de lado en un charco de sangre, de la cual solo parecía ser suya la mitad.

El resto era del desastre que ahora era la parte trasera de la cabeza de Martinez.

"¡Stitts!"

Estaba tumbado de espaldas, a solo tres pies de ella. Su rostro estaba hinchado y magullado, y Chase tuvo que mirar fijamente para ver su pecho subir y bajar.

Pero sí respiraba; Stitts estaba vivo, pero por cuánto tiempo, ella no podía estar segura.

Chase forzó el dolor de su mente y miró alrededor.

Allí, a no más de diez pasos de donde los tres yacían estaba el teléfono móvil de Martinez. Todavía estaba abierto a cualquier programa de mapa que estuviera usando, y el rastreador brillaba en rojo directamente en el centro de la pantalla.

Chase cerró los ojos y respiró profundamente.

Luego empezó a arrastrarse.

El beagle estuvo a su lado todo el tiempo, animándola en silencio con lamidas alentadoras.

Cuando Chase finalmente abrió los ojos, se dio cuenta de que había

arrastrado más allá del teléfono móvil.

Estaba a su lado y extendió la mano y lo agarró.

Con una última y profunda respiración, Chase marcó el 9-1-1 y lo llevó a su oído.

Epílogo

SEIS MESES DESPUÉS

Un golpe en la puerta desvió la atención de Chase del archivo. Levantó la cabeza y esperó. Cuando el golpe se repitió, cerró el archivo y luego con un gesto de dolor, se levantó de la mesa de la cocina.

Mientras se dirigía a la puerta principal, su paso se volvía más fluido y el dolor en su costado comenzaba a desvanecerse.

Chase miró por la mirilla, luego apoyó la espalda contra la puerta y cerró los ojos.

"Veo tu sombra, Chase", le dijo el hombre al otro lado de la puerta. "Sé que estás ahí adentro. Abre, tengo a alguien aquí que quiere hablar contigo."

Una sonrisa tocó los labios de Chase y abrió los ojos. Luego se giró, desbloqueó la puerta y la abrió de par en par.

Jeremy Stitts la miraba fijamente. Su rostro estaba casi curado, y aparte de un hoyuelo, más bien un hundimiento, realmente, bajo su ojo derecho, no había ninguna otra evidencia de que había sido golpeado casi hasta la muerte.

Sorprendió a Chase al inclinarse y darle un abrazo.

Chase abrazó a Stitts, disfrutando del primer contacto humano que había tenido de una persona que no llevaba una bata blanca de laboratorio. Y luego un perro ladró, y ella se apartó.

Con un gruñido, se agachó sobre sus talones y rascó al beagle detrás de sus orejas.

"Buen chico", dijo. "Buen chico."

Jeremy la ayudó a levantarse.

"Nunca me dijiste el nombre del perro", dijo Chase mientras guiaba a Jeremy hacia la cocina. "Ese maldito perro salvó nuestras vidas, y ni siquiera sé su nombre."

Jeremy se rió entre dientes.

"Primero que nada, es una hembra, y no es un perro mestizo."

Chase negó con la cabeza.

"Figúrate; si hubiera sido un perro macho, probablemente habría arruinado el plan."

Stitts se enfrentó a ella.

"Su nombre es Mia", dijo Stitts, poniéndose serio de repente.

Chase asintió y pasó los dedos por la espalda del perro.

"Bueno, gracias, Mia. Gracias por salvar nuestras vidas."

Antes de que las emociones la abrumaran, Chase se alejó y se dirigió hacia la encimera.

"¿Quieres un café?"

"Claro."

Chase sirvió dos tazas, y luego se sentó a la mesa frente a Stitts.

Mia se acurrucó a sus pies.

La mirada de Jeremy estaba en la carpeta manila, pero dejó de mirar cuando Chase le atrapó la mirada.

"¿Cómo te va?", preguntó.

Chase encogió los hombros.

"Mejorando. Las heridas están casi curadas. Los médicos dicen que tomará algunos meses más para que los músculos estén bien otra vez, pero debería recuperarme completamente. ¿Y tú?"

Chase observó el rostro de Jeremy Stitts mientras hablaba. El hombre era atractivo, y le ofreció una sonrisa perfecta como respuesta. Se veía exactamente como Chase lo recordaba de la primera vez que se conocieron hace más de un año en la ciudad de Nueva York.

Aparte del nuevo hoyuelo, por supuesto.

"Voy a estar bien", dijo. "Pero tú... No solo me refiero a tus heridas físicas, Chase."

Chase no pudo sostener su mirada por más tiempo.

"Voy a estar bien, he pasado por peores cosas."

"Sí, eso es lo que me preocupa."

El silencio se apoderó de los tres entonces, y Chase simplemente dejó que se desarrollara mientras sorbía su café. Sabía que Jeremy la estaba inspeccionando todo el tiempo pero no se ofendió.

Así era él.

Y si había algo en lo que Chase era buena, era en mantener una

cara de póker.

Terminó su café y luego dijo: "¿Has terminado de interrogarme, agente Stitts? Porque, ya sabes, estoy muuuuuuuuuuy ocupada aquí."

Stitts terminó su propia taza y se puso de pie.

"¿Estás lista para volver al trabajo, Chase? Quiero decir, ¿de verdad esta vez?"

Chase asintió.

"Estoy lista."

"Dame un mes, y luego te llevaré a Quantico para una orientación."

Chase hizo un saludo burlón.

"A la orden, capitán. Pero tengo una condición."

Stitts se puso serio de nuevo.

"Claro, ¿cuál es?"

"Nada de compañeros psicópatas esta vez, ¿vale?"

Jeremy rió entre dientes.

"Lo siento, estás atrapada conmigo. Me iré por mi cuenta." Chasqueó los dedos y Mia saltó a sus pies. "Vamos, chica, Chase necesita descansar."

Estaba casi en la puerta cuando algo que dijo Martínez le vino a la mente.

"Oye, ¿Stitts?"

Él se detuvo y se volvió.

"¿Sí?"

"¿Realmente dijiste que era ingenua, que trato de ver lo bueno en todos?"

Stitts dudó antes de responder.

"No estoy seguro... ¿lo haces?"

No esperó una respuesta.

Chase vio cómo se iban, una sonrisa en su rostro. Cuando Stitts cerró la puerta detrás de ellos, sin embargo, la sonrisa desapareció.

Metió la mano en el bolsillo de su sudadera y sacó un recipiente de medicina naranja. Dentro, encontró una sola pastilla. Chase la tragó seca y luego volvió su atención al archivo que había estado leyendo antes de que Stitts la interrumpiera.

Ernest & Ernest Law Offices, decía el encabezado.

Su ceño se acentuó mientras leía una y otra vez las primeras líneas del texto.

Brad estaba pidiendo el divorcio, y buscaba la custodia completa de Félix.

Por supuesto, la había visitado en el hospital durante su recuperación, y Félix había venido. Y ni una vez mencionó esto. Ahora, cuando ella estaba casi totalmente recuperada, un golpe bajo fue entregado por un abogado de mala muerte designado por el tribunal.

Chase lanzó el recipiente vacío de medicina a través de la habitación, y luego gritó de inmediato y se agarró el costado derecho protectoramente.

"¡Mierda!"

Se desplomó en el suelo y se cubrió el rostro con las manos mientras las lágrimas empezaban a fluir.

Imágenes pasaron por su mente en rápida sucesión, primero el hombre en la furgoneta con las gafas de aviador, luego los ojos llorosos de Georgina, luego su primer golpe, Stitts, y finalmente el rostro de Martínez justo cuando la bala detonó contra la parte posterior de su cráneo.

Y, detrás de todo esto, había una voz.

Chase logró ponerse de pie y tambaleó por el pasillo hacia su dormitorio. Abrió la puerta con tanta fuerza que abolló la pared de yeso.

Con pasos decididos, luchando contra el dolor por el acto repentino de lanzar el frasco de medicina, Chase se dirigió a su mesa de noche. Tiró del cajón con fuerza, arrancándolo por completo y lanzándolo al suelo detrás de ella. Luego metió la mano y la pasó por la parte inferior de la parte superior de madera.

Por un momento, el pánico se apoderó de ella cuando sus dedos en búsqueda no lograban encontrarlo.

"¿Dónde está..."

Pero su dedo índice rozó algo duro, y cuidadosamente despegó la cinta adhesiva.

Dos objetos cayeron en su palma y los apretó fuertemente al retirar la mano.

Durante casi un minuto entero, simplemente miró sus nudillos, que

habían comenzado a ponerse blancos.

Con un profundo suspiro, Chase desenrolló los dedos, revelando una jeringa con una tapa naranja y una pequeña bolsa de polvo blanquecino marcada con un ícono de una serpiente devorando un ojo.

Frunció el ceño por un momento y ladeó la cabeza, examinando primero el ojo, luego la serpiente, luego la imagen en su conjunto.

¿Qué significaba?, se preguntó, pero luego volvió la voz.

La voz de Tyler Tisdale.

Puedo hacerte olvidar, Chase. Puedo hacerte olvidar todo.

FIN

Nota del autor

Aunque escribí FROZEN STIFF para que se disfrutara como una novela independiente, si quieres aprender más sobre Chase Adams y su pasado antes de recibir esa fatídica llamada telefónica, consulta la serie Damien Drake. Si solo quieres más de la Agente Adams (¿cómo te atreves a tener favoritismos con mis hijos?), el segundo libro de esta serie — SHADOW SUSPECT — ya está disponible para pre-ordenar y será lanzado en algún momento de enero. También quería tomar un momento para pedir disculpas a todos los que pre-ordenaron este libro: la fecha de lanzamiento original se retrasó aproximadamente un mes. Hago mi mejor esfuerzo para respetar las fechas de pre-orden que establezco, y cuando publico mis libros para pre-orden, lo hago con la intención de sacarlos a tiempo. Sin embargo, a veces... a veces surgen cosas. ¿Y qué son estas cosas que preguntas? Algunas están bajo mi control — principalmente, escribir el libro — mientras que otras — diseño de portada, edición, corrección de pruebas, publicación — no lo están. Gracias, chicos, por seguir aquí.

El año dos mil dieciocho será un gran año, lleno de muchos libros, incluyendo varios más de los Thrillers de la FBI de Chase Adams, la continuación de la saga de Damien Drake, así como la introducción a la serie de thrillers médicos del Dr. Becket Campbell. También estoy jugando con la idea de una serie más ambientada en este universo, pero aún no estoy listo para revelar al protagonista...

Y ahora hemos llegado a la inevitable llamada a la acción: si disfrutaste de este thriller de Chase Adams, por favor deja una reseña para FROZEN STIFF dondequiera que lo hayas comprado. No solo las reseñas ayudan a otros lectores a encontrar libros que podrían gustarles, sino que también me ayuda a decidir qué libros escribir a continuación. Entonces, por favor, inicia sesión en tu minorista favorito, escribe una rápida reseña y vuelve a lo que más te gusta hacer: leer, reorganizar tu cajón de calcetines, o cualquier otra cosa que te haga... reír.

Como siempre, si tienes algún comentario, sugerencia, o si un maldito error tipográfico logró colarse, o si simplemente quieres saludar, pasa por mi página de Facebook @authorpatricklogan o envíame un correo electrónico a patrick@ptlbooks.com.

Como siempre, tú sigue leyendo, y yo seguiré escribiendo.

Saludos,

Patrick

Montreal, 2017

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos en este libro son totalmente imaginarios o se utilizan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o con lugares, eventos o localidades es pura coincidencia.

Derechos de autor © Patrick Logan 2023

Diseño interior: © Patrick Logan 2023

Todos los derechos reservados.

Este libro, o partes del mismo, no pueden ser reproducidos, escaneados o difundidos en ninguna forma impresa o electrónica.

Primera edición: mayo de 2023